



# Advierto Fantástico 2025





# Adviento Fantástico

## Antología de obras fantásticas navideñas

\* Rubén Carrasco Picazo \* Vania T. Curtidor \* Javier Saborido \*  
\* Marta Inés Rodríguez \* Beatriz Alcaná \* Elisa Álvarez \*  
\* Andrés Granbosque \* Virginia Orive de la Rosa \* Elena Nozal Moralejo \*  
\* Aitor Aráez \* María Fornieles \* Penélope Fernández \*  
\* Daniel Pérez Castrillón (@mangrii) \* Irene Falcón González \*  
\* Teresa Plaza García \* Alicia Arias Acuyo \* Andrea Valeiras Fernández \*  
\* Manuel J. Linares \* Yolanda Fernández \* Inés Galiano \*  
\* Rafa Díaz Gaztelu \* Ignacio J. Borraz \* Carla Plumed (@cafedetinta) \*  
\* Isabel Pedrero \* Laura Souto \* Mireia Pérez Bauzá \* Celia Corral-Vázquez \*  
\* Talita Isla \* David Fernández Vaamonde \* Ana Saiz \*

2025

Copyright 2025 © de las obras: Rubén Carrasco Picazo, Vania T. Curtidor, Javier Saborido, Marta Inés Rodríguez, Beatriz Alcaná, Elisa Álvarez, Andrés Granbosque, Virginia Orive de la Rosa, Elena Nozal Moralejo, Aitor Aráez, María Fornieles, Penélope Fernández, Daniel Pérez Castrillón (@mangrii), Irene Falcón González, Teresa Plaza García, Alicia Arias Acuyo, Andrea Valeiras Fernández, Manuel J. Linares, Yolanda Fernández, Inés Galiano, Rafa Díaz Gaztelu, Ignacio J. Borraz, Carla Plumed (@cafedetinta), Isabel Pedrero, Laura Souto, Mireia Pérez Bauzà, Celia Corral-Vázquez, Talita Isla, David Fernández Vaamonde, Ana Saiz

© de la edición Adviento Fantástico

© Corrección y maquetación Adviento Fantástico.

Cubierta diseñada por Adviento Fantástico con recursos de Canva y Flaticon.com (Umeicon).

<https://www.advientofantastico.org>

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio sin autorización previa y por escrito del titular del copyright. No se ha utilizado Inteligencia Artificial Generativa en ninguno de los contenidos de este documento.



*Para quienes han seguido el Adviento Fantástico día tras día.*

*Para quienes se pegan el atracón de última hora.*

*Para quienes disfrutan los géneros fantásticos todo el año.*

*Para ti, por acompañarnos de nuevo.*

# ÍNDICE



<i>Prólogo</i> , David Fernández Vaamonde	8
1. <i>Space Jollity</i> , Rubén Carrasco Picazo y Vania T. Curtidor	10
2. <i>La cena del mago</i> , Javier Saborido	23
3. <i>Los orígenes del cuento de Navidad</i> , Marta Inés Rodríguez	27
4. <i>Morros de nutria</i> , Beatriz Alcaná	32
5. <i>Polvorones Especiales Fonseca</i> , Elisa Álvarez	35
6. <i>El otro</i> , Andrés Granbosque	39
7. <i>Cae y cae y cae</i> , Virginia Orive de la Rosa	45
8. <i>Lo que se hace por amor</i> , Elena Nozal Moralejo	48
9. <i>Un brindis</i> , Aitor Aráez	52
10. <i>Intercambio de regalos</i> , María Fornieles	56
11. <i>La más lista de la aldea</i> , Penélope Fernández	58
12. <i>Bienvenidos a Christmasland: La inversión ontológica de la Navidad</i> , Daniel Pérez Castrillón (@mangrii)	61
13. <i>Cuando el cielo y la tierra convergen</i> , Irene Falcón González y Teresa Plaza García	65
14. クリスマスケーキ - <i>Kurisumasu keeki - Christmas cake</i> , Alicia Arias Acuyo	75
15. <i>Noche de trivial</i> , Andrea Valeiras Fernández	79
16. <i>El aguinaldo</i> , Yolanda Fernández Benito y Manuel J. Linares	83
17. <i>Cada año igual</i> , Inés Galiano	90
18. <i>Ley de Estadística Vacacional</i> , Rafa Díaz Gaztelu	103
19. <i>Eres nieve</i> , Ignacio J. Borraz	107
20. <i>Manual para sobrevivir a las fiestas</i> , Carla Plumed (@cafedetinta)	110
21. <i>Doce</i> , Isabel Pedrero	115
22. <i>La entrega</i> , Laura Souto Queijo	119
23. <i>Yo Ho, Yo Ho, Yo ¡HO HO HO!</i> , Celia Corral-Vázquez y Mireia Pérez Bauzá	122
24. <i>Geometría de un nacimiento y una muerte</i> , Talita Isla	134
25. <i>Navidad en Bletchley Park</i> , David Fernández Vaamonde y Ana Saiz	137
<i>Epílogo</i> , Ana Saiz	145



# Prólogo

**David Fernández Vaamonde**



Pues ha pasado ya un año y en un año pasa de todo; pero no os preocupéis, que solo voy a dar buenas noticias en este prólogo que, como ya todo el mundo debería saber, será el pistoletazo de salida a veinticinco días de absoluta locura.

Hagamos un poco de memoria de cómo hemos llegado hasta aquí: todo esto arrancó el año pasado, a principios de noviembre, volviendo de Coruña a Madrid en coche, totalmente devastado, con mi madre recién operada de un cáncer y arrancando un duro proceso de quimioterapia que duraría varios meses.

Decidimos en ese viaje que necesitábamos un proyecto que nos hiciese recuperar toda la ilusión que creíamos absolutamente perdida, y así nació este Adviento Fantástico. Preguntamos a mucha gente si les gustaría participar y no recibimos más que síes y cariño. Y eso después se tradujo en todas las increíbles obras que poblaron el Adviento Fantástico 2024 y que todavía hoy nos mantienen con la boca abierta. Pero he prometido buenas noticias y aquí va la primera: mi madre se recuperó y hoy —toquemos madera— está curada y se recupera estupendamente de su enfermedad.

Pero ¿y todo lo que pasó durante el Adviento Fantástico pasado? Fue absolutamente increíble, vimos cómo los autores se emocionaban, vimos cómo los lectores se emocionaban, nos emocionamos nosotros, recibimos felicitaciones, recibimos cariño a raudales y fue tan intenso que recuerdo que el día 27 de diciembre teníamos un vacío emocional que no sabíamos cómo superar y todo el mundo echaba de menos levantarse por la mañana y leer lo que hubiese ese día.

Se llegó a sugerir hacer advientos en semana santa, en verano, y si nos descuidamos se nos pide un adviento para la semana fantástica del Corte Inglés. Todo el mundo había disfrutado y era algo que, aun siendo nuestra intención, no esperábamos que llegase tan fuerte.

Nos hemos encontrado a lo largo de este año gente que no conocíamos recordándonos el Adviento, algún relato que leyó y le marcó, preguntando si se volvería a hacer porque les había gustado muchísimo, y nosotros seguíamos con la boca abierta.

Y no se nos cerró, porque poco después del Celsius —donde mucha gente nos recordó el adviento— nos nominaron como finalistas a los premios Ignotus 2025 como mejor antología. Ahí creímos que nos daba algo. Finalmente, no ganamos, y no nos extrañó porque la calidad de las obras nominadas era excepcional y cualquiera hubiese sido justa ganadora, pero recibir el pin, recibir vuestros ánimos o haber estado pendientes de la gala fue otro chute de adrenalina que recordaremos de por vida.

Fue allí, en aquella Hispacón celebrada en Sabadell y rodeados de nuevo de amigos, donde se empezó a gestar este Adviento Fantástico 2025 y los hilos empezaron a moverse. Queríamos que todo autor que quisiese repetir pudiese hacerlo ya que, a fin de cuentas, ellos estuvieron desde el principio y fueron los primeros que dijeron que sí sin tan siquiera saber a qué se estaban apuntando, pero también les pedimos que en la medida de lo posible se «agrupasen», porque como ya dijimos el año pasado: eran todos los que estaban, pero no estaban todos los que eran. Varios de ellos lo han hecho —otro gesto más de generosidad—, así que la primera novedad de este adviento es que habrá relatos escritos a cuatro manos.

También hubo gente que decidió no repetir este año por distintos motivos, pero que nos consta que seguirán como ávidos lectores este Adviento, al que, quién sabe, igual vuelven de una u otra manera. Siempre tendrán nuestro corazón y este proyecto abierto para ellos porque les queremos muchísimo.

Todo ello dio espacio a que siete nuevos autores se incorporasen a esta locura. ¿Quiénes? Lo iréis sabiendo según vayan saliendo relatos, no nos adelantemos, pero, como todos los demás, son amigos, gente a la que abrazaríamos fuerte siempre que pudiésemos y que nos hace una ilusión infinita que se vengan a este viaje.

Para finalizar, el 24 de octubre, sacamos por petición popular el Adviento Fantástico 2024 en papel y se puso en el top 3 de Amazon de autopublicados, eso sí, de terror, que ya sabéis cómo de «oscuritos» son a veces nuestros autores.

Gracias a esto volvimos a ver la ilusión de cada uno de ellos cuando aparecía alguna foto de la edición física en el canal de Telegram con ese «¡AAAAAAHHH!» y volvimos a ser muy felices una vez más. Cuando escribo estas letras ya he firmado varios ejemplares con más miedo que vergüenza, pero sin duda orgulloso de lo que se consiguió ahí.

Escribo estas palabras recién llegado de la última edición del Festival 42 de Barcelona y después de haber estado con muchos de ellos, algunos de los antiguos, pero también alguno de los nuevos y misteriosos autores, y de haberlos abrazado y notado muy cerca. Este nuevo Adviento Fantástico es una expresión más de eso: de su amistad y por supuesto de su arte infinito, y también de generosidad ya que, como el año pasado, volveremos a sugerir y a animar a los lectores a que colaboren con las causas benéficas que cada autor haya escogido.

Habrà relatos, habrá ensayos y muchas otras cosas, pero, como el año pasado, habrá sorpresas y mucha variedad porque todos y cada uno de los autores son especiales, generosos, únicos, talentosos y además, y sobre todo, nuestros amigos.

Así que, llegados a este punto: amigas, amigos, amigos, que comiencen veinticinco días apasionantes donde reiréis, os emocionareis, os asustareis y —creedme que yo lo he hecho revisando los relatos— lloraréis.

Sin más y tremendamente emocionado, con todos vosotros: Adviento Fantástico 2025.



David Fernández Vaamonde

# Space Jollity

Rubén Carrasco Picazo y Vania T. Curtidor

1



*El viaje de la Sacajawea transcurrió sin incidentes desde su partida de Wakinu hasta el día 292 de misión. Aquellas veinticuatro horas estándar (que coincidieron con la celebración a bordo de la festividad actualmente conocida como Día de la Vida) requirieron la implicación y el sacrificio de toda la tripulación.*

*Los veinticinco documentos que configuran esta colección suponen un registro de primera mano del programa de colonización de nuestro planeta. Donados por el Consejo de Expansión (1 — 17 d.Col.), son un testimonio invaluable de nuestra historia.*



## 01.

*Mensaje personal de Meri Janey a Will Janey enviado desde Wakinu a la Sacajawea.  
Ansible.*

¡Buenos días, Major Tom! Si he calculado bien, este mensaje te llegará a primera hora del día 292 de la misión o, lo que es lo mismo: ¡Navidad! Ya sé que estarás pensando que esta fiesta terrestre está pasada y que ni siquiera es única. La abuela nos las explicaba todas cuando éramos pequeños: Yule, Hanukkah, Dong Zhi, Shab-e Yalda, Kwanzaa... Pero sabes que Navidad era lo que ella celebraba antes de dejar la Tierra y viajar hasta Wakinu. Eso ya la hace especial, ¿no?

Aquí han pasado algo más de ocho años estándar desde que partisteis y estamos en época de cosecha, pero para ti habrán transcurrido unos diez meses. Nuestro último fin de año

juntos no te queda tan lejos como a mí... Así que quizá no tengas muchas ganas de fiesta. Por lo menos brinda por mí, por los papas y por la abuela.

Vamos, únete a los otros miembros de la tripulación, que ya habrán sacado los adornos que dejamos en el almacén, y disfruta con ellos del día (celebren lo que celebren). Con suerte, lo próximo que celebraréis será la llegada a IG34691.

Recuerdos de todos. Te quiero mucho, hermanito. ¡Feliz Navidad!

## 02.

*Plan de trabajo del piloto del módulo de comando, Will Janey. Día 292 de misión. Archivo sincronizable en réplica de reloj de a bordo.*

**07:00:** Desayuno festivo.

**08:00:** Tareas individuales [[consultar](#)].

**09:00:** Monitorización módulo de comando.

- Envío de datos al ingeniero jefe, Álex Cárdenas.

**10:00:** Reunión diaria.

- Convocados: comandante de misión Karima Long, segundo comandante Huimin Lee, ingeniero jefe Álex Cárdenas, piloto del módulo de comando Will Janey, coordinadora científica Malavika Singh.
- Puntos del día: recopilación del diagnóstico de sistemas, actualización acerca de los datos de la sonda Lizette y preparación para el acercamiento al planeta IG34691.

**11:00:** Revisión y ajustes de estrategia (si procede).

**12:00:** Almuerzo especial festivo.

[[Ver siguientes entradas](#)]

## 03.

*Mensaje personal de Will Janey a Meri Janey enviado desde la Sacajawea a Wakinu. Ansible.*

Buenos días. Has acertado de pleno; pero eso ya lo sabías, aunque digas lo contrario. Llevaba menos de veinte minutos despierto cuando he recibido tu mensaje. Björn ha aparecido con unos cuernos de reno en la cabeza y me ha obligado a desayunar galletas de jengibre, una sufganiá y ponche de huevo. Él y sus amigas de mantenimiento ya habían llenado nuestra

sección de guirnaldas. Así que, Feliz Navidad a ti también (por varios años atrasados o por la de este año por adelantado). Yo doy gracias a que falta poco para llegar a destino y no voy a volver a celebrarla sentado en esta lata espacial. Dale un abrazo bien fuerte a papá y mamá. Os quiero.

**04.**

*Comunicación oficial de emergencia de la Sacajawea al centro de control de la misión en Wakinu.*

*Ansible.*

[URGENTE]

A la atención del equipo de dinámica de vuelo de Wakinu:

Primeros datos de la sonda Lizette recibidos. Los archivos correspondientes a los instrumentos B, E y H están incompletos, lo que podría indicar un deterioro de los mismos. Sospechamos una composición imprevista de la atmósfera. Se está llevando a cabo un análisis más detallado de los datos. Rogamos que se considere la preparación de un plan de contingencia.

**05.**

*Comunicación oficial de emergencia de la Sacajawea al centro de control de la misión en Wakinu.*

*Ansible.*

[URGENTE]

A la atención del equipo de dinámica de vuelo de Wakinu:

Análisis de los datos de la sonda Lizette han confirmado que la composición de la atmósfera del planeta IG34691 es la causa del deterioro de los instrumentos. Un segundo grupo de datos revela que solo el instrumento B sigue operativo. Dado el rápido fallo de la sonda solo podemos concluir que el aterrizaje de la nave tripulada es inviable. A solo días luz de nuestro destino, debemos abandonar la misión de colonización. Rogamos una respuesta a la mayor brevedad.



**06.**

*Comunicación oficial del centro de control de la misión en Wakinu a la Sacajawea.*  
*Ansible.*

A la atención de la tripulación de la nave Sacajawea:

Ante la inviabilidad de la misión, un cambio de rumbo es urgente. Simulaciones preliminares determinan una modificación de la velocidad en un ángulo de  $17,36^\circ$  para maximizar la viabilidad de reconducir la nave. Por favor, empiecen la maniobra. El destino final está por determinar. Instrucciones detalladas serán enviadas a la mayor brevedad.

**07.**

*Comunicación oficial de la Sacajawea al centro de control de la misión en Wakinu.*  
*Ansible.*

A la atención del equipo de dinámica de vuelo de Wakinu:

Confirmamos que el cambio de velocidad en un ángulo de  $17,36^\circ$  ha sido un éxito. Tras la maniobra, queda disponible el 29% del combustible. Permanecemos atentos a la espera de próximas instrucciones.

**08.**

*Mensaje personal de Will Janey a Meri Janey enviado desde la Sacajawea a Wakinu.*  
*Ansible.*

A la mierda la Navidad. Aquí solo han pasado unas horas desde mi último mensaje y las estrellas de pronto parecen muy diferentes. ¿Cuántas horas has dejado de dormir para intentar salvarme? Meri, te conozco. Por favor, descansa, cuídate. No pensábamos que IG34691 sería una trampa mortal, pero sabíamos que los imprevistos pasan. Nos queda menos de un tercio de combustible. Cruzo los dedos para que deis (des) con algo. Te quiero.

**09.**

*Comunicación oficial del centro de control de la misión en Wakinu a la Sacajawea.*  
*Ansible.*

A la atención de la tripulación de la nave Sacajawea:

Hemos determinado la región de destino, cuya área se cargará en el sistema operativo de la nave. Para recorrer la distancia necesaria con el combustible disponible se deberá realizar una maniobra de sobrevuelo utilizando la gravedad del agujero negro Primordial A. Por favor, prepárense para ello mientras trabajamos para encontrar el planeta idóneo. Instrucciones detalladas serán enviadas a la mayor brevedad.

## 10.

*Mensaje personal de Will Janey a Meri Janey enviado desde la Sacajawea a Wakinu. Ansible.*

¿Cuántos días han pasado para ti desde que recibí tu mensaje mientras desayunaba?

Una cosa que nunca te he dicho es por qué en mis mensajes evito hablar mucho de mamá y papá. Antes de partir tuvimos larguísimas charlas, nos dijimos todo lo que teníamos que decirnos y acordamos que nunca te preguntaría por ellos ni por su salud. Cuando partí ya sabíamos que no volvería. Aun así, cuando nos acercásemos a IG34691 y nos permitiesen las comunicaciones civiles, quería intentar tener una última conversación con ellos.

En cuanto nos aproximemos a Primordial A, estaremos atravesando una puerta sin retorno. El tiempo que el universo me va a regalar a mí será a costa del que los devorará a ellos.

Del que te devorará a ti.

Es una pregunta retórica, pero ¿no hay otra manera?

## 11.

*Fragmento de acta de reunión. Archivo automatizado del puente de mando de la Sacajawea.*

[...]

Tras el cambio de órbita debido a la inhabitabilidad del planeta IG34691, la tripulación de la nave espacial Sacajawea debate un posible sobrevuelo utilizando el agujero negro primordial supermasivo extragaláctico «Primordial A».

### **Puntos en contra:**

- La dilatación temporal que implica la maniobra pone en duda la continuación del seguimiento por parte del equipo de Wakinu. Los cálculos posteriores se realizarían a

bordo, con tiempo y tecnología limitados.

- Se desconocen los efectos del sobrevuelo cercano a un agujero negro primordial. Existe riesgo de fallo del sistema o daño para la integridad de la tripulación.

**Puntos a favor:**

- Los tanques no tienen combustible suficiente para realizar desviaciones sin la ayuda de un cuerpo masivo.
- El tiempo de espera para encontrar una alternativa supondría una disminución peligrosa de las provisiones.
- La maniobra prioriza la supervivencia de la población civil a bordo.

**Conclusión:**

Dada la delicadeza de la situación, se lleva a cabo una votación secreta. Cinco de los presentes votan a favor de realizar la maniobra y dos en contra. Como resultado, la tripulación acuerda llevar a cabo el sobrevuelo a «Primordial A».

**12.**

*Mensaje personal de Will Janey a Meri Janey enviado desde la Sacajawea a Wakinu. Ansible.*

La decisión ya está tomada.

Hacemos el sobrevuelo... ¿Y después qué? ¿También tu silencio al otro lado del ansible si sale bien? Para esto no estaba preparado. No tan pronto.

Si este es mi último mensaje, que sepas que has sido la mejor hermana del universo entero. A papá y a mamá... díles que los quiero mucho, ellos ya lo saben.

**13.**

*Transcripción de fragmento de las comunicaciones del día 292 de misión. Archivo automatizado del puente de mando de la Sacajawea.*

CM Comandante de misión Karima Long

SCM Segundo comandante Huimin Lee

PMC Piloto del módulo de comando Will Janey

12:06:33.57 CM: ¿Cómo va el combustible?  
12:06:35.59 PMC: Un momento...  
12:06:36.02 CM: Vale. (Silencio)  
12:06:44.00 CM: Will, ¿todo bien? Yo no esperaría mucho más.  
12:06:44.03 PMC: Sí, perdona. Encendiendo propulsores. Empieza la primera fase.  
DELTAV actual de 0.12c. Desviación final 21,74°.  
12:06:44.23 SCM: Desviación angular registrada.  
12:06:44.25 PMC: Propulsores OFF.  
12:06:44.27 SCM: Nivel de combustible estable.  
12:06:44.30 CM: Genial, equipo. ¡Primordial A, allá vamos!  
12:06:44.32 PMC Trayectoria fijada. Ya no hay marcha atrás.

#### 14.

*Mensaje personal de Meri Janey a Will Janey enviado desde Wakinu a la Sacajawea.*  
*Ansible.*

Hola, Major Tom.

Ya os estáis acercando al agujero negro. Si todo va bien, cuando superéis la maniobra aquí habrán pasado 79 años. Es un dato que no deja de dar vueltas por mi cabeza.

Llevo días intentando que los de arriba me dejen hacer una última cosa por ti antes de que perdamos la conexión, pero no sé si llegaré a tiempo. Tendrías que ver cómo está mi despacho. Espero conseguirlo. Cruza los dedos.

Por si acaso, he hablado a los papas de tu último mensaje. Aunque ya lo sabes, dicen que te quieren (yo también). Por siempre; el nuestro y el tuyo.

#### 15.

*Comunicación oficial de la Sacajawea al centro de control de la misión en Wakinu.*  
*Ansible.*

A la atención del equipo de dinámica de vuelo de Wakinu:

Nuestros sistemas registran la aceleración esperada debido al acercamiento hacia Primordial A. Procedemos al apagado de propulsores hasta que empiece la maniobra de sobrevuelo.

## 16.

*Comunicación oficial de la Sacajawea al centro de control de la misión en Wakinu. Ansible.*

A la atención del equipo de dinámica de vuelo de Wakinu:

La órbita de sobrevuelo ha sido alcanzada. En 30 minutos de tiempo propio, nuestra nave quedará oculta por la masa del agujero negro. Rogamos que cualquier comunicación necesaria se produzca en esa ventana de tiempo.

## 17.

*Fragmento del diario personal de Will Janey. Manuscrito en papel.*

[...]

*cambiar mi vida. Y aunque ya lo sabía cuando subí a esta nave, no estaba preparado para quedarme solo tan pronto. Mis padres ya se deben de haber ido. No me hago a la idea, no me salen las lágrimas. Aún no. Los cálculos menos optimistas decían que al llegar a IG34691 aún podría mantener contacto con Meri durante unos años. En cambio, mientras rodeamos este pozo de luz y oscuridad, su vida también se extingue sin que pueda ya hacer nada. Solo espero que esté siendo feliz. ¿Y yo? ¿Qué me espera si el plan sale bien y alcanzamos un nuevo destino? Tengo a Björn a mi lado, pero aún es algo nuevo y el vacío a partir de ahora será tan grande que*

[...]

## 18.

*Transcripción de fragmento de las comunicaciones del día 292 de misión. Archivo automatizado del puente de mando de la Sacajawea.*

CM Comandante de misión Karima Long

IM Ingeniero jefe de misión Álex Cárdenas

22:15:25.55 IM: La presión ha disminuido de manera constante en la última hora. Estamos intentando paliar las consecuencias.

22:15:26.06 CM: ¿Seguro que no hay una fuga?

22:15:26.08 IM: Sí. Parece un deterioro generalizado debido a la cercanía a Primordial A. Tampoco hemos conseguido volver a encender el ansible.

22:15:26.16 CM: ¿Y el combustible?

22:15:26.17 IM: Hemos registrado pérdidas.

22:15:26.19 CM: ¿Hay esperanza?

22:15:26.21 IM: No lo sé, pero mi equipo no dejará de trabajar en los 52 minutos que quedan. A ver si conseguimos que el resto del sobrevuelo no empeore mucho las cosas.

## 19.

*Comunicación oficial del centro de control de la misión en Wakinu a la Sacajawea.*

*Ansible.*

*Recibido tras el periodo de incomunicación.*

A la atención de la tripulación de la nave Sacajawea:

Las coordenadas finales se acaban de enviar como archivo recuperable mediante ansible. Esperamos que se reciba antes de acabar la maniobra de sobrevuelo. Les deseamos mucho éxito y quedamos a la espera de confirmación.

## 20.

*Mensaje personal de Meri Janey a Will Janey enviado desde Wakinu a la Sacajawea.*

*Ansible.*

*Recibido tras el periodo de incomunicación.*

Will, cariño, soy mamá. Tu hermana me ha pedido que sea breve. Tu padre y yo solo queremos repetirte lo mucho que te queremos. Esperamos que recibas esto, que llegues bien a ese nuevo planeta y que seas muy feliz durante muchos años. Estamos muy orgullosos del trabajo que Meri y tú habéis hecho. Nos puedes echar de menos, puedes llorarnos si quieres, pero nunca, repito, nunca te arrepientas de nada. Un beso y un fuerte abrazo.

## 21.

*Comunicación oficial del centro de control de la misión en Wakinu a la Sacajawea.*

*Ansible.*

*Recibido tras el periodo de incomunicación.*

Estimada tripulación de la nave Sacajawea:

A causa de la imposibilidad de recuperar la comunicación, lamentamos dar la misión por archivada. Ha sido un honor colaborar en este proyecto.

Nos despedimos con la esperanza y el deseo de que la maniobra haya sido un éxito y la misión siga en marcha, aunque sea sin nuestra contribución.

Equipo de dinámica de vuelo. Wakinu.

## 22.

*Fragmentos de mensaje personal de Meri Janey a Will Janey enviado desde Wakinu a la Sacajawea.*

*Ansible.*

*Recibido tras el periodo de incomunicación.*

[...]

Ayer hizo cuarenta y ocho años desde que perdimos la comunicación con tu nave. Han dado la misión por finalizada, pero algo dentro de mí me dice que sigues ahí, al otro lado de ese agujero negro, surfeando el horizonte de sucesos. Por eso me he colado una última vez en el sistema para enviarte este mensaje. Se van a enfadar; no es la primera vez. A esta vieja ya le importa poco lo que piensen.

Cuando leas esto ya me habré muerto, pero debes saber que he tenido la mejor de las vidas.

[...]

Uno de ellos, el mayor, lleva tu nombre. Mi hija se empeñó en que cargase con la fama de su tío, el famoso piloto de la Sacajawea.

[...]

Han estado preparando una nueva misión con destino al planeta al que os enviamos, así que, si llegáis, en algún momento creemos que podremos recuperar la conexión entre vuestra colonia y Wakinu. Aunque no los esperéis pronto.

[...]

Así que no me jubilé, por más que querían, hasta ahora que van a cerrar este programa.

[...]

La longitud de la vida es muy relativa. Puede parecer corta o larga, según las decisiones que tomes. Así que no seas idiota y cuando aterrices dile a Björn cómo te sientes.

[...]

Recuerda las últimas palabras del mensaje de mamá. Yo también estoy orgullosa de que seas mi hermano. Te quiero, Major Tom.

## 23.

*Transcripción de fragmento de las comunicaciones del día 292 de misión. Archivo automatizado del puente de mando de la Sacajawea.*

CM Comandante de misión Karima Long

IM Ingeniero jefe de misión Álex Cárdenas

23:20:29.58 IM: No sé, Karima. Cada vez que revisamos algo encontramos nuevos problemas.

23:20:30.08 CM: ¿Has visto las coordenadas de destino?

23:20:30.09 IM: Claro, pero...

23:20:30.13 CM: La desviación final es menor de lo que habíamos asumido.

23:20:30.22 IM: Aun así no es despreciable.

23:20:30.16 CM: Lo sé. Intento mantenerme positiva...

23:20:30.22 IM: El sobrevuelo no ha afectado únicamente a los tanques. No se trata solo de si tendremos combustible.

23:20:30.29 CM: ¿Cuál es el peor escenario?

23:20:30.35 IM: Que la nave pierda integridad en el camino.

23:20:30.50 CM: ¿Y el mejor?

23:20:31.07 IM: Que lleguemos, claro.

23:20:31.12 CM: ¿Pero...?

23:20:31.13 IM: (Suspiro) Ninguna estimación nos da mucha esperanza de que podamos aterrizar de forma segura. Suponiendo que no empeore la cosa, tenemos más números de estrellarnos sobre la superficie que de aerofrenar.

23:20:31.44 CM: ¿Tienes un plan para asegurar que lleguemos? Al margen de cómo aterricemos.

23:20:31.50 IM: Mi equipo está evaluando qué reparaciones son viables.

23:20:31.55 CM: Pues que todos los equipos se les unan. Y de momento eso tendrá que bastar.



## 24.

*Comunicación oficial de la Sacajawea al centro de control de la misión en Wakinu. Ansible.*

Esperando que alguna de las líneas de comunicación siga activa, la tripulación comunica el acercamiento a las proximidades del nuevo sistema estelar. Planeamos utilizar el combustible de reserva para encender los propulsores y realizar un aerofrenado en la atmósfera de nuestro planeta de destino. A falta de una sonda para analizar su composición, el tiempo que pasemos en órbita se utilizará para evaluar la seguridad del entorno.

En caso de recibir una respuesta, enviaremos actualizaciones.

## 25.

*Fragmento del diario personal de Will Janey. Manuscrito en papel.*

*[...]*

*y trece meses después llegamos aquí. El aterrizaje no fue sencillo. Hubo daños, pero estamos saliendo adelante. Hasta me han dado un cargo en el Consejo de Expansión (ya, muy original). Ojalá pudieses ver esto, es... diferente.*

*Te echo de menos. Para mí, hoy hace tres años que pudimos hablar por última vez. Bueno, en realidad un poco más, porque aquí los días tienen algo más de veintisiete horas estándar. Aun así, no había sido capaz de escribirte, sabiendo que no me leerás jamás y no hay nada que pueda hacer. No te preocupes, no me arrepiento de nada (tampoco de haberme casado con Björn).*

*Por segunda vez, estamos celebrando aquí todas aquellas antiguas fiestas terrestres. Parece que va a convertirse en el día más importante del calendario, ya que el nombre del nuevo planeta acompaña. ¿A que no adivinas de quién fue la idea de llamarlo "Navidad"?*

*[...]*



## Rubén Carrasco Picazo

Rubén Carrasco Picazo descubrió que quería contar historias antes incluso de descubrir que le gustaba leer. En el cole participaba en todos los concursos literarios que se celebraban (y ganaba algunos). Cuando tenía trece años, le regalaron una novela sobre mundos paralelos. Entonces supo que pasaría su vida intentando cruzar tantos mundos como pudiese, ya fuese como consumidor voraz o como creador de cualquier tipo de historia en cualquier clase de formato o medio. A los dieciséis empezó su primera novela. A los diecisiete, la abandonó. Estudió guion y teatro, aunque nunca se ha dedicado a ello. Tras varios años sin prácticamente «levantar la pluma», la crisis de los treinta le empujó a apuntarse a cursos de escritura y, desde entonces, tiene una relación de amor-odio (quizá más odio) con la profesión.

[@nenec9](#)



[@nenec9](#)



[@nenec9](#)



[@vtcurtidor](#)



[@vtcurtidor](#)

## Vania T. Curtidor

Vania T. Curtidor descubrió su pasión por la lectura de niña. De adolescente se interesó por aquello de escribir. Tras obtener el primer puesto en el concurso de relatos de su instituto a los diecisiete años, le pareció buena idea retirarse del mundo literario con una cuota de éxito del 100%. Solo necesitó trece años para darse cuenta de que también podía escribir en su época adulta. De momento, guarda la mayoría de sus historias (muchas inacabadas), pero a veces las muestra e incluso son seleccionadas para alguna antología. Pese a no ser muy fan de la Navidad, considera que aparecer en este calendario de Adviento es uno de sus éxitos literarios.



**Help Children in the Democratic Republic of Congo**

<https://www.savethechildren.org/us/where-we-work/democratic-republic-of-congo>

# La cena del mago

Javier Saborido

2



Todo el mundo sabe que nadie convoca una cena de Navidad como el mago de la torre. En el salón del piso más alto, donde los grandes ventanales recogen el brillo de las estrellas y lo convierten en luz de vela, una gran mesa se cierne sobre una considerable multitud que cena en una constelación de mesitas mientras suenan villancicos.

El tablón se extiende todo a lo ancho y sus ocupantes miran a los invitados. Algunos aburridos, otros entretenidos con la comida o la conversación, pero ninguno tan triste como el hombre que la preside. Sus ojos verdes, fijos en la diversión, parecen no ver nada mientras su mano se apoya en la silla vacía de su izquierda. De vez en cuando hace un gesto con la otra para que la orquesta de instrumentos flotantes vaya pasando de un villancico a otro.

Todas son alegres, pero ninguna le satisface. La noche transcurre y el mago en su trono, hastiado, aburrido, mira el tiempo pasar con un anhelo secreto.

Cuando el reloj se aproxima a dar las doce el mago cierra los ojos con fuerza, pero algo parece forzar sus párpados y mantenerlos abiertos, como si agujas clavadas los mantuvieran en su sitio.

Momentos más tarde uno de los grandes ventanales se abre de golpe. La niebla y el frío navideños se cuelan y una vaharada de copos de nieve precede a una figura resplandeciente.

Una melena corta de rizos negros enmarca el rostro aceitunado de un hombre joven y dolorosamente hermoso. A su espalda, un pegaso tordo piafa con orgullo abriendo y cerrando las alas mientras golpea el suelo del balcón con sus pezuñas.

Todo el salón queda en suspenso, con el silencio solo roto por una nota continua y discordante de los instrumentos, que el mago termina por interrumpir con un gesto.

El caballero se adelanta y con pasos seguros se sitúa frente a la mesa, cara a cara con el mago. Se sonríen, pero la felicidad no llega a los ojos del hechicero, que se mueven frenéticos, como buscando una salida. El recién llegado se arrodilla lanzando al vuelo su larga capa.

—Yo, Gonzalo de Sotosombra, Duque de Niebla, me postro humildemente ante ti, mi amor, y solicito la venia para unirnos en matrimonio.

—Gonzalo, no... —consigue musitar el mago.

—¿Qué tenemos aquí? —dice con voz cascada la anciana situada al lado del mago.

—Una mascota, querida —responde el hombre al otro lado de la silla vacía.

—Creía que habíamos superado la etapa de pedir cachorritos por Navidad —ríe con malicia la anciana.

—Muchacho, deja de hacer el ridículo y vuelve a esa cuadra que llamas corte. —El hombre da un golpe seco con su vara en el suelo y unos hilos invisibles manejan al caballero como a una tosca marioneta. Viéndole dar pasos ridículos y moviendo los brazos como las aspas de un molino, la sala entera estalla en risas.

—Cree que tiene algo que hacer —dice alguien de una mesa.

—Se piensa que es como nosotros —ríe otra.

El mago se pone de pie y dice con una voz seca y gélida:

—Basta.

El caballero recupera el dominio de sus miembros y echa mano de su espada, que no desenfunda todavía.

—¿Basta? ¡¿Basta?! Oh, chico, no vas a traer la deshonra a esta orden relacionándote con un caballero analfabeto. ¡Quieto! —ordena levantando una mano el anciano. El mago queda petrificado con la mano contraída de forma dolorosa, como si un hechizo se le hubiera congelado a medio hacer. Por alguna razón, los ojos sí que siguen moviéndose—. Urganda, encárgate de ese.

La anciana levanta un dedo ganchudo y señala al caballero, que aúlla de dolor y comienza a retorcerse. Con la otra hace un aspaviento y el pegaso cae al suelo convertido en un montón de plumas que se arremolinan en la brisa nocturna.

El caballero empieza a levitar a un par de palmos del suelo, con el rostro enrojecido y las venas del cuello a punto de estallar, como si le estuvieran levantando unas manos asesinas.

—No sabíamos qué regalarte este año y, ya que quieres una mascota, ¿qué tal si te regalamos una planta para que aprendas a cuidarla? No te vemos preparado para un perrito. —El anciano comienza a mover las manos y el mago no puede evitar imitar los mismos gestos. Una luz verde nace en la yema de sus dedos a raíz de ese hechizo que, ajeno a su voluntad, está lanzando.

—Vamos, chico, es por tu bien.

La energía termina de acumularse y en sus ojos enloquecidos se refleja la lenta transformación de su amor en un tejo que hunde sus raíces en el suelo de la torre y cuyas ramas retorcidas y suplicantes se elevan hacia las ventanas.

Por fin, un destello blanco le ciega y la sala queda vacía. El polvo de los años se acumula en las mesas y del tejo solo queda el triste recuerdo de unas raíces ennegrecidas como muñones que imploran.

El mago está sentado en su silla, exhausto y llorando. Las lágrimas nacen en esos ojos jóvenes, ahora nublados por la edad, y de ahí pasan a unas arrugas profundas como valles ocultos, desembocando en un mar de barba nívea.

—¿Satisfecho?

Un penetrante olor a carbón y alcohol inunda la nariz del mago cuando una enorme figura se inclina sobre él. Gira la cabeza y no puede apartar la mirada de esos horribles dientes negros, siempre masticando carbón y exhalando un aliento etílico desde las profundidades de esa garganta que arde como un crisol. El hombre se lleva una mano a la txapela y se la toca levemente con los dedos, en una parodia de saludo formal.

—Oh, no te lo tomes tan personal, son solo negocios. —Se aparta y se palmea la enorme barriga — ¿Qué es un día comparado con el poder que te he concedido?

—Cada año que tengo que pasar por esto me lo pregunto.



## Javier Saborido

Javier Saborido es un filólogo madrileño apasionado de *El señor de los anillos*, los juegos de rol y el café. Entre sus méritos más importantes está haber dado la primera charla sobre perspectiva queer en La Sociedad Tolkien Española, dirigir el fanzine *Añagaza* y cuidar de Tofe. Además cocina muy bien.



[@saboridofoto](https://www.instagram.com/saboridofoto)



[@saborido](https://twitter.com/saborido)



<https://www.javiersaborido.com/>



**Fundación 26 de diciembre**

<https://www.fundacion26d.org/dona>

# Los orígenes del cuento de navidad

Marta Inés Rodríguez

3



La Biblia siempre ha sido mi libro de fantasía favorito, consecuencia lógica de ser niña de colegio de monjas, imagino. Así que, si buscamos los orígenes de los cuentos de Navidad, me parece lógico remontarnos a su primera manifestación: los Evangelios.

San Lucas, en el suyo, narra la aparición del ángel Gabriel a una María recién desposada con José (el famoso «El Señor es contigo; bendita tú entre todas las mujeres») para anunciarle que será madre, aunque no conozca varón (desposada era sinónimo de prometida). Le cuenta que «El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra». Y pum, preñada; decidme si es o no una fantasía.

Lucas describe también el nacimiento y las no menos fantásticas circunstancias que provocan que éste tenga lugar en Belén y no en Nazaret, donde vivían: resulta que el emperador romano Augusto (63 a.C. – 14 d.C.), sobrino nieto e hijo adoptivo de Julio César, a quien sucedió, ordenó el registro censal de todos los habitantes de las provincias romanas. Como José pertenecía a la casa de David, hubieron de trasladarse desde Galilea hasta Judea. Y así, como el que no quiere la cosa, se cumplía con las predicciones del profeta Miqueas en el siglo VIII a. C. El alumbramiento va acompañado de apariciones de ángeles, esos que cantan «Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz para los hombres de buena voluntad», para anunciar la buena nueva a unos pastores que acampaban por allí.

No menciona a Herodes ni a los Magos de Oriente, esenciales en el lore de la natividad, que sí aparecen en el Evangelio de san Mateo. Encontramos aquí la versión de José, al que, con un *plot twist* digno de las mejores novelas de *romantasy*, se le aparece otro ángel para contarle que el responsable del embarazo de su prometida es el Espíritu Santo y convencerle de que no la repudie. Respecto del nacimiento, Mateo solo menciona que «Cuando Jesús nació en Belén de Judea en días del rey Herodes, vinieron del oriente a Jerusalén unos magos». Es este evangelista el que narra la adoración de los magos, con el oro, el incienso y la mirra, la matanza de todos los niños menores de dos años ordenada por Herodes y la huida de la familia a Egipto. Los otros dos, san Marcos y san Juan, ignoran por completo el nacimiento y la infancia de Jesús.

Escritos a lo largo del siglo I, los Evangelios constituyeron una riquísima fuente temática para las primeras manifestaciones literarias conocidas, especialmente en el género dramático. Por resumir mucho, con la caída del Imperio Romano en el siglo V cayeron también en

desgracia sus formas literarias, en especial el teatro, que la iglesia católica consideraba inmoral. Así, algunos Padres de la Iglesia predicaron contra el teatro, entre ellos Agustín de Hipona (354-430), que había sido gran aficionado al género durante su juventud en Cartago y que tras su conversión lo califica de «inmundo» e «insano», fuente de pecado y corrupción emocional (*Confesiones*), aconsejando a los cristianos evitar dichos espectáculos en varias de sus «Cartas».

Así, durante siglos, no existió un teatro como tal, llegando a olvidarse los modelos clásicos y el concepto dramático en sí mismo. Permanecieron tan solo algunas manifestaciones populares, orales y bastante improvisadas. Será la necesidad de adoctrinar a los fieles la que provoque el resurgimiento del género, mediante recreaciones de la historia sagrada entre las que se encuentran, por supuesto, la del nacimiento de Jesús. Comenzaron como rudimentarios diálogos cantados («tropos»), alrededor del siglo X, que fueron adquiriendo mayor complejidad y convirtiéndose en verdaderos dramas litúrgicos compuestos en las nuevas lenguas romances.

El *Auto de los Reyes Magos* (siglo XII), hallado incompleto en la biblioteca del Cabildo catedralicio de Toledo, comienza con los parlamentos de cada uno de los reyes, que interpreta el signo de la estrella a su manera (como presagio del nacimiento de un Dios, de un rey terrenal o de un simple mortal); prosigue con su encuentro y la visita a Herodes, y finaliza con un soliloquio de éste, preocupado por la amenaza que el nacimiento supone para su poder. No se ha podido determinar con exactitud el origen del autor (quizá mozárabe, catalán o gascón), pero lo cierto es que la obra demuestra tal perfección dramática, sin antecedentes patrios conocidos, que por fuerza ha de ser de procedencia extranjera, posiblemente una copia incompleta. El primer texto teatral conservado escrito en castellano es, por tanto y en lo aquí nos atañe, ni más ni menos que un cuento de Navidad.

Algunas composiciones se realizaban para su representación en el interior de monasterios y conventos, con ocasión de las festividades litúrgicas, aunque eran poco más que poemas y cantos dramatizados. Es el caso de la *Representación del nacimiento de Nuestro Señor*, de Diego Gómez Manrique (siglo XV), escrita a petición de su hermana María para su congregación, las clarisas franciscanas de Calabazanos (Palencia). De la huida a Egipto, la matanza de Herodes y algunos retazos de la vida del Bautista se encarga el *Auto de la huida a Egipto*, atribuido a Gómez Manrique y descubierto recientemente en la Biblioteca Nacional, procedente del monasterio de Santa María de la Bretonera de Belorado (ese mismo en el que estáis pensando, el de las clarisas cismáticas).

Ya en el siglo XVI, Juan del Enzina elevó a la categoría de verdaderas obras teatrales sus églogas navideñas, empleando novedosos recursos dramáticos tales como elementos contemporáneos al autor (los pastores de Belén se encarnan en pastores castellanos de la época),



una cierta comicidad (el habla sayaguesa y rústica) y realidades existenciales históricas como la expulsión de los judíos o la guerra.

Entre el XVII y el XVIII, el tema se navideño se redujo a sermones, villancicos, pequeñas narraciones piadosas y algunas misceláneas de prosa y verso, típicas de la época, como los *Pastores a Belén* de Lope de Vega, una novela pastoril «a lo divino» única en su género.

Llegamos así al siglo XIX, el verdadero caldo de cultivo de los cuentos navideños. El 23 de diciembre 1823 apareció publicado en un periódico de la pequeña ciudad de Troy, en el estado de Nueva York, un poema anónimo (posteriormente atribuido a Clement Clarke Moore) cuyo primer verso decía «'Twas the Night Before Christmas» («Era la noche antes de Navidad») y que ha configurado, desde entonces hasta nuestros días, el imaginario mágico de Papá Noel, Santa Claus o San Nicolás: los calcetines colgados de la chimenea, el trineo volador tirado por ocho renos, cada uno con su nombre propio, el ancianito adorable y gordinflón de barba blanca con un saco al hombro lleno de regalos, etcétera. La única diferencia con la imagen actual que tenemos de él sería que entonces iba vestido de pieles y hoy lo conocemos con atuendo rojo y blanco, los colores corporativos del famoso refresco de cola en el que todos estáis pensando, gracias a las ilustraciones de Haddon Sundblom durante la década de los treinta del siglo XX.

Si el siglo XIX es el momento del nacimiento, la paternidad del género corresponde sin duda alguna a Charles Dickens pues, si bien no fue el primero en escribir sobre tradiciones navideñas inglesas, sí le debemos la popularización de algunas de ellas gracias a la novela *A Christmas Carol*, traducido como *Canción de Navidad* o, más habitualmente, *Cuento de Navidad*; por deberle, ya vemos que le debemos hasta el nombre y, por supuesto, el elemento fantástico encarnado (más bien «ectoplasmado») en los tres fantasmas de las navidades pasadas, presentes y futuras. No os voy a contar el argumento porque es de sobra conocido y ha sido adaptado, versionado y representado en infinidad de ocasiones, en forma de películas, dibujos animados, musicales y episodios televisivos. Existe, incluso, una famosa (y excelente) versión de los Muppets, dirigida por Brian Henson en 1992 y con Michael Caine como el señor Scrooge.

Pero, volviendo a la literatura, a *Cuento de Navidad* le siguieron infinidad de obras de temática navideña: el propio Dickens la frecuentó en numerosas ocasiones (*Las campanas*, *El grillo del hogar*, *La batalla de la vida*, *El hechizado*...); algunos de los cuentos del danés Hans Christian Andersen, también conocidísimos (*La pequeña cerillera*, *El abeto*, *El soldadito de plomo*, *El muñeco de nieve*...); nuestro Gustavo Adolfo Bécquer en *La leyenda de Maese Pérez el organista*, etcétera. Todas ellas, además de navideñas, pertenecen estrictamente al género fantástico, por muchas piruetas terminológicas que quieran darle los críticos: aparecen

duendes, árboles con cualidades humanas, cerillas que calientan el corazón de su vendedora con visiones fabulosas, juguetes que cobran vida y se enamoran, grillos protectores y fantasmas de todo tipo.

Los grandes maestros de la literatura «seria» también sucumbieron a los encantos del cuento de Navidad. Así, lo cultivaron desde Oscar Wilde hasta Fiódor Dostoyevski, pasando por Guy de Maupassant, Antón Chéjov, Leopoldo Alas Clarín, Vicente Blasco Ibáñez, Benito Pérez Galdós o Emilia Pardo Bazán, que llegó a escribir una veintena de ellos.

Sería imposible adentrarnos en los siglos XX y XXI, en los que el género fantástico y navideño es enormemente popular, sin entremezclar literatura, cine y televisión. El análisis de los episodios navideños especiales de las series televisivas merecería, además, un artículo propio. Quizá en el Adviento que viene, quién sabe, si el fantasma de las navidades futuras no tiene otros planes.



## Marta Inés Rodríguez

Leonesa nacida en Valladolid en 1978. Jurista de formación, desfacedora de entuertos de profesión y filóloga en proceso. Ha publicado relatos en diversas antologías, ha sido dos veces finalista en la web zendalibros.com y en 2021 obtuvo el primer premio del III concurso nacional de relatos sobre la minería del carbón. Con FoscaNetworks ha publicado la trilogía *Hijas de los peores tiempos: Alondra* (2022), *Yvette* (2023) y *Lola* (2025). En 2024 ha sido galardonada con la subvención para la creación literaria del Ministerio de Cultura por un proyecto de ensayo sobre la visión del cuerpo femenino a través de la historia.



[@moderna\\_siesta](#)



[@modernasinsiesta](#)



[@modernasinsiesta](#)



**AFIBROM (Asociación de Fibromialgia, Síndrome de Fatiga Crónica-Encefalomiелitis Miálgica y Sensibilidad Química Múltiple)**

<https://afibrom.org/donaciones>

# Morros de nutria

Beatriz Alcaná

4



Conocí a Apuleyo en vida, aunque no recuerdo dónde. Acaso fuese en Cartago, estudiando retórica, o en Egipto, donde se inició en los misterios del culto a Isis. Hay quien dice que hasta llegó a dominar los secretos de las artes mágicas. Sostenía que las almas de los hombres buenos se transforman en lares, las de los malos en lémures y las de los que no está claro qué fueron en manes. Yo, al morir, me transformé en penate.

Nada dejó decretado Apuleyo sobre este tipo de espíritu, así que no sé si fui bueno, malo o inestable. Lo que sí sé es que a nosotros —a los penates— nos toca hacernos cargo de las despensas.

No es que tengamos que ir al mercado. Somos almas, no esclavos. Nos ocupamos de que las vísceras del pescado fermenten en la salmuera, de que los caracoles rebozados en sal se hinchen de leche de cabra y de que los lirones se coman las nueces para que engorden y se puedan sacar salchichas hermosas de ellos. No es un trabajo pesado, aunque sí aburrido, sobre todo cuando lleva uno haciéndolo tanto tiempo... y le queda una eternidad por delante.

Ignoro qué sería de los penates si no fuera por esos días de asueto que disfrutamos a mediados de diciembre, cuando los vivos se vuelven locos y salen a la calle al grito de «*Bona Saturnalia!*». Es una época del año en la que los siervos se sientan a la mesa como señores y los señores se comportan como si fueran plebeyos. Los varones se atavían con estolas femeninas y las mujeres se visten con las togas de sus maridos. Todos usan gorros rojos de fieltro y devoran manjares succulentos: cerebros de avestruz, morros de nutria y verracos asados de los que, al abríseles el vientre, salen zorzales cantores. Los penates hacemos cuanto está en nuestras incorpóreas manos para que ningún pajarillo pase a mejor vida durante la preparación de este plato tan especial. No siempre se consigue. Quizás deberíamos esforzarnos más, porque es una de las pocas obligaciones de las que no se nos exime durante las Saturnales. Esa y la de procurar que el vino, que corre a sextarios, no se agrie.

Los espíritus también tenemos derecho a divertirnos. Lares, lémures y penates tomamos prestadas las túnicas de los señores de la casa y las pallas de sus esposas, nos cubrimos con ellas y nos hacemos pasar por humanos para reírnos a su costa.

Espiamos a la intachable matrona que le ciñe una guirnalda al esclavo ateniense. Lo hace con una familiaridad que va más allá de lo prudente. Luego le recoge los pliegues de la túnica y se los echa sobre el hombro izquierdo. Se retiran con discreción al *lararium*, donde

creen que nadie los observa, pero las paredes tienen ojos. Por suerte, los lares lo que tienen es corazón y apagan de un soplo la llama de la lucerna que delata sus ternuras. No hay delito que no puedan ocultar las alas oscuras de la diosa Noche.

Los dejamos para que intimen sin temor a ser descubiertos y nos deslizamos hacia el triclinio, donde el *paterfamilias* se ha subido a la mesa para colgar del techo pámpanos de vid y flores de adelfa. Sus invitados dan palmas y le jalean mientras trata de mantenerse en equilibrio sobre el endeble mueble. Nadie le ha explicado que las flores son venenosas. Tampoco le han dicho que debe tener cuidado con las velas que han encendido para celebrar que la vuelta de la luz solar está a la vuelta de la esquina. Los lémures, maliciosos, hacen que oscile la llama para que se le prenda la puntilla del manto. Cuando quiere darse cuenta, se le están chamuscando las canillas y comienza a agitarse y a patalear. Los invitados, crueles, estallan en carcajadas hasta que el anfitrión se baja de la mesa y echa a correr hacia el atrio para remojarse en el impluvio. Las llamas se sofocan; las risas se avivan.

Humillado y pasado por agua, el señor de la casa sale a gatas de la alberca. Bufa y rebufa mientras los niños juegan en una esquina con las figuritas de terracota y las canicas que les han regalado. No me puedo resistir. *Io, Saturnalia!* Es lo que toca. Hago rodar las canicas por las teselas del atrio hasta colárselas bajo las suelas de las sandalias al cabeza de familia, que se va de bruces contra el suelo al intentar ponerse en pie. Ríen los niños, ríen los invitados asomados desde el umbral del triclinio y ríe la matrona en el ángulo oscuro del *lararium*, aunque ella no lo hace porque haya visto a su esposo. Ni siquiera piensa en él. Tiene otros asuntos más amables entre manos.

*Carpe diem*, mortales. Apresuraos, porque las Saturnales llegarán a su fin el vigésimo tercer día de diciembre. El esclavo volverá a limpiar los platos, la matrona regresará a la rueca y los dos se buscarán, enardecidos, con la mirada. Se retirarán los pámpanos del techo y se guardarán las velas. Los niños tendrán que cambiar las canicas por el estilo y las tablillas de cera de la escuela. Nosotros, los espíritus, aguardaremos tan impacientes como los vivos a que el sol invicto derrote a la oscuridad, como hace todos los años. Pero, justo antes de que triunfen la luz y el orden, los días se volverán muy cortos y las noches muy largas, reinará el descontrol y entonaremos el «*Io, Saturnalia!*» una vez más.

*Io, Saturnalia! Bona Saturnalia!*



## Beatriz Alcaná

Beatriz Alcaná (Béjar, Salamanca) siempre ha sentido debilidad por las humanidades. Primero estudió Filosofía y después Teoría de la Literatura y Literatura Comparada. Su primera novela corta, *Spolia*, obtuvo en 2022 el segundo Premio del Certamen Alberto Magno. A finales de ese mismo año ganó el Premio de Novela Corta Marta Portal con *Echidna*. En 2023 fue galardonada con el XXVII Premio Ciudad de Salamanca por *Teseo en llamas* (Ediciones del Viento) y en 2024 se hizo con el XVIII Premio Encina de Plata con la novela corta *Un círculo completo*. Tanto este como su último libro, *El evangelio del lobo* (Versátil Ediciones), fueron finalistas de los premios Ignotus 2025.



[@Beatriz\\_Alcaná](https://twitter.com/Beatriz_Alcaná)



[@alcaná\\_beatriz](https://www.instagram.com/alcaná_beatriz)



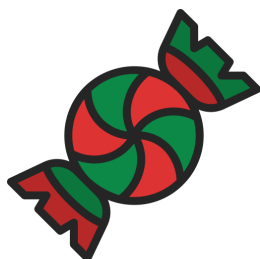
**ASCEL (Asociación para la Conservación y Estudio del Lobo Ibérico)**

<https://loboiberico.com/donaciones/>

# Polvorones Especiales Fonseca

Elisa Álvarez

5



Una vez más, iba a pasar las navidades sola. La idea era comprar algo rico para cenar y ver un maratón de Futurama. El plan cambió cuando mi nueva compañera, Pepa, me invitó a su casa.

—Mi familia organiza una cena con un montón de parientes. Siempre hay sitio para invitados. Después de la pandemia, por fin nos reuniremos todos, así que será la bomba —me dijo casi sin respirar—. Nada, nada,

cuento contigo y no hay más que decir.

—Gracias. ¡Cualquiera te dice que no! —dije resignada.

—Uy, no me des las gracias tan pronto —contestó riéndose.

Llegó Nochebuena y ahí fui yo, con una caja de polvorones de la mejor tienda de la ciudad, a la ubicación que Pepa me había pasado por WhatsApp. La casa resultó ser un caso-plón a las afueras, mal iluminada y siniestra. Lo más parecido a la de *Psicosis*.

—¿Está segura de que esta es la dirección? —me preguntó intranquila la taxista.

—Sí, sí, es esta sin duda.

—Bueno, señorita, si tiene algún problema, contacte con nosotros.

Le dije que no se preocupara, le di las gracias y se marchó.

Antes de que tocara el timbre, Pepa apareció tras la puerta.

—¡Hola! Pasa, ¿te ha costado llegar? No deberías haber traído nada —dijo mirando la caja que llevaba en las manos.

—Pero si son unos dulces de nada.

—Eso dicen todos —me pareció que contestaba.

Alguien del servicio se llevó la caja murmurando algo que no entendí.

Me presentó a abuelos, padres, primos y algún que otro pariente del que sería incapaz de repetir parentesco o nombre. Muy discretos no eran, porque no paraban de mirarme y cuchichear. Me senté al lado de la abuela paterna Filo, una señora con el pelo azul y collares de colores que fumaba como un carretero. Imposible calcular su edad.

La cena consistió en un montón de platos de comida difícil de identificar, pero que estaba bastante buena. Hubo las típicas trifulcas familiares y el cuñado listillo de turno, pero por lo demás, todo normal.

Al terminar de cenar, el servicio sacó varias bandejas de dulces navideños, pero curiosamente, no los polvorones que yo había llevado. Me extrañó. Puede que no les hiciera gra-

cia, pero, aunque solo fuera por cortesía, los podían haber sacado. Me pudo la curiosidad, la maldita curiosidad.

—¿No les gustan los polvorones? —dije con la mejor de mis sonrisas de cuñada.

Se hizo un silencio que se podía cortar con una *gillette*, seguido por atragantamientos varios de todos los comensales, niños incluidos. A la señora del servicio se le cayó la bandeja llena de copas. Las luces empezaron a parpadear y la gran mesa del comedor vibró como si debajo de ella estuviera el epicentro de un terremoto de 7,5 grados de escala Richter. Todas las ventanas del comedor se abrieron a la vez y rachas de viento helado cruzaron la estancia.

Pepa me miró con cara de « te lo dije » y yo no sabía qué mierda estaba pasando.

—Me parece que he metido la pata —murmuré un tanto incómoda.

Todos se volvieron hacia mí y me miraron como lo hacían los niños de la película *Los chicos del maíz*.

—No te puedes imaginar cuánto, guapa —dijo la abuela Filo echando el humo del cigarro por la nariz.

En ese momento me sentí la víctima de un *psycho killer*. Y para postre, los niños empezaron a cantar.



*Otra invitada ha caído en la trampa navideña  
ha nombrado lo innombrable y no saldrá indemne.*

*Ella vendrá a llevarse su presente.*

*¿Con qué manjar nos sorprenderá?*

*¡Qué divertido es alimentar a la bestia!*



Intenté levantarme, pero Pepa me lo impidió sujetándome por los hombros. Tenía la cara desencajada y los ojos saltones, como si tuviera hipertiroidismo.

—¡Joder, Pepa, me estás asustando! Creo que debería irme a casa y dejaros terminar la cena tranquilamente en familia —dije, intentando aparentar serenidad.

—Ya es tarde para eso, bonita. Debiste tener más cuidado, ahora ya no podemos ayudarte.

—¿Ayudarme a qué? Me estás asustando. Esto ya no tiene ni pizca de gracia.

—Bueno, es cuestión de opiniones —dijo alguien.

El resto de los comensales empezaron a golpear los cubiertos con la mesa repitiendo la mierda de canción, riendo y babeando.



Peleé por levantarme, chillé, lloré, solté por la boca todo tipo de tacos y me cagué en todo lo que se meneaba, que era mucho. No sirvió de nada.

De repente se abrió una trampilla en el fondo del comedor. Los comensales empezaron a aplaudir con caras desencajadas. Se produjo un resplandor y detrás de él apareció una ancianita de lo más raro. Su *outfit* no tenía desperdicio: un vestido de fiesta raído a conjunto con unos zapatos que conocieron tiempos mejores, una pamela sujeta a la cabeza por un pañuelo, todo muy vintage, y un delantal lleno de manchas sospechosas. Se me heló la sangre cuando me miró fijamente con una sonrisa desdentada.

—¿Este es mi regalito de Nochebuena? ¿Es mi polvorón? —farfulló.

—¡Sí, sí! —gritaron todos a la vez mientras aplaudían.

—¡Qué maravilla, joven y tierna! Ha merecido la pena la espera por la maldita pandemia.

Esto ya pasaba de castaño oscuro.

—Vale, si esto es una bromita ya os habéis reído suficiente a mi costa. Me voy y aquí paz y después gloria, pero que sepáis que no ha tenido ni pizca de gracia. Llamadme loca, pero me parece fatal que utilicéis a ancianas y niños en estas cosas de tan mal gusto —me desahugué muy digna en plan metralleta—. ¡Con lo bien que estaría yo viendo *Futurama*!

Fueron mis últimas palabras. Desde ese momento pasé a convertirme, como tantas otras, en el ingrediente secreto de los «polvorones especiales» de la familia Fonseca. No sé si guardaron algo para hacer croquetas o ropa vieja.



## Elisa Álvarez

Elisa empezó a leer tebeos y continuó con toda la biblioteca de su casa. Al meterse en Twitter se relacionó con lectoras y escritoras de género, se animó con los microrrelatos y ha terminado escribiendo relatos que le han publicado: «La Regente», «El brazo armado del karma», «La independiente» y «Lo que el colesterol ha unido» en la revista Literentropía y «Nunca es tarde si la dicha es buena(...)» en la *Antología I Cabezología*.

Orgullosa participante del primer Adviento Fantástico con «La magia de la Navidad».



[@elisaalvp](https://twitter.com/elisaalvp)



[@elisaalvp](https://www.instagram.com/elisaalvp)



**ASPAÑION**

<https://aspanion.es/haz-una-donacion/>

# El otro

## Andrés Granbosque

6



Esto debería ser un relato sobre la rivalidad entre un chico y su otro yo que vive tres días atrás en el tiempo, del cual quiere vengarse por las faenas que le hace. Todos los intentos de devolverle las jugadas se vuelven en su contra: la frustración de poder putear a un otro yo que vive más adelante en el tiempo, pero no encontrar la manera de llegar al que vive antes.

Pero no he sido capaz de terminarlo (no he podido pasar más allá de ese concepto y una idea vaga de trama que transcurría en una cena de Navidad) así que, desde ya, te pido disculpas si esperabas una historia entretenida.

Hay una frase que suelo tener muy presente, de la cual desconozco su autoría, que dice algo como: «El arte no es solo para mostrar belleza; sirve para mostrar lo feo, para mostrar lo que hay mal en ti, y que los demás no se sientan tan solos». Por eso quizá me/nos atrae tanto lo monstruoso: porque nos conecta frenando el sentimiento de culpa o de ridículo.

Cuando escribimos, a menudo maquillamos los monstruos para que entren por los ojos; mezclamos a conciencia lo sublime y lo grotesco para crear algo que entretenga.

Mi última Navidad fue una Navidad de mierda. Llevaba una temporada en un estado de agotamiento mental y físico que terminó en colapso. Las personas (tan guays) que organizan este calendario de adviento han vuelto a contar conmigo para el de este año, pero, como decía al principio, no lo he logrado. A decir verdad, creo que, si hubiera puesto un poco más de empeño, a lo mejor sí, porque ya tenía una idea, un título, un tema... pero desarrollarlo bien requiere una concentración a la que no he llegado.

He pensado que, igual que mi última Navidad fue una mierda, a lo mejor la tuya también lo es, y no te apetece leer una tontería de historia de pseudoautoayuda sobre un tío que se pelea consigo mismo.

La Navidad me parece una época especialmente difícil para la salud mental. Y, sin pretender yo dármelas de terapeuta, al menos voy a intentar desnudar mis vergüenzas con la esperanza de que alguien se sienta menos raro.

Las reuniones familiares, las fiestas, la presión del consumismo, el estrés... la Navidad en este contexto no es nada fácil. A lo mejor no te apetece poner buena cara, sonreír, ni ponerte un gorro ridículo; a lo mejor ni siquiera te apetece pasarlo bien. No estás solo/a. Y no pasa nada.

O sí pasa. Claro que puede pasar algo: cuando atraviesas una mala racha en una época en la que todo el mundo sonríe, se hace regalos y se quiere mucho, parece que no está permitido que pase «algo». Lo cual es una estupidez porque (hablo por mí) esa prohibición no viene más que de uno mismo.

Para entender lo que voy a contar tampoco es necesario que me conozcas. Se puede decir que soy escritor aficionado, que he publicado alguna novela con poca relevancia pero críticas decentes. Para sobrevivir, trabajo como programador informático, que es un empleo no mal pagado, pero que me agota mentalmente.

Durante todo el año pasado venía incubando una crisis de creatividad que, a fin de cuentas, «no es más» que cansancio físico y mental. Entrecomillo el «no es más» porque no hay que minimizarlo. La falta de tiempo, sumado a un trastorno del sueño... un desastre para la productividad. Tenía proyectos de novelas que me entusiasmaban, pero no avanzaba. Solo escribí un par de relatos que me encargaron, lo cual me sirvió de empujón: el hecho de que confíen en ti eclipsa la presión.

Con mi primera novela también había tenido momentos de bloqueo, pero dentro de lo esperable (me niego a usar la palabra «normal»). ¿Por qué no era capaz de crear nada más?

Lo achacaba todo al cansancio y a la falta de sueño, pero quería sacar tiempo para escribir: Intenté despertarme más temprano, hacerlo por las noches, esforzarme más, sacrificarme más. Imposible. Lo peor era la frustración, porque de verdad quería, tenía ganas e ideas, pero mi cabeza no daba para más. Hasta que llegó un punto en el que solo pensarlo me producía rechazo; le estaba cogiendo manía.

En la víspera de Navidad tomé una decisión drástica: dejar de escribir. Una afición bonita se estaba convirtiendo en una pesadilla. Es cierto que algún que otro día suelto lograba escribir unas cuantas páginas, pero con ese ritmo es imposible terminar ningún proyecto, siendo realista. El hecho de pensar en escribir ya no me trasladaba mentalmente a un futuro en el que tuviera una obra guay entre mis manos, sino a la imagen de tener que estar constantemente luchando por conseguir algo que nunca voy a acabar.

Necesitaba un descanso urgente. No solo de la escritura, también de ir al gimnasio, planes de ocio, cualquier cosa que no fuera imprescindible. Básicamente, estuve unas semanas trabajando porque no me quedaba más remedio, comiendo y durmiendo.

A veces el cuerpo necesita un descanso.

Me tomé ese descanso sin tener muy claro si luego querría retomar la escritura o no. La prioridad era recuperarme físicamente y, después, ya se vería.

El nuevo año lo comencé triste. Mejor, eso sí, pero con un sentimiento importante de fracaso y culpabilidad. Sé que lo que a cualquiera se le viene a la cabeza es pensar que no es ningún fracaso, que uno tiene unos límites... Pero es que, siendo objetivo, sí: creo que es un

fracaso. Hay que saber aceptar cuando uno es derrotado. Y yo estaba absolutamente cansado de fallar.

Durante este 2025 he intentado retomar la rutina de escritura varias veces, desde una perspectiva más relajada y más realista. He asistido a varios eventos literarios (que me encantan y siempre los disfruto), pero siempre con un poco de miedo y reticencia, porque veo a toda la gente que conozco avanzando en sus proyectos, logrando metas, y eso me deprime un poquito. Sé que es egoísta, que no hay que compararse, pero es la realidad. De todas esas reuniones con compañeros escritores, a los que algunos ya considero amigos, siempre vuelvo con las pilas cargadas y muy motivado, pero al pasar los días, golpe de realidad.

En primavera estuve trabajando en un proyecto literario en el que colaboro todos los años y me vi sobrepasado. Pero aun así acabó saliendo bien. ¿Vale la pena dedicarle tiempo a un hobby si para ello tienes que estar constantemente luchando?

Dejé apartados los proyectos que tenía y me propuse ir cumpliendo metas pequeñas que pudiera ver terminadas. Igual una novela era demasiado ambicioso.

Para contrarrestar el sentimiento de frustración, también me comprometí (eso fue en Año Nuevo) a dedicar un poquito de tiempo a proyectos relacionados con la informática. Porque si he dicho que le estaba cogiendo manía a la escritura, no os podéis imaginar el ASCO que le había cogido a la programación. Si me dedico a ello es porque me ha apasionado desde pequeño, y no podía permitir que otro hobby se convirtiera en hastío. Sería otra derrota.

Pasé una temporada sintiéndome más tranquilo, sin esta disciplina autoimpuesta. A fin de cuentas, la literatura no es para mí ninguna obligación. ¿Por qué empeñarme en algo que ya no aportaba positividad? Era un alivio no pensar en organizar el tiempo, en agobiarme por no sacar hueco.

Es jodido renunciar a los sueños.

¿Podría ser feliz si durante el resto de mis años ya no me siento nunca delante del teclado a rellenar páginas? ¿Si ya no le dedico los minutos antes de dormir a inventar personajes y encajar tramas? ¿Puedo disfrutar de la vida simplemente, no sé, viendo películas, saliendo a cenar y haciendo deporte? Probablemente sí, casi todo el mundo lo hace. No parece un plan tan terrible.

Es jodido renunciar a los sueños, pero más jodido aún es el duelo por uno mismo. Los sueños caducados, lo que podía haber sido pero no fue, el luto por un «yo futuro» que no llegaría a ver, pero sabía que estaba ahí, reflejando los frutos de este «yo» presente.

A lo mejor «duelo» parece una palabra demasiado intensa, pero no encuentro otra que defina mejor la sensación. Lo traté de llevar lo mejor posible. Ya había pasado por la negación y la ira. Una tristeza que sabes que hay que transitar, y esperar que pase.

Lo que ocurre es que también tengo que contar algunas cosas feas.

Como persona que ha estado muchos años haciendo terapia, por historias ya superadas pero que fueron una época muy oscura en mi vida, sé que somos tremendamente tramposos con nosotros mismos.

El *internal saboteur* sabe que un estado persistente de malestar es su mayor aliado. Alguien que ha pasado por adicciones o trastornos de conducta de cualquier tipo sabe que ese malestar (ya sea rabia contenida, tristeza, insatisfacción) es la moneda de cambio que justifica una recaída o la excusa para justificar dejar de lado tus responsabilidades.

Llegar a la fase de aceptación me parece peligrosísimo. Hablo desde mi experiencia personal, pero me parece que cualquiera se puede identificar en mayor o menor grado. Otra de las cosas importantes que aprendí durante mi terapia fue sobre los factores de riesgo y de protección: lo que empuja a dar un pasito escalera arriba o escalera abajo, hacia una vida plena y feliz o hacia una crisis (que puede ser una adicción a sustancias, pero también una caída en trastornos de alimentación, comportamiento, juego, soledad, o cosas a priori más inofensivas, pero que te acaban conduciendo a un agujero). Un solo peldaño no parece gran cosa, pero en cualquier momento la vida te da un bofetón inesperado (y, antes o después, te lo da), y cuanto más lejos del sótano estés, mejor.

Seguro que te he convencido cuando hablaba de que lo mejor era renunciar a mi sueño de escribir, porque es imposible, porque me hacía daño. Si es que es un argumento racional, innegable.

Pero es mentira.

Es el saboteador interno el que habla, que tiene mucho poder de convicción.

Ni de broma estaría satisfecho con esa vida, pero ese traidor que vive dentro de mí (y de cada uno de nosotros) vive de arrastrarte a la desidia: es la coartada para saltarse tus barreras de autocontrol. La cantidad de cosas que una persona hace con tal de no salir de su zona de confort es asombrosa, y la depresión también es, a su manera, una zona de confort, cuando te acostumbras a ella. Porque todo se excusa.

A veces es complicadísimo distinguir los factores de protección y de riesgo, como es difícil establecer el límite entre el sacrificio que merece la pena y el que no, el punto sano entre esforzarse más y descansar.

Es cierto lo que dice el saboteador, que hay sacrificios que no compensan, pero, en mi caso, ¿es así? Después de mucho pensar, de tiempo perdido y muchas quejas (bendita paciencia, mi pareja...) llego a la conclusión de que no puedo renunciar a mis sueños.

La escritura para mí ha sido un factor de protección indudable. No solo me ha hecho descubrir un lado creativo, también he conocido gente genial, me ha hecho estar conectado con el mundo, entender que tengo algo que decir, y que hay gente a la que le gusta lo que digo, que no es moco de pavo. Es una manera de «estar» en el mundo.

Mientras llegaba a esta conclusión, justo estos últimos días, le seguía dando vueltas a la idea del relato. El chico protagonista se enfada con su «yo de hace tres días» porque se ha dejado cosas sin hacer, porque le sabotea, y busca maneras de vengarse o de hacerle cambiar. Por más que se empeña, no encuentra la manera de comunicarse con el pasado. Con el futuro sí, pero eso no le sirve. O, mejor dicho, no se da cuenta de que le sirve. El tono sería un poco surrealista, como si careciera de memoria o disociase su personalidad esquivando las consecuencias de sus propias acciones.

Tendría que encontrar algún final impactante, como que en algún berrinche acabe re-interpretando una acción de su yo-de-hace-tres-días, quizá algo que le parecía un fastidio realmente tenga un propósito o, más simple aún: entienda que el otro no es malo, solo está igual de cansado que él.

No me termina de convencer porque es simplificar demasiado la vorágine de emociones en la que ando metido estos días. Y, por una vez, me sentía mucho más seguro abriéndome la piel contando algo real, que escondiéndolo tras una metáfora.

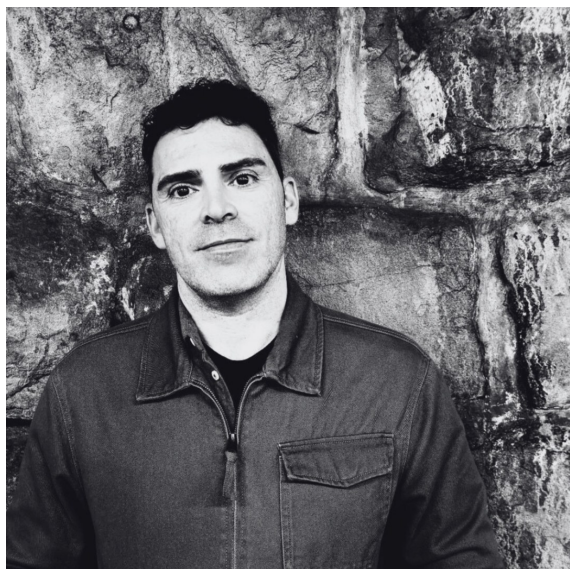
Poco a poco creo que estoy recobrando la inspiración y las ganas. Si sirven de algo unos consejos breves: metas cortas, aprende a ver las fronteras y protégete a ti mismo.

Una vez más, lo siento si esto no es lo que esperabas por Navidad. Pero igual estás hasta las narices de tener que disfrutar, cantar, bailar y comer turrón. Que las navidades de mierda y los días monstruosos también merecen ser contados.



## Andrés Granbosque

Me resulta muy difícil ser humano y supongo que por eso me gusta escribir sobre robots o monstruos. La literatura es mi manera de hacer activismo. Me gusta la filosofía y jugar con las palabras. He publicado la novela *El enemigo común* (Gato Mojado Editorial, 2022) y coordino la antología benéfica anual *Orgullo Zombi*, que en 2025 ha llegado a su sexta edición.



[@andresgranbosque](https://www.instagram.com/andresgranbosque)



[@granbosque](https://twitter.com/granbosque)



<https://granbosque.es>



**Proyecto Hombre Málaga**

<https://www.proyctohombremalaga.com/colabora/>



# Cae y cae y cae

## Virginia Orive de la Rosa

7



Cae la nieve sobre la ciudad. Cae y cae y cae. Y al estrellarse contra el mundo, lo enturbia con su blancura. El reflejo del sol del mediodía sobre su superficie deslumbra a los transeúntes. Poco a poco se amontona en las aceras, caminos y alféizares. Los copos giran y bailan, arrastrados por corrientes de aire que tiran y empujan. Una estampa hermosa, alegre a pesar de las inconveniencias que acarrea el clima invernal. Antes de que el día termine, se volverá gris y sucia, pisoteada por cientos, miles de botas. El frío nocturno congelará la nieve y escarchará los cristales; en el interior de las casas todo se volverá borroso, mientras que fuera las calles resbalarán, peligrosas y letales. Como nosotros.

Mientras tanto, en nuestras madrigueras, nos entretenemos cantando alegres canciones. Reímos, bebemos y afilamos las garras, esperando a que llegue el momento. Los colmillos no lo necesitan, siempre listos a base de roer huesos; la carne se agota pronto tras la orgía navideña, pero los despojos nos duran el resto del año. Nuestro único sustento; aunque no nos aporta nutrientes, evoca recuerdos de sangre y vísceras y nos permite asir, al borde de nuestra memoria, los sabores, los hedores, la alegría de la matanza.

Algunos nos culpan, pero somos inocentes. No nacimos así, con esta necesidad de consumir las vidas de otros. Las circunstancias nos condujeron hasta aquí. ¿Creéis que a vosotros no podría pasaros? Eso habríamos dicho nosotros siglos atrás. Sin embargo, cuando la necesidad acucia, no hay lugar para la ética. Antes disponíamos de alimento en abundancia, una gastronomía compleja y variada. Ahora lo único que nos queda es esto: solo un día para sentir las barrigas saciadas y llorar felices por haberlo logrado un año más. Sueños, esperanzas, reservas con las que hacer frente al próximo. En el que volveremos a visitaros.

Para vosotros somos una leyenda, un mal sueño, seres monstruosos salidos de las entrañas de la tierra para devorarlo todo a nuestro paso. Seguro que vuestros líderes nos emplean como amenaza contra quienes incumplen las normas morales, establecidas en nombre de algún ser superior a quien nada le importan las palabras soeces, las pequeñas mentiras ni los pensamientos libidinosos. Nosotros lo hacíamos cuando teníamos ocasión, nos gustaba regodearnos en el pecado ajeno, juzgar a todo el mundo. Ahora nos revolcamos en nuestra decadencia y abrazamos la ignominia sin el menor embarazo. Pero no, no somos el castigo, no buscamos en vosotros signos de amoralidad. Ni siquiera elegimos, en realidad. Es la nieve quien escoge. Ella, quien cae y cae y cae sobre la ciudad.

Si el día de Nochebuena trae una nevada interminable ante vuestra puerta y su noche, una helada paralizadora que suspende cualquier rastro de vida, corred. Sin mirar atrás. Huid mientras podáis, porque el día de Navidad no os ofrecerá clemencia. La nieve nos llama y no desoiremos la invitación para el festín. Solo tenemos un día al año y pensamos aprovecharlo al máximo. Arrancando tiras de piel, jirones de carne, ristras de intestino... Delicias inesperadas, contenidas en el interior de vuestros cuerpos: estómagos, pulmones, corazones... Listos para la cosecha.

Llegamos cantando y nos detenemos a bailar frente a vuestras puertas. Agitamos nuestros pellejos resacos y enjutos, para celebrar que nuestros cuerpos pronto se encontrarán llenos gracias a vuestra carne. Una antigua plegaria nos colma los pulmones y se desborda a través de nuestros labios. Un recuerdo del mundo antiguo, de tiempos mejores donde no existáis y nosotros lo dominábamos todo. Superiores al resto de especies. Cuando vivíamos en hogares sobre la tierra, en lugar de hacinarnos en agujeros infectos bajo ella. También creímos que estábamos a salvo, que nadie nos arrojaría del pedestal. Entonces, aparecisteis vosotros... Pero también lo hizo la nieve y nos dio esta última oportunidad de supervivencia. Esta noche es nuestro turno.

¿Por qué lo hace? ¿Por qué se sacude sobre una ciudad en concreto y la marca con jirones de algodón blanco? Ni lo sabemos ni nos atañe. Solo nos importa el hambre. Vosotros tampoco morderíais la mano nivea que os alimenta, si os encontraseis en nuestra situación. Si vuestra piel dura y correosa se os replegara sobre los huesos, falta de carne que la llenase. Si las fuerzas os fallasen al intentar comunicaros, incapaces de gruñir en esa lengua vuestra, gutural e incomprensible. La nuestra era hermosa, nos deleitábamos con su sonido. Algunos de los nuestros incluso creaban música. Ya no quedan violines, pianos ni guitarras. Una civilización casi perdida en este mundo que nos arrebatasteis, sin preocuparos por lo que nos ocurriría.

¿Lo merecíamos? Ni lo sabemos ni queremos descubrirlo. No fuimos mejores ni peores que los que vinieron antes. La Tierra no cambió de la noche a la mañana; millones de decisiones la convirtieron en lo que es. Inhabitable para nosotros, un paraíso para vosotros. Nuestros antepasados la quebraron acción a acción, error a error, y ahora es esta generación quien cumple condena. Incapaces de vivir bajo este sol que brilla cada día salvo en Navidad, cuando las nubes lo cubren y la nieve nos convoca en la superficie.

Es la hora, ¿no lo oís? Llegamos cantando, agarrados los unos a los otros. No bailamos aún, nos faltan fuerzas, pero pronto nos ayudaréis en la celebración. ¿Aún estáis aquí? Deberíais haber huido cuando comenzó a caer la nieve. Tan blanca y tan pura, para que nosotros podamos mancharla con vuestra sangre, cuando nos chorree de la boca y nos corra por el pecho pringándolo todo. De nada os servirá esconderos, ni avisar de nuestra presencia. Gritadla a los cuatro vientos, que se enteren vuestros vecinos: «los humanos han llegado a la ciudad, mientras la nieve cae, cae y cae».



## Virginia Orive de la Rosa

Virginia Orive de la Rosa (Vitoria, 1982) vive atrapada en historias de fantasía y busca la salida saltando a través de mundos de ciencia ficción, terror y humor absurdo. En su afán por salvarse, a veces los pone por escrito para compartir la carga con cualquier valiente que se atreva a asomarse a sus páginas. Por el momento sigue luchando por escapar y está decidida a seguir escribiendo hasta que lo consiga. También tiene otra vida paralela, pero es mucho más aburrida.

Tiene publicadas dos entregas de su saga de fantasía satírica titulada *Las Crónicas Absurdas: Intrigancles contra el sistema demostrático* (Editorial Cerbero 2022) y *Sesio contra la leyenda idiosincrásica* (Editorial Cerbero 2025), la novela corta de fantasía oscura *Tras la muerte, al fin, paz* (Editorial Cerbero 2023), nominada a los Ignotus 2024, y la novela de fantasía romántica Young Adult *Alguien mejor que yo* (Uzanza editorial 2024). También ha aparecido en revistas como Windumanoth o Pulporama y en distintas antologías como *Mundos sutiles*, *Noches de Navidad* o *Historias Phantasticas I y II* con relatos enmarcados en géneros diversos como la ciencia ficción, la fantasía, el terror o el humor absurdo.



[@virdepapel](https://www.instagram.com/virdepapel)



[@virginiadepapel](https://twitter.com/virginiadepapel)



<https://virginiadepapel.com/>



**Ayuda Emergencia Gaza**

<https://www.medicosdelmundo.org/realizar-donacion/>

# Lo que se hace por amor

Elena Nozal Moralejo

8



No importaba las veces que mirase por la ventana norte de la nave, siempre me quedaba sin palabras ante la inmensidad del espacio exterior. Es verdad que hacía años que la humanidad había conquistado la Vía Láctea, con colonias en Marte, Urano y ahora Júpiter. El planeta Tierra se había quedado obsoleto. Con escasez de materias primas, sin aire limpio, sin alma. Aunque todavía quedaban algunos que se aferraban al planeta azul. Esos que no creían en que la evolución tuviera que pasar por la tecnología. Amaban los remedios tradicionales, las conversaciones cara a cara, los alimentos nacidos de la tierra... lunáticos.

No los entendía. ¡Si en las colonias había de todo! Todo de color blanco impoluto, con tecnología punta, automatizado hasta la médula. Ni siquiera tenías que pensar a qué dedicarte, las redes neuronales de la IA te lo decían al cumplir la mayoría de edad. Es verdad que todo se volvía monótono, salvo por las vistas. Cada día se abría un nuevo universo ante nosotros, nuevas posibilidades. Por ello merecía la pena.

—¿Otra vez ensimismado, Mad1013? —La voz de Dante a mi espalda me sobresaltó.

Antes de darme la vuelta eché un último vistazo a mis amadas vistas y con una sonrisa le agarré del hombro.

—No entiendo como no te quedas embobado tú también, ¡encima trabajas en el exterior! Yo me perdería fijo.

Dante se limitó a encogerse de hombros.

—Si tú hubieras visto la Selva de Irati en otoño, el fuego del Timanfaya o nuestras queridas Médulas... no te quedarías como un pasmarote con esas estrellas.

Resoplé, ya estaba con su retahíla, lo mejor era dejarle hablar. Le seguí por los modernos pasillos —eran de última generación—, hasta llegar al vestuario. Dante no dejó de hablar de colores, de tipos de plantas, de vegetación que se había perdido en la última década —como si él hubiera estado vivo para ver las Médulas antes del Gran Incendio—. Le dejé hablar porque la nostalgia atacaba siempre a los nuevos. Dejaban la Tierra atrás, pero una parte de su corazón se quedaba en ella. Yo no lo entendía, me hablaban de árboles y no me decían nada, yo era más de cables y compuertas de ventilación. Eso sí era algo impresionante: capaz de dar oxígeno y distribuirlo a través de miles de metros cuadrados. Era pensarlo y se me erizaba la piel.

—¿Cómo es que te has cogido este turno? —La voz de Dante no transmitía ninguna emoción, pero sus ojos transmitían una tristeza que no supe identificar.

—Ya sabes que pagan más hoy, por eso de la fiesta terrestre, no me acuerdo de cómo se llamaba...

—Navidad —respondió y sus ojos brillaron por un segundo—. Es cuando pasamos tiempo en familia y se reparten regalos, aunque yo siempre los dejaba bajo el árbol para abrir al día siguiente.

Añoranza es lo que sentía Dante; yo, indiferencia.

—Sí, eso. Me viene bien un dinero extra, quiero comprar el robot 2000Q. ¿Lo has visto? ¡Es brutal!

Mi compañero puso los ojos en blanco e instintivamente se llevó la mano al collar que colgaba de su cuello. Era una flor —me había dicho mil veces cuál, pero era incapaz de acordarme—, solía calmarle cuando estaba nervioso. Le entendía, ¡las novedades del modelo 2000Q eran alucinantes! No sabía que le gustara tanto, pero acepté ese gesto como una puerta abierta para narrarle cada nueva característica mientras nos poníamos el traje. Estaba tan emocionado que también le conté las novedades que incorporaba la nave en la que viajábamos —aunque Dante no compartió ni la mitad de mi entusiasmo—.

Tras un par de horas, ya habíamos caminado por la linde de la nave reparando los conductos exteriores sin mayor complicación.

—Creo que podemos alejarnos un poco y asegurarnos de que la torre de control del satélite no ha sufrido daños por la lluvia de asteroides.

Asentí con emoción, pocas veces había salido de la nave y muchas menos veces, por no decir dos, había podido caminar por una roca espacial —el viaje a Júpiter demandaba varias paradas desde Marte y se solía anclar en las más grandes del Cinturón de Asteroides—.

—Vamos, compañero, y no es un satélite, es un planeta enano llamado Ceres.

Los ojos de Dante brillaron, pero no dijo nada y yo seguí con mi parloteo particular hasta que llegamos a la torre. Para nuestra sorpresa, estaba bastante dañada, la placa base se había levantado y la pantalla parpadeaba mientras saltaban chispas de varios cables pelados.

Mi compañero se lanzó al teclado y yo me senté en un cráter cercano, sin informe de daños no sabía qué hacer.

—¿Cuántos años llevas ya fuera de la Tierra? —pregunté al cabo de unos minutos.

—Mil seiscientos cuarenta y tres días, doce horas y... —miró su reloj— y dieciocho minutos.

—Sí que llevas mal el haber dejado atrás ese planeta... ¿Tu chica también es tan nostálgica como tú?

El cuerpo de Dante se tensó por un segundo, le debía de estar costando arreglar la torre de control.

—Sí, ella lo lleva peor que yo. Por eso siempre intento regalarle algo de nuestro hogar, para que la nave sea un poco más acogedora.

—Eso con el nuevo modelo se arregla, ya verás, lleva unas luces de calma alucinantes, como estar en casa.

Mi compañero negó con la cabeza y yo sonreí: el progreso parecía increíble hasta que lo probabas. Cansado de esperarle, observé a mi alrededor: algo no acababa de encajar. Fue entonces cuando vi un tornillo a unos metros de distancia, y otro, ¡y otro! Empecé a caminar, alejándome de la torre y de la nave.

*¡Atención, alejándose del perímetro de seguridad! Proceda con precaución.*

Hice caso omiso del aviso de mi transmisor: había demasiadas piezas intactas, pero sueltas. ¿Cómo podía ser?

*Saliendo... del... perímetro...*

No tenía sentido: a mis pies había un martillo. ¿Y si había sido alguien, y no algo, lo que había dañado la torre? Me di la vuelta, pero antes de que pudiera dar un paso recibí un golpe que me tiró al suelo.

—No debiste ver eso, Mad...

*¡Alerta! ¡Equipo dañado!*

Quise ponerme de pie, pero un pitido en los oídos me lo impidió. Algo no iba bien. Sentí cómo mi corazón se aceleraba y mi visión comenzaba a nublarse.

—¿Qué... qué está pasando? ¿Dante? —gimoteé sin entender, el traje de última generación no debería fallar.

*¡Alerta! ¡Oxígeno bajo!*

—Deja de llorar, me das vergüenza.

—¿Dante! —murmuré aliviado mientras me incorporaba con su ayuda.

—Bueno, he hecho lo que me pedisteis, ¿dónde está lo mío? —al pronunciar esas palabras me empujó hacia delante, provocando que cayera de rodillas ante dos figuras extrañas.

—¿SEGUROQUENOSSIRVEESTEEJEMPLAR?

Quise abrir la boca, pero mis palabras desaparecieron en cuanto observé frente a mí a dos ejemplares de la especie alienígena que habíamos erradicado en Marte.

—Oh, os va a encantar, es autóctono de las colonias y conoce a la perfección las tecnologías humanas.

Los alienígenas no dudaron de sus palabras y tiraron de mí hacia su nave, entregándome a cambio una cosa roja y extraña a mi compañero.

—AQUÍTIENESUFLOREDEPASCUA,HUMANO.

—¿Qué... qué estás haciendo, Dante?

—Comprar el regalo de Navidad. Ya sabes, lo que se hace por amor... no tiene precio.

## Elena Nozal Moralejo

Elena Nozal Moralejo, conocida en redes como Cometa, nació en septiembre de 1998. Es ingeniera electrónica y analista de datos. Se describe como una enamorada de las letras y las ciencias, buscadora de mundos y devoradora de libros. En 2016, ganó su primer premio literario y, desde 2020, ha coeditado —junto a Teresa Plaza García— las antologías benéficas *Renacer*, *Legado* y *Huellas*. Además, participa como autora en *Atlas 10* (2023) y *Academia Cloakblue* (2025) editadas por Akane Editorial, en *Adviento Fantástico* (2024, 2025) y en *Cuentos de Conjuros y Sombras* (2025).



[@escritoscometa](https://twitter.com/escritoscometa)



[@escritoscometa](https://www.instagram.com/escritoscometa)



[@escritoscometa](https://www.facebook.com/escritoscometa)



[@escritoscometa](https://www.tiktok.com/@escritoscometa)



**Fundación Grandes Amigos**

<https://grandesamigos.org/ayuda>



# Un brindis

Aitor Aráez

9



Ser médium no es fácil.

La mayoría de los días no se aleja demasiado de una percepción sensorial promedio: paseo tranquila viendo fantasmas que no dejan de ser personas que también deambulan por las calles, los centros comerciales, las tiendas, los portales..., sin mayor diferencia que el hecho de que algunos ya no están vivos. Caminan igual, se aburren igual, esperan igual a que pase algo, a que alguien los mire. Y cuando descubren que puedo hacerlo, que mis ojos sí los alcanzan, ahí empieza el verdadero problema.

Porque lo difícil no es verlos, sino que ellos también me vean. Y que hablen, murmuren, y se corra la voz entre ellos de que soy médium. Ahí se me complica la cosa: me buscan, me piden favores, me interrumpen en mitad de cualquier reunión, en el autobús, en la cola del supermercado. Me distraen como pueden con tal de que les haga caso. «¡Dile a mi hermana que no venda la casa, que tengo dinero escondido ahí!». «¿Podrías decirle a mi amiga que su novio la está engañando? ¡Menudo gilipollas!». «Tienes que buscar a mi marido y encontrarle otra mujer, que no se quede solo, anda». En fin, me dicen de todo. Algunos días son solo unos pocos, otros días decenas. No me malinterpreten, me gusta ser médium y ayudarlos, de verdad, pero hay momentos que apenas puedo con los vivos. Porque ayudar a una madre a hacerle saber a su hijo que no está enfadada con él, que aquella discusión anterior al accidente no importa, que ella sabe lo mucho que la quería... es bueno. ¡Diablos, claro que es bueno! Se me calienta el corazón solo de recordarlo, pero eso no me paga las facturas ni me hace descuentos en mis compras, ¡y mi estúpido casero ha vuelto a subirme el alquiler y el coche me hace un ruido raro cuando meto cuarta!

Y es que, créanme, ser médium no es fácil,  
excepto en Navidad.

Porque en estas fechas, los fantasmas no se molestan en buscarme ni pedirme favores. Los muertos no piden nada. No hay súplicas ni encargos ni mensajes urgentes. Solo compañía, y eso basta.

Mi abuela murió hace tres años y, desde entonces, cada Nochebuena aparece en casa. No dice mucho ni tampoco hace ruido, simplemente está. Me sonrío y se queda de pie, junto a



mi madre, que reparte los platos entre la familia, y también agarra la mano de mi abuelo, que murió hace nueve y siempre era el primero en brindar. Todavía lo hace, sin nada en la mano, y me guiña un ojo.

Frente a la televisión, enganchada a los programas musicales, está mi tía, a quien el cáncer se llevó muy pronto, con solo treinta y nueve años. Siempre aparece con su pelo suelto y esa risa que hacía temblar los cristales. Junto a ella, mis primos jugando y cantando, y también mi hermana pequeña, a quien no llegó a conocer, pero a quien mi madre bautizó como ella.

Charlando en la cocina, por encima de las voces de mi padre, mi tío y mis primas — encargados por honores de todas las comidas importantes—, están mi otra abuela, mi bisabuela y su hermana, y también una prima lejana que nunca conocí, pero que siempre pasaba las Navidades con ellas y ahora con nosotros. Nadie las escucha murmurar como cotorras criticando los modernísimos canapés de mi prima y las croquetas amorfas de mi padre, tampoco soltar carcajadas cada vez que alguien dice *gluten free*. Y tristemente nadie las escucha elogiar a los hombres de mi casa, que ahora cocinan y también se encargan del hogar; ni tampoco a las mujeres de mi familia, que han estudiado lo que ellas no pudieron. Les hubiera gustado vivir estos tiempos y salir más, tintarse el pelo, trabajar, llevar vestidos cortos e incluso conducir. Hace dos Navidades me enteré de que, de haber podido, mi bisabuela hubiera estudiado matemáticas.

En un rincón, cerca de la ventana, mi otro abuelo observa la calle con fascinación. Siempre le han gustado los coches y ahora no deja de ver nuevos modelos, nuevas marcas, nuevas ideas. Mi primo, el mecánico, no lo sabe, pero siempre está acompañado por él cuando trabaja. Una vez fui a que revisara mi coche y lo encontré en el taller, siguiéndolo, metiéndose bajo los capós, soplándole ideas al oído. Paso por la mesa, me agencio un par de canapés bien modernos y estrambóticos, y me coloco a su lado. Le hago un gesto para que me mire y le señalo, con disimulo para que nadie piense que estoy loca, mi coche, aparcado casi en la puerta. Él me dice que parece bueno, que le gusta el color, que es buena marca, y me pregunta cosas de motores que no entiendo. Pongo una mueca que significa «yo qué sé, solo lo arranco y funciona» y él se ríe.

A su lado, en silencio, miro por la ventana y, a través de otros cristales, veo luces encendidas, otras familias preparando la cena de Nochebuena, fantasmas rodeándolas y sonriendo, sentados junto a ellas, jugando con los más pequeños —los que todavía los ven—. Algu- nos están en los balcones, acompañando a los fumadores, imitando el gesto de llevar el cigarrillo a los labios, como si aún pudieran aspirar el humo y recordar la sensación. Es triste y divertido a la vez.

Me pregunto si, en esas casas, habrá otra médium como yo, si alguien más los verá o si los fantasmas aceptan que basta con estar cerca, aunque nadie los pueda percibir.

Llegada la cena, mi abuelo inicia el brindis, pero nadie lo sigue porque nadie lo ve, así que alzo mi copa, nos guiñamos un ojo y brindo por los que somos, pero sobre todo por los que fueron, que todavía siguen aquí. Todos creen entender lo que digo, pero nadie más que los muertos lo comprende bien. Así, ellos también imitan el gesto de alzar la copa, brindan, y su risa se esparce en la sala como el confeti.

Ser médium no es fácil,  
excepto en Navidad.



## Aitor Aráez

Aitor Aráez (Elche, 1992) es filólogo hispánico y corrector de novelas, aunque acaba de embarcarse en la aventura de abrir su propia librería junto a su pareja Fernando: Librería La Manzanera.

Autor de la novela corta *Miasma vida* (Ediciones Raven) y de algunos relatos más por ahí y por allá: «Maullido en cuerpo y alma», en *Orgullo Zombi 6* (coordinada por Andrés Granbosque), «Ordalía lunar», en *Antología Fantaciencia* (Droids&Druids), entre otros, y también ganador del Premio Ignotus 2024 a Mejor Artículo por «Hopepunk: Cuando la bondad es rebeldía», en *Antología Hopepunk* (Droids&Druids).

Pese a todo esto, su mayor logro es haber pasado de tener una caja de antidepresivos durante años en la mesita de noche a una de antihistamínicos.



[@KreosPrattio](https://twitter.com/KreosPrattio)



[@KreosPrattio](https://www.instagram.com/KreosPrattio)



[@kreosprattio](https://www.patreon.com/kreosprattio)



**Save The Children**

<https://www.savethechildren.es/donacion-ong/donacion>



# Intercambio de regalos

María Fornieles

# 10



## María Fornieles

María Fornieles se define como un ornitorrinco de persona, término que hace referencia a su afición y destreza en diferentes disciplinas. Licenciada en Filología Inglesa, Técnico Superior en Diseño Gráfico y Publicidad, Máster en Enseñanza, y estudiosa empedernida del lenguaje visual, se dedica oficialmente al *Marketing* Digital para personas creativas.

En su dilatada trayectoria profesional ha trabajado como productora, profesora, diseñadora gráfica, ilustradora, consultora de marketing y otro buen montón de cosas en todo el mundo. Además de todo esto imparte charlas de diverso contenido, como *marketing* aplicado a videojuegos, personal branding, o el rol de la mujer en el audiovisual.

Actualmente ilustra, diseña, y asesora, no necesariamente en ese orden.



[@mariavidela](https://twitter.com/mariavidela)



[@videlilla](https://www.instagram.com/videlilla)



[@mariafornieles](https://www.facebook.com/mariafornieles)



[@mfornieles](https://www.tiktok.com/@mfornieles)



<https://mariafornieles.com>



**Asociación Ladrillos Vagabundos**

<https://chuchos-gr.org/s41-sec41>

# La más lista de la aldea

Penélope Fernández

11



La niña María se seca las lágrimas con la punta del delantal, y decide que su vida está acabada, arruinada, destrozada para siempre. Está escondida en el rincón de la despensa, donde su madre pone la carne de cordero a secar, arrodillada debajo de los ramos de ruda y perejil. Pensando qué hará con el bebé que le han metido dentro a la fuerza.

La niña María sabe perfectamente qué tipo de pesadilla está viviendo. Los que solo ven a su aldea como un pozo de granjeros analfabetos no se dan cuenta de que está justo en el camino desde Tiro a Nazaret, y que muchos mercaderes se detienen a menudo en la fonda para descansar. Mientras comen y beben, riegan con cuentos imposibles las mentes de los niños que abarrotan la taberna. Fábulas sobre monstruos marinos que se tragan barcos enteros sin masticar, sobre seres sobrenaturales que viven en diminutas lámparas de aceite, sobre cadáveres a los que hay que enterrar en una encrucijada para que no sepan volver a casa al levantarse de su tumba.

Cuentos sobre Zeus.

La niña María lleva muchos años devorando esas historias, sentada en la taberna con la boca abierta y la carita apoyada en las manos, repitiéndolas para sí misma a la hora de dormir hasta que ya forman parte de su ser. Los mercaderes se alimentan de cordero con especias, pan ácimo y vino caliente, y regurgitan fábulas griegas entre bocado y bocado. La niña María, sentada en una silla cercana desde que los pies no le llegaban al suelo, se alimenta de la mitología con ansia, chupándose los dedos con cada palabra extraña y relamiéndose con cada concepto fantástico.

Esa noche, de rodillas junto a su cama, la niña María eleva una súplica a Zeus, ese dios extranjero que pasa su tiempo violando adolescentes, estampando semillas en el vientre de las elegidas y recogiendo su fruto después, como un ladrón que irrumpe en el jardín de los vecinos para robarles las manzanas. La niña María cierra los ojos con fuerza y reza por su hijo, al que todavía no conoce, al que ya sabe que nunca conocerá, bien porque Hera la mate cuando descubra su embarazo, bien porque el dios que la ha violado le robe al bebé para someterlo al horrible destino de los héroes.

La niña María traga saliva y estudia el problema, analizando una idea desesperada tras otra. Cuando uno se ve envuelto en asuntos de dioses, la muerte no es suficiente. Debe ser más lista que ellos.

Pero ¿cómo?

Ese diciembre, la niña María sonríe como si ya hubiera aceptado su destino. Agotada tras el parto, la mirada perdida y el bebé en los brazos, escucha las quejas de José sin oírlas. Su prometido refunfuña acerca de su cabezonería, sobre que se haya empeñado en recorrer a solas los dos kilómetros hasta el pueblo mientras sufría las primeras contracciones, sobre su insistencia en que no la acompañara, y sobre las mujeres en general. José no es tonto, pero no sabe nada de partos. Aun así, no deja de preguntar a voz en grito por qué era tan importante para ella tener a su bebé a solas en la casa de una extraña.

La niña María, recostada en la paja, asiente despacio sin contestar, al borde del desmayo. Las últimas horas han sido demasiado para ella. La caminata hasta el pueblo en silencio, aprovechándose de la oscuridad, el parto a solas en un callejón, masticando cada grito de dolor antes de tragárselo bañado en lágrimas... y lo otro. Lo peor es que nunca sabrá si su plan ha funcionado, si ha conseguido engañar a los dioses y, así, salvarle la vida a su bebé.

Mientras José sigue gruñendo, la niña María se abre la camisa para dar de comer al niño que acaba de robar. Aunque tiene roto el corazón por lo que se ha visto obligada a hacer, está tranquila porque sabe que, en una casa de Belén, en un dormitorio más grande que toda su chocita de Galilea, otra madre va a cuidar bien de su hijo sin saberlo.

Cuando uno se ve envuelto en asuntos de dioses, es lo mejor que se puede esperar.





## Penélope Fernández

Penélope Fernández (Sevilla, 1976) cursó la carrera de Biología sin saber que, en vez de formarse para estudiar virus mortales, en realidad se estaba preparando para escribir historias de terror científicamente correctas.

Ha publicado relatos de terror en varias antologías, además de dos novelettes (*Peter Fand*, de Hela Ediciones y *Las Treinta Mujeres del Capitán Jack*, de Ediciones Dorna). Su novela de ciencia ficción *Alicia tiene que morir* acaba de resultar finalista en el VI Premio Ripley. Más adelante publicará otras historias de terror y fantasía, pero, aunque aún no sepamos con qué editoriales, sí estamos seguros de que estarán llenas de elementos oscuros, escalofriantes y muy, muy realistas.



[@penelopefernandezoficial](https://www.instagram.com/penelopefernandezoficial)



[@penelopefernandez](https://twitter.com/penelopefernandez)



<https://penelopefernandez.es>



**Hope Palestina**

<https://hopepalestina.com/donaciones/>



# Bienvenidos a Christmasland:

## La inversión ontológica de la Navidad

# 12

Daniel Pérez Castrillón (@mangrii)



La festividad de la Navidad opera bajo el paradigma de la fugacidad: su significado reside en el Adviento, la espera, y el carácter único e intransferible de un solo día. Veinticuatro días de espera para veinticuatro horas de celebración. Joe Hill, en su novela *NOS4A2* (Nocturna, 2020), construye *Christmasland* como una inversión ontológica de este concepto, transformando el gozo temporal y finito en un terror psicológico perpetuo. Este paisaje mental materializado —creado por el inmortal Charles Manx— se erige no solo como un escenario macabro, sino como un artefacto narrativo que critica mordazmente la nostalgia patológica y el consumismo desmedido de las festividades.

### Hablemos de *NOS4A2*

Christmasland es el lugar donde todos los días es Navidad y la infelicidad va contra la ley. También es el lugar que Manx, el conductor del (famoso) Rolls-Royce Wraith de 1938 con la matrícula NOS4A2, usa para secuestrar niños. Sin embargo, un día se topará con Victoria «Vic» McQueen, una joven con un don especial para encontrar cosas perdidas. Desde su primer encuentro con Manx, que sucede en un lugar ambiguo de realidades como es Puente de Atajo, Vic luchará a lo largo de los años por detener a Manx y rescatar a los niños en un enfrentamiento que la obliga a poner en riesgo todo lo que ama.

### Bienvenidos a Christmastland

¿Y si todos los días fuera la mañana del 25 de diciembre, congelada en un bucle eternamente gélido? Tortura o bendición (cuestión vuestra elegir), así es como se manifiesta Christmasland, el dominio estéril y monocromático ideado por Joe Hill para su inmortal y maligno Charlie T. Manx. Una postal navideña eterna que no genera la misma calidez que (deberían) las fechas, sino una profunda sensación de lo siniestro, del *unheimlich*, acechando desde cada rincón de la página.

*Allí era imposible no ser feliz, en un lugar donde cada mañana era Navidad y cada noche, Nochebuena. Donde llorar iba en contra de la ley y los niños volaban como ángeles. O flotaban.*

Una niñez eterna, una inocencia perpetua, es la transformación que reciben los niños tras su viaje en el Rolls-Royce Wraith. Sin embargo, este cambio, Joe Hill también lo aplica de forma física, donde los niños exhiben una dentición afilada y una voracidad insaciable por objetos materiales. Los regalos se vuelven un fin en sí mismos; una necesidad patológica que anula el desarrollo emocional. De esta forma, *NOS4A2* se convierte en un retrato del lado oscuro del consumo navideño, de la necesidad patológica de lo material como freno a cualquier tipo de desarrollo emocional o ético. Un bucle de hedonismo violento y nihilista enmarcado en esa estereotipada (y aparentemente feliz) postal navideña.

### **El arquetipo del salvador (perturbado)**

El antagonista de esta historia, Charlie T. Manx, trasciende su rol y rasga las líneas del arquetipo del salvador, creyendo fervientemente en un bien mayor que funciona como su propia patología. Su misión no es el mal arbitrario, sino la corrección de un orden social que considera corrupto: el fracaso de los padres en preservar la inocencia de los niños. Manx, quien sufrió (cómo no) una miserable infancia repleta de abusos, proyecta su trauma en una cruzada para ser el protector final de la niñez.

*A Manx le gustaban los niños. En la década de 1990 había hecho desaparecer a docenas de ellos. Tenía una casa al pie de las Flatirons donde hacía con ellos lo que quería, los asesinaba y después colgaba adornos de Navidad a modo de recuerdo. Los periódicos llamaron a aquel lugar la Casa Trineo.*  
*Jo, jo, jo.*

De esta forma, él no roba a los niños, los rescata de la inevitable traición que es la madurez. Un refugio en el tiempo que anula la finitud de la vida y la congela en un momento de pura celebración. Este aspecto se ve todavía más a fondo en el cómic *Wraith* (con el excelente dibujo de Charles Paul Wilson III), una novela gráfica que funciona como precuela de *NOS4A2* donde se nos exponen muchas de las incógnitas de la novela original, como de dónde sale el poder de Manx, su ferviente perturbación y cómo obtuvo su característico coche.

## Vic McQueen: el antídoto de la realidad

Contrario a Manx y sus creencias, la verdadera salvadora aquí es Vic McQueen, que, junto a su motocicleta Triumph, cabalga por el Puente del Atajo —un portal que solo existe cuando es necesario— poniendo en peligro su propio cuerpo. Ella es el antídoto de la realidad en la novela, creadora de un camino de salida a esa «eterna felicidad». Un camino de aceptación de que la vida es finita y de que los niños deben crecer. Vic abraza su madurez y rechaza la im-poluta esterilidad de la Navidad eterna ofrecida por Manx. Su batalla no es solo entre el bien y el mal, sino un conflicto metafísico entre la verdad del tiempo y la mentira de la eternidad forzada en la que viven muchos niños.

*¡COGEDLA! ¡MATADLA! ¡HA VENIDO A QUITARNOS LA NAVIDAD!*  
*¡MATADLA AHORA MISMO!*

La ruptura de esa promesa de la alegría eterna —convertida en un gélido castigo de violencia— a través de las cicatrices del tiempo y la experiencia de Vic subraya que la verdadera aceptación se halla en el paso del tiempo, y no en la anulación y perpetuación de un momento congelado en este. Lo más importante del Adviento y las navidades son probablemente su fugacidad. Su carácter anual (como el de esta antología), al igual que las estaciones: si no pasan y se convierten en algo siempre presente, bien podrían ser una penitencia perpetua. Christmasland encarna la impaciencia pulsional y la gratificación instantánea llevada a su extremo fatal, y solo Vic (parece) puede acabar con él.

Así, *NOS4A2* nos obliga a enfrentarnos a la verdad incómoda que subyace en la base de la celebración: la magia de la Navidad no se encuentra en su perpetuación, sino en su fugacidad. Lo esencial es el Adviento, la conciencia de que ese momento de luz es precioso precisamente porque es efímero. Joe Hill no solo nos presenta un cuento de terror, sino que teje una poderosa crítica metafísica, el infierno de la inmadurez, la mentira forzada de la eterna felicidad. El Christmasland de *NOS4A2* consigue invertir los papeles, particularmente en la dinámica de la niñez, la inocencia y la autoridad parental. Frente a la mentira de la eternidad forzada, la lucha de Vic McQueen a través del Puente del Atajo se convierte en un acto de redención ontológica. La vida avanza y (por suerte) no estamos en Christmasland, así que tranquilos (vendedores y dependientes), estas navidades también pasarán.



## Daniel Pérez Castrillón (@mangrii)

Librero | Divulgador literario 📖

Fantasía | Ciencia Ficción | Terror

Redactor en Windumanoth 🗨️

Académico de los Kelvin 505 ⌚ | Embajador de Rethrick 🧐

Estudioso del Mitchellverse 🧐 | Tejedor de Luz ✨



[@Mangrii](#)



[@mangrii](#)



[@mangrii](#)



<https://boywithletters.blogspot.com/>



**Enki Proyecto**

<https://www.enkiproyecto.com/producto/donaciones/>

# Cuando el cielo y la tierra convergen **13**

Irene Falcón González y Teresa Plaza García



«La luz, cuando es genuina, resplandece incluso en la oscuridad invernal». Aún recordaba la frase que mi abuela me decía de pequeña para explicarme el origen de Yule. Creía entenderla, no obstante, fui consciente de que no lo hacía cuando me enamoré. Bajo el tenue brillo anaranjado de Horizonte, me había convertido en una flor luminiscente, ardiendo gracias al pellizco que invadía mi pecho cuando la tenía cerca.

Ese solsticio de invierno, el primero que celebraremos juntas, tendría la oportunidad de demostrárselo. Todo comenzaría esa misma mañana, cuando llegara a mi casa y viera la decoración que, primorosamente, estaba preparando. Movía la mano de lado a lado para conjurar el acebo y el muérdago que surgía de las paredes. Me había esforzado más que ningún otro año al saber que Horizonte vería mi hogar iluminado por la luz de Yule.

Mi abuela llegó, aún con legañas en los ojos. Reí.

—Tu risa es como... —murmuró con un tono somnoliento.

—Como las campanillas, lo sé, abuela —completé.

Siempre me lo había dicho y, lo cierto, era que me gustaba. ¿Horizonte pensaría lo mismo? ¿O le buscaría otro parecido? En realidad, le pegaba más decir algo como «Tu risa está mazo de guay». Estaba intrigada. Quizá podría preguntárselo. ¿O sería un atrevimiento muy grande que la pondría nerviosa? A saber, sacarla de quicio también tenía su lado divertido.

—Nunca olvidas, florecilla.

—Jamás —canturreé mientras colocaba una dalia en el colgante—. Bendiciones de Yule, abuela.

Me levanté y me interpuse en su camino. La rodeé con los brazos. Olía a cítrico y canela, como siempre. Tan agradable que me hacía sentir en calma. Lo necesitaba. Mis ideas para la celebración me estaban poniendo de los nervios.

—Lo mismo digo, Dahlia. —Correspondió a mi abrazo y, sin soltarme, continuó hablando—: ¿A qué hora llega tu amiga? —El alzamiento de sus cejas me indicó que, quizá, sabía más de lo que expresaba—. Deberías ir a arreglarte.

—Pues en... —Me fijé en el reloj de la cocina y empalidecí—. ¡Madre mía! ¡En media hora! ¡Oh, no!

—Aún tienes tiempo, florecilla. No te preocupes. Recuerda que cuanta más prisa, más torpeza y, por lo tanto, todo se vuelve...

—Más lento, sí.

—Siempre lo recuerdas todo, ¿ves? —rió—. Vete, yo me encargaré de lo demás.

—Vale, pero no toques el colgante de la dalia. ¿De acuerdo? Es para...

—¿Para Horizonte?

Asentí con cierto nerviosismo antes de correr escaleras arriba y desaparecí. Ya en la habitación y con ambas manos en el pecho, tomé aire y lo solté con lentitud. Necesitaba calmarme, no obstante, todo lo que se cruzaba por mi cabeza me llevaba hasta Horizonte. Mientras me ponía el vestido, negro con encaje, pensaba en si a ella le gustaría y en lo que me diría cuando me viera. Al mismo tiempo que me ponía la sobrecamisa rosa palo de tejido vaporoso, imaginaba cómo sería que fuera ella la que me cubriera. Cuando me peinaba, los escalofríos me recorrían al recordar la noche en la que Horizonte me acarició el pelo. Mientras me ponía pintalabios, me imaginaba cómo sería besarla.

—¿Qué me has hecho, Horizonte? —susurré al espejo.

Justo cuando la nombré, como si la hubiera invocado, oí el tintineo del timbre. Mi cuerpo se tensó. Luché por mantenerme tranquila mientras bajaba las escaleras, mas fui consciente cuando ya estaba abajo de que era en vano.

Un olor a consomé me llenó por completo cuando pasé por al lado de la cocina. Mi abuela, con delicadeza, añadía especias a un caldero. En otra ocasión, me habría quedado hablando con ella, incluso cocinando, pero Horizonte me esperaba. Cogí de encima de la mesa el colgante que había confeccionado y, sin darme espacio para temblar de los nervios, abrí la puerta.

—¡Buenos días, Horizonte! —saludé mientras apretaba el colgante contra mi pecho, como si intentara transmitir mis sentimientos al objeto.



Nunca me ponía nerviosa. Ni siquiera los exámenes de la Academia de Magia y Hechicería para Blancs y Noirs lograban amedrentarme, pero con Dahlia era diferente. Antes de salir de casa, las manos ya me sudaban. Lo peor de todo era que no sabía el porqué. O no quería darme cuenta, pues las palabras de mi hermana mayor Oasis no paraban de resonar en mi cabeza:

—Horizonte, cariño, ¿de verdad no te has planteado que Dahlia y tú...?

—¿Que Dahlia y yo qué?

—Bueno... siempre camináis de la mano.

—Sí, por si no lo sabías, es algo que suelen hacer las mejores amigas —intenté convencerla, y convencerme.

—Ya... —dijo exasperada—. Y eso de que celebréis tooodo Yule juntas, ¿no te parece más una cosa de...?

—¿De qué, Oasis? ¡Suéltalo ya, que pareces un pez globo!

—¡Pues de pareja, Horizonte! No sé cómo papá, mamá y hasta los abuelos creen que eres la avispada de la familia.

Salí de casa sin hablar más con ella, pero... ¿y si era verdad lo que me decía? «A ver, las amigas también se regalan cosas, ¿no? Y también se abrazan mucho. ¡Y se quedan despiertas hasta la madrugada por hablar con la otra! Sí, somos muy buenas amigas», pensé mientras rozaba el pequeño paquete que llevaba en el bolsillo de la bomber negra. No sabía cuántas veces lo había cambiado de sitio porque en el pantalón, por mucho que fuese tipo cargo y cupiese de sobra en los bolsillos, tenía miedo de que se me perdiera al sentarme, pero en la chaqueta pasaría más o menos lo mismo, así que me decanté por el bolsillo interior para guardar ese preciado tesoro.

Respiré hondo varias veces antes de llamar a la puerta y, cuando el timbre sonó con una dulce melodía, solo pude reír al darme cuenta de lo mucho que se parecía a la risa de Dahlia. La puerta se abrió y tuve que pestañear varias veces porque estaba realmente preciosa con ese vestido tan bohemio y el pelo cayéndole por los hombros. Se tiró sobre mí, aprisionando mi cuello entre sus brazos. Llevé los míos hasta su cintura, me dejé impregnar por su olor a sándalo, y la abracé. Escuché su tímida risa y sonreí. Al menos hasta que escuché un carraspeo a su espalda y nos separamos. Sus mejillas se habían teñido de rojo mientras su abuela nos miraba.

—¡Buenos días, señora...!

—Ay, querida, nada de señoras en esta casa. Llámame Bosque, cielo.

—Encantada de conocerla... —La mueca en su cara hizo que rectificara—, conocerte.

—Igualmente, cielo. Dahlia me ha hablado muuucho de ti.

—¿Puedes entrar para que te enseñe la casa, porfi? —me llamó Dahlia y la seguí.

Me mostró su casa, tan similar, pero a la vez tan distinta a la mía. Los cristales estaban teñidos de color y, aquellos que no estaban pintados, contaban con pequeños atrapasoles que hacían que la luz reflejase sus colores por doquier. En la mesa del salón había tantísimos platos que parecía un banquete, pero lo que más me llamaba la atención eran unas jarras con forma de flores que adornaban el centro y que estaban rellenas de cerveza.

—Es la Jólaöl, espero que te guste —dijo Dahlia tímidamente.

—¿Cómo no me va a gustar, boba?

Ayudé a colocar los últimos platos y nos sentamos en la mesa para disfrutar de la espléndida y colorida comida que habían preparado. No era la primera vez que probaba algo cocinado por Dahlia, pero esa sopa tenía algo especial que me calaba hasta los huesos.

Hablamos un rato hasta que llegó el momento de recoger la mesa. Yo me ocupé de los platos y, al ver el suyo bastante lleno, me acerqué a ella mientras fregaba los vasos.

—¿Por qué te has dejado tanta comida? —susurré a su lado—. Normalmente no te dejas ni las migas del pan —añadí para quitarle seriedad al asunto.

—Es que... —empezó a decir, pero cambió de tema—. Nada, no tiene importancia. Ve a entretener un rato a mi abuela con las cartas, que tenemos tiempo de sobra.

—¿Tiempo de sobra para qué?

—Antes de irnos a una sorpresa —masculló y se le iluminaron los ojos.

—Oh, vale, está bien —murmuré antes de darle un leve beso en el hombro como despedida antes de ir con su abuela.



El camino hacia la sorpresa estuvo lleno de nervios, al menos por mi parte. No dejaba de pensar en todo lo que había sucedido desde que me había encontrado con Horizonte. Desde el abrazo con el que me saludó y que me provocó escalofríos hasta el hecho de que se percatara de que algo me sucedía durante la comida, de que estaba actuando diferente. ¿Qué podía hacer? Tenía el estómago cerrado a causa de la inquietud que me causaba la anticipación.

—¿De verdad estás bien, tía?

Me di un golpe mental. ¡Otra vez estaba actuando de forma extraña! Tragué saliva, si no comenzaba a actuar normal, estropearía todo lo que había preparado con tanto mimo. Revelaría mis intenciones antes de lo planeado.

—¡Ah! Sí, perdón, solo es que tengo algo de frío, ¡brrr! —respondí abrazándome a mí misma.

—Hm, si es así, podría darte ya mi regalo, ¿no?

Mi cuerpo vibró de emoción. Ciertamente era que ese no sería el primer regalo que me hacía, sin embargo, que me lo diera en una ocasión tan especial como esa me parecía fantástico.

—Sí que tienes ganas, ¿eh? —dije con un tono cantarín—. Ya casi llegamos, me lo das en la puerta, ¿de acuerdo?

—Es que... —murmuró Horizonte—. Quiero saber si te gusta.

Era en esos momentos en los que estaba convencida de que tenía posibilidades con ella. Cuando hablaba con otras personas era directa, incluso algo chulesca. No obstante, cuando estábamos juntas, me daba el obsequio de permitirme ver su lado más vulnerable, ese que la inquietaba o avergonzaba. ¡Parecía una cría de cervatillo cuyas piernas temblaban al andar! Reí ante esa idea.



—Claro que me gustará, tontita —canturreé mientras buscaba su mano para agarrarla y aligerar un poco el paso.

—¡Oye! ¡No soy una...!

—¡Vamos! ¡Ya casi llegamos!

No sabía si había conseguido actuar con normalidad, pero si Horizonte me ofrecía esa parte suya, yo no podía hacer otra cosa que darle algo similar.

A pesar de sus quejas, no paré de caminar mientras reía. Siempre me había gustado su carácter explosivo, no solo porque me resultara gracioso sacarla de quicio, sino porque también significaba que no se dejaba pisar por nadie. La admiraba en ese aspecto, quizá así fue como empecé a sentir algo por ella, porque la admiración se convirtió en algo mucho más profundo.

Nos detuvimos cuando vi el teatro y miré a Horizonte con una expresión expectante.

—¡Ya hemos llegado! —dije con ilusión.

—¿Ah? ¿Vamos a ver una obra? —preguntó mientras analizaba el edificio, como si fuera un enigma que tuviera que resolver.

—¡Casi! Mira bien.

—¿Esto qué es? ¿Un juego de adivinanzas? —bromeó mientras sonreía hacia un lado. Me sorprendí a mí misma quedándome embobada observando sus labios. Estaba perdida con esa sonrisa. Salté en el sitio y negué con la cabeza, quizá con más energía de la cuenta.

—¡Ah! No, quiero decir... ¡Es solo una sorpresa! Nada de adivinanzas. Pero... ¡Antes el regalo!

La calidez que sentía en el pecho no me dejaba estar tranquila. Mucho menos cuando «el momento» estaba cada vez más cerca.

—Tía, en serio, ¿estás bien? —repitió—. Llevas actuando raro todo el día. No en plan mal, pero...

—¡Sí, sí! De verdad, es solo el frío, Yule, la sorpresa... —comencé a enumerar con la voz temblorosa.

—Bueno, espero ponerle solución al tema del frío.

Horizonte, aún con esa sonrisa que me hacía perderme, sacó una bolsa de papel decorada y envuelta a la perfección y me la tendió. A pesar de que mi mano temblaba, antes de tomar su obsequio, saqué el mío del bolso, se encontraba dentro de un saquito de tela verde.

—Bendiciones de Yule —musité mientras le acercaba mi regalo y tomaba el suyo.

—Igualmente. Espero que te guste y eso.

—Que te hayas acordado de mí ya es un regalo.

De pronto, comenzó a carraspear. Creí haber oído un «faltaría más» entre las toses y los balbuceos, pero no estaba del todo segura, por lo que no dije nada y abrí la bolsa. Ella po-

dría ser Horizonte, sin embargo, fue mi sonrisa la que iluminó todo cuando vi ese precioso gorro. Era rojo y tenía tela de borreguito blanca en los bordes, del mismo tono que la borla que adornaba el extremo. Me dio igual el peinado y que me pegara o no con el vestido. Me lo puse al momento.

—¡Ah! ¡Me encanta! ¡Muchísimas gracias!

Me lancé al momento a rodearla con los brazos, sin pensar en que todavía no había abierto mi regalo. Por suerte, mi amiga me correspondió. Habría sido vergonzoso que no lo hiciera.

—Oye, que solo es un gorro —respondió.

—Es el mejor gorro del mundo.

Y así lo era para mí. El mejor gorro y el mejor regalo del universo, simplemente porque Horizonte había pensado en mí y me lo había comprado. A pesar de que quería abrazarla por más tiempo, decidí darle espacio para que abriera su presente.

—Lo he hecho yo. No sé si será muy de tu estilo, pero...

—Es increíble —me interrumpió Horizonte—. Ni se te ocurra decir que no lo es. Hice como la que se cerraba la boca con una cremallera imaginaria mientras observaba con cierta ternura cómo se ponía el amuleto. El pentáculo con la dalia le quedaba fenomenal, aunque claro, yo no era objetiva. Para mí, ella siempre iba preciosa.



Aunque estaba acostumbrada a llevar collares porque me encantaba cómo me complementaban los *outfits*, el que me acababa de regalar Dahlia era el más especial de todos y lo cuidaría como si fuera un tesoro. Le di un abrazo como forma de agradecimiento y, tras pedir unos refrigerios en el teatro, Dahlia seleccionó los asientos. El lugar me recordaba mucho a ella, era muy bohemio con plantitas, brebajes y decoraciones coloridas por todas partes. En el centro de la mesa levitaba una maceta con un pequeño cactus dentro. Estábamos sentadas frente a un pequeño escenario y me giré para preguntarle a Dahlia qué hacíamos exactamente allí pero, cuando vi que ponía cara rara al beber, me preocupé.

—¿Pasa algo?

—Hm... ¿No crees que las bebidas no están del todo frías? —murmuró.

—Están calentorras, sí —dije después de probar la mía—. Espera, que conjuro algo de hielo.

—¡Oye! ¡Eso no es ético! —recriminó llenando los carrillos de aire.

—¿Cómo que no? ¡Si lo dimos en «Ética y moral para ser una bruja o hechicero sin igual»!

—Horizonte, dijeron que va contra las reglas conjurar elementos de la nada.

—¿Qué dices? Dijeron que sí se podía, siempre que no interfiriésemos con el libre albedrío de los demás.

—¿Estabas mirando a las musarañas en esa clase? Mira, ya verás.

Dahlia hizo un movimiento circular con la muñeca izquierda y conjuró el libro de la asignatura entre sus manos.

—Dahlia...

—¿Qué? Ya verás que tengo razón —murmuró poniendo el libro entre nosotras para mirar el reloj de bolsillo con disimulo. ¡Ya era la hora!

—¿No es ético conjurar hielo, pero sí un libro para dejarme en evidencia?

—Ah... Supongo, eh... ¡Tengo que ir al servicio! ¡Enseguida vuelvo!

—Pero cómo que... —dije al aire sin obtener respuesta.

«Seguro que he sido demasiado directa. Es bastante sensible, seguro que le he hecho daño. Tengo que disculparme», pensé mientras conjuraba unos hielos para que su bebida se enfriase. «Espero que eso sirva».

Pocos minutos después, alguien subió al escenario y anunció que ya iban a subir los participantes del Recital de Yule. Miré en derredor por si veía a Dahlia, como no se diera prisa iba a perderse el espectáculo. Cuando el escenario volvió a quedar vacío, me levanté para ir a buscarla al baño, pero escuché su voz a través del micrófono y me senté, completamente embelesada por verla en el escenario bajo esa luz tan tenue. Miraba de un lado hacia otro, nerviosa, hasta que levanté la mano y sonrió.

*Una vez me contaron  
que las flores más bellas  
crecen en tiempos adversos,  
mas fue bajo la llama anaranjada  
de tu hermoso Horizonte  
que yo florecí,  
que mis pétalos,  
frágiles y delicados,  
ardieron en deseo,  
ardieron en amor,  
ardieron en hambre,  
en hambre de tus labios,  
en hambre de tus brazos,  
en hambre de ti.*

*Y fue así,  
bajo tu tenue luz  
que, por primera vez,  
me sentí florecer,  
que fui la flor que germinó  
en el límite entre la tierra  
y tu cálido cielo.*

Sentí cómo el corazón me latía a mil por hora. Parecía imposible que describiera de una forma tan bonita lo que sentía por mí. Pero Dahlia era capaz de todo.

*Tú, fuerte como el sol,  
un incendio en mitad de una tormenta,  
un aguacero en llamas,  
una fortaleza en el cielo,  
el ferviente sol en una noche nevada.  
Yo, delicada como una flor,  
frágil como el tiempo,  
nieve en mitad del desierto,  
manos frías en un día veraniego,  
cortinas de seda en la tierra.  
Ambas somos el paisaje,  
que jamás debió mezclarse,  
y así, rompiendo los esquemas,  
creamos la naturaleza  
del más puro amor,  
del romance que nace  
entre la flor que creció  
bajo el sol del Horizonte  
y ese Horizonte que brilló  
para ver nacer la flor.*

Cuando terminó, me dieron ganas de subir al escenario y abrazarla con tanta fuerza que seguro que la reventaba. En vez de eso, me levanté como alma que lleva el diablo, aplaudí con todas mis fuerzas y esperé hasta que volvió a nuestra mesa.

—Siento mucho si no te ha gustado, sé que te he puesto en evidencia, pero es que...

Llevé las manos a sus mejillas y las acaricié lentamente mientras me acercaba a ella. Cuando solo unos pocos centímetros nos separaban susurré:

—Gracias.

Junté nuestros labios en un torpe beso que prometía un futuro juntas y ambas sonreímos. A partir de ese momento, caminaríamos de la mano, pero todo era diferente. La vida tenía mucho más color.



## Irene Falcón González

Nacida en Cádiz en 1992, Irene Falcón González respira, lee, escribe y rima desde San Fernando, una ciudad cercana a su capital, aunque aún busca un hogar que aguarde su intensidad, su alma y sus versos. Siempre se recuerda con un lápiz en la mano y mil historias que contar. No tiene muchas cosas claras, pero sabe que las letras son las encargadas de marcar su camino.

Le gusta el rosa, el anime, el cine de terror, el maquillaje y las croquetas de espinacas. Caótica como ella sola, corretea de un lado para otro mientras chilla, bebe café y se hace el make-up, porque si hay algo estable en su vida, eso sin duda es el eyeliner.

Podéis leer sus desvaríos, con algo de literatura, en Twitter, donde responde como @pinkiepages, al igual que en Tiktok, donde sube poemas, y en Instagram, lugar al que sube fotos de sus lecturas, de su cara y habla sobre sus proyectos. Actualmente podéis leerla en *Huellas* y en *Si tu olvidas, yo recuerdo*, ambas antologías benéficas, donde comparte sus dos pasiones: la poesía y el terror. También podéis buscarla en el número cinco, seis y siete de la revista Pulporama, donde comparte sus poemas. Si queréis profundizar en su faceta de poetisa, daréis con ella en el poemario que publicó en 2023 con la editorial Loto Azul, titulado *Hidra y otras cabezas*, donde trata de temas de feminismo, traumas y salud mental. Pronto planea dar vida a otro libro.

[@PinkiePages](#)



[@PinkiePages](#)



[@PinkiePages](#)



[@PinkiePages](#)



[@TeresaPGarcia](#)



[@tessa\\_plaza](#)



[@teresapgarcia](#)



[@tessa\\_plaza](#)

## Teresa Plaza García

Teresa Plaza García es madrileña de nacimiento (1993), pero londinense de corazón. Su madre siempre quiso que le gustara la lectura, pero Teresa se resistió hasta que a los dieciséis años encontró un libro de fantasía que la encandiló. Desde entonces, la romántica y la fantasía la acompañan tanto en sus lecturas como en las historias que escribe. En la escritura se define como una brújula que no apunta al norte. Es autora de la novela *El vínculo de los guardianes* (Ediciones Raven, 2024) y ha coeditado las antologías benéficas *Renacer*, *Legado* y *Huellas* junto con Elena Nozal Moralejo.



**Fundación Huellitas Alemán**

<https://linktr.ee/fundacionhuellitasaleman>

# クリスマスケーキ Kurisumasu keki — Christmas cake 14

Alicia Arias Acuyo



Una densa capa de nieve cubría las más de quinientas hectáreas del parque de Nara. El tenue brillo del sol de aquella tarde de Nochebuena era insuficiente para templar el ambiente, y las huellas de los cientos de ciervos que moraban en aquel lugar permanecían indelebles, ajenas al transcurrir del tiempo. Junto a ellas convivían pisadas de japoneses y turistas, que recorrían el lugar dispuestos a ofrecerles galletas.

Yukiko atravesaba la zona por tercera vez ese día mientras se preguntaba cuáles de aquellas marcas serían suyas. Fuera como fuese, estaba decidida a no desandar sus pasos una cuarta ocasión. Aquel sería su último intento.

Sus botas calaban hondo en el manto nívico y espesas fumarolas escapaban de su boca con cada farfullo. Estaba frustrada. Muy frustrada. Y eso la hacía andar rápido y con rabia.

Comenzó a leer de nuevo la receta en su teléfono móvil, revisando por el rabillo del ojo que la bolsa que colgaba de su brazo contenía todos los ingredientes citados. Aún no sabía en qué había fallado las otras veces, ni entendía cómo los resultados habían sido tan desastrosos. Sumida en su lucha interna, no se percató del joven cérvido que se cruzó en su camino.

Yukiko trastabilló para evitar embestir al animal y, antes de que se diera cuenta, se vio tendida en la fría nieve. Todos los ingredientes habían caído de la bolsa y se encontraban esparcidos por el suelo.

La ira se apoderó de ella.

—No puede ser, no puede estar pasándome esto —murmuró entre dientes. Había recorrido una gran distancia para ir a su supermercado favorito y ver toda la compra allí desperdigada colmó su paciencia. Alzó la vista hacia el venado y gritó—: ¡¿Es que no miras por dónde vas?! No eres muy espabilado para ser un ciervo.

Este le sostuvo la mirada y realizó una ligera reverencia. Yukiko se percató de que, pese a no haberse rozado, tenía la nariz ligeramente enrojecida. «¿Se habrá hecho daño?», se preguntó.

En un suspiro, el enfado se tornó en culpa, y sus ojos se anegaron en lágrimas.

—Lo siento, lo siento. No he debido gritarte. Ha sido culpa mía, por ir mirando el móvil. Se incorporó y comenzó a recoger los alimentos para meterlos de nuevo en la bolsa.

Después se acercó a un puesto cercano donde vendían *shika senbei* y compró un paquetito de esas galletas para ciervos a modo de disculpa.

—Tan solo quería hacerle un regalo especial a mi novio. Él siempre me ha ayudado cuando lo he necesitado. Ahora está pasando por un mal momento en el trabajo y quería prepararle su dulce favorito, una tarta de Navidad. Pero las dos tartas que he hecho han sido un fracaso y estas fresas que he comprado se han estropeado con la caída. —Volvió a echarle un vistazo a la bolsa, con el ceño fruncido—. Es más, creo que los huevos también se han roto. Ni con toda la nata del mundo podría disimular eso —musitó con los párpados hinchados y una sonrisa irónica a la vez que daba de comer al ciervo.

Este levantó el hocico, irguiendo su pequeña cornamenta. Al terminar, la muchacha se despidió:

—En fin, es tarde para volver al supermercado y empezar de cero. El año que viene volveré a intentarlo y seguro que me saldrá mejor. ¡Me esforzaré! —dijo en un intento por darse ánimos a sí misma. A continuación, sonrió al corzo—. ¡Feliz Navidad, cervatillo!

Tras una grácil reverencia, puso rumbo a su casa.

El ciervo permaneció un rato observándola, al tiempo que la luz del sol menguaba para dar vida a la noche. Entonces escuchó unos pasos a su espalda y, sin necesidad de volverse, supo de quién se trataba.

—No me digas que tenemos que hacer una parada extra —protestó el recién llegado a modo de saludo.

El animal entornó los ojos y se giró para dedicarle una sonrisa de disculpa, temeroso de su reacción.

—¿Podemos ayudarla? Siempre nos dices que debemos ayudar a quienes estén en apuros —le recordó, como si recitara un *sutra* budista.

El anciano, de barba blanca y barriga oronda, se echó a reír a carcajadas.

—Trabajamos una noche al año, tenemos una lista interminable de tareas que cumplir y siempre te las arreglas para darnos más faena. Da igual dónde pases el tiempo de una Navidad a otra, tienes un imán para meternos en jaleos en el peor momento posible. Eres increíble —comentó entre risotadas.

—Si no me hubiera cruzado en su camino, quizá podría haber elaborado una tarta preciosa y rica —se lamentó el cérvido, aliviado por que su manto de pelo marrón disimulara el rubor de sus mejillas. Bastante tenía ya con el carmesí de su hocico.

—Dudo que le hubiera quedado bien esa tercera tarta. ¿Has visto lo nerviosa que iba? Sería un milagro que no acabara incendiando la casa con el horno. Necesita que la socorramos.



El corzo miró con agradecimiento a aquel hombre que le había acogido y valorado desde el primer instante y, contagiado por su buen humor, se sinceró:

—Pensaba que te negarías. Como en Japón la Navidad se celebra de manera un poco diferente a la que estamos acostumbrados... —explicó—. Parece una copia de San Valentín. Las parejas pasan el día juntos, se intercambian regalos y comen tarta de Navidad, ese pastel de fresas y nata que quería preparar esa chica...

—Ninguna tradición es mejor que otra. Son las diferentes formas de ver el mundo y vivir en él las que nos enriquecen.

El cérvido asintió con la cabeza, agitando los cuernos. De pronto, un destello socarrón danzó en sus pupilas.

—¿Aunque la tradición sea cenar pollo frito del KFC en Nochebuena? Aquí en Japón el fundador de esa empresa es incluso más famoso que tú —comentó con sorna, incapaz de disimular su risa.

El aludido frunció los labios mientras fulminaba al venado con la mirada.

—No hagas que me arrepienta de hacerte caso. Venga, espabila, que tenemos una tarta que preparar y millones de casas que visitar. Llama a los otros ocho.

—¡Voy!



Poco después, la noche alcanzaba la cima del monte Wakakusa y se cernía sobre la ciudad de Nara. En su parque, al amparo de la oscuridad, nueve ciervos comenzaban a aumentar su tamaño. Cuando sus enormes cornamentas ya rozaban contra las ramas desnudas de los cerezos y sus pezuñas dejaban huellas el doble de grandes que hacía unos segundos, se colocaron en formación, a la espera de que el anciano les ajustara las cuerdas y los arneses.

Durante un breve instante, el fulgor de la luna se vio interrumpido por el vuelo de un trineo que surcaba los cielos. Lo dirigía un joven reno de nariz carmesí, seguido por otros ocho compañeros y bajo la tutela de un hombre risueño vestido de rojo. Horas más tarde volvería sobre sus pasos, rebosante de sacos con regalos y una caja de cartón de color blanco que despedía un delicioso aroma dulzón.



## Alicia Arias Acuyo

Alicia Arias Acuyo nace en el verano de 1996 en A Coruña, ciudad en la que nadie es forastero, con sangre astur corriendo por sus venas y rodeada de peluches de animales. Ingeniera Informática de profesión, compagina líneas de código con sus múltiples pasiones: lectura, escritura, pintura, piano, series, videojuegos e idiomas. Estudiante de japonés, adora la cultura de la Tierra del Sol Naciente.

Ha sido finalista en el Concurso Jóvenes Talentos de la Fundación Coca-Cola y el Concurso de microrrelatos de Foro Dimensión Oculta, y ha participado en antologías como *Huellas Antología Benéfica*, *El origen del País de las Maravillas* de Tinta Púrpura Ediciones, *Relatos felinos del Japón eterno* de Carola Mía Ediciones, *Discatopía* de Pirra Smith, *Advierto Fantástico 2024*, *Juana* de Autor Autopublicado, *Todas las flores*, *Aquí florecen aquí habitan*, *Desde la corteza a la semilla*, Revista Exogénesis, *De locos y sombreros*, *Una Navidad de locos*, *Antología Giritos*, *Regala poesía por Navidad*, *Regala haiku por Navidad*, *Hanami: Antología benéfica* del III certamen de haiku Kasumi, *Fuyu no Hoshi: Antología benéfica* del IV certamen de haiku Kasumi, *Noche Estrellada* y *Lluvia de agosto: I certamen de haiku* Hotaru.



[@Leeward\\_96](#)



[@alicia\\_arias\\_acuyo](#)



**Asociación sin ánimo de lucro para la protección de animalitos en Santander - Chema Berbil Bautista**

[https://www.paypal.com/donate/?hosted\\_button\\_id=MCLPE9R7WXGTG](https://www.paypal.com/donate/?hosted_button_id=MCLPE9R7WXGTG)

# Noche de trivial

## Andrea Valeiras Fernández

# 15



Todas las mesas del Cascabel Impertinente estaban llenas aquella noche. La taberna apenas se había recuperado de la fiesta de San Patricio, pero todos los habituales habían reclamado una noche de juegos, que solían celebrarse una vez al mes.

—¡Tabernero! ¡Otra de lo mismo!

—Cuando terminemos esta ronda de preguntas —respondió el aludido, mientras elegía la siguiente tarjeta—. Una de antropología: ¿a qué deidad se honra en el noroeste de España para pedir la llegada de la Navidad?

—¡Al Caballero de las Luces! —aulló alguien desde la mesa más alejada.

—¡Muy bien! Quesito verde abeto para ti.

—Vaya, yo pensaba que era la Dama de Carey —murmuró otra persona, desencantada.

—Eso es internacional, estaba preguntando por algo regional. Vamos ahora con una de geología: ¿qué tipo de carbón llevaban los Reyes Magos a los niños que se portaban mal?

—¡Antracita azucarada con unas gotas de zumo de limón!

—¡Correcto! Quesito gris marengo para la señora.

—Ay —suspiró alguien en otra mesa—. Imagina qué época, que el carbón era visto como un castigo y no como una pieza de museo. Quién pudiera volver a aquellos tiempos.

—Yo me conformaría con volver a la década pasada —respondió otro—. Todo esto me está poniendo muy nostálgico. Casi me dan ganas de cantar villancicos.

—¿En abril?

—Bueno, siempre es Navidad en mi corazón. Además, durante muchos años celebré la Tardebuenas con una sesión de trivial en un bar, con los amigos y los primos de mi edad.

—Yo también —confesó alguien más—. Se echa de menos.

—Con esto concluye la segunda fase —anunció el que hacía las veces de tabernero y conductor del juego—. Os sirvo la siguiente ronda y después podéis tomaros un ratito de descanso.

Una vez que todos los participantes tuvieron sus bebidas y abandonaron el modo competitivo para pasar a una amena socialización, el tabernero salió de la estancia. Consultó el reloj y se dirigió al puente de mando. Su mujer se había perdido la partida para seguir pilotando la nave en vez de estacionar como otras veces, y quería hacerle compañía un rato.

—Bienvenido de vuelta, comandante.

—Esta noche no, solo soy un humilde tabernero y director de partida de trivial.

—En esta zona de la nave eres comandante. Pero ya veo que el pluriempleo se está dando bien esta noche —la piloto señaló los monitores que mostraban los espacios de las ocho puntas de la nave—. En momentos como este me alegro de que decidiéramos acondicionar la sala de descanso como una taberna de la Tierra. Otras veces me arrepiento un poco, lo reconozco.

—San Patricio fue duro, sí. Todavía sigo encontrando purpurina verde aquí y allí. Pero, en general, merece la pena —el tabernero y comandante miró las imágenes de la estancia renombrada como «El Cascabel Impertinente». Todos los presentes estaban interactuando, compartiendo anécdotas y disfrutando de la compañía.

—¿Cuándo tienes que volver?

—En unos diez minutos. Mientras tanto, retomaré mis labores de segundo al mando —contempló el mapa del archipiélago de asteroides que llevaban dos años investigando—. Esta zona está preciosa en esta época del año.

—Porque las tormentas solares nos pillan lejos y solo nos quedamos con lo bonito del paisaje —respondió su esposa—. No quisiera volver a verme en una de esas, por mucho que los colores sean alucinantes.

Pasado un cuarto de hora, el hombre regresó a la taberna. Todos los allí presentes estaban derrumbados encima de las mesas e incluso sobre la barra. Sus estados de seminconsciencia o inconsciencia completa se correspondían con el porcentaje consumido de la última ronda de bebidas. El tabernero esperó a que todos estuviesen completamente dormidos y comprobó que el sistema de mantenimiento de constantes vitales de los trajes estuviese activado. Tuvo que corregir los valores y recargar los nutrientes para la primera fase en los reguladores de varios de sus colegas, pero ya contaba con ello. Pulsó unos cuantos botones del panel de control oculto tras la barra y las mesas se convirtieron en camillas digitales para el descanso y la monitorización a medio plazo. El proceso había comenzado.

Tras acomodar a su durmiente tripulación, el comandante regresó al puente de mando luciendo una enorme sonrisa. Su mujer enseguida comprendió que el plan había funcionado.

—Bueno, pues oficialmente ponemos rumbo a la Tierra. Avisaré del fin de la fase de trabajo de campo.

—Ahora nos toca papeleo —resopló el comandante.

—Tenemos casi ocho meses de viaje por delante los dos solos. Habrá tiempo de sobra de analizar los datos y preparar los informes antes de nuestra llegada.

—Además de monitorizar las constantes vitales de nuestros compañeros, ahora convertidos en nuestros pasajeros.

—Se han ganado el descanso, llevan dos años de misión, lejos de sus seres queridos y de todo lo que llamaban hogar. Al menos tú y yo hemos estado juntos.

—Estaban especialmente nostálgicos en el trivial, la verdad.

—Es que solo a ti se te ocurre sacar el tema de la Navidad en pleno abril. Casi fastidias la sorpresa.

—Cayeron redondos antes de llegar a ninguna conclusión, estoy seguro. Ahora duermen el sueño de los justos. Una siesta de más de medio año, quién pudiera.

—¿Y perderte el viaje de vuelta? —la piloto le mostró el mapa de ruta, en el que había marcado los lugares por los que pasarían en su camino a la Tierra—. Veremos varios tipos de nebulosas, una incluso procedente de una supernova, en nuestra ruta. Incluso podemos hacer una parada para pasar un fin de semana en la luna. De hecho, considera esto como nuestra segunda luna de miel. Casi literalmente.

—Tienes razón —sonrió él, alentado por la perspectiva de volver a estar a solas con su esposa tras tanto tiempo siendo parte de un equipo—. Por cierto, ¿sigues con el plan de organizar aquí el desayuno de Nochebuena con todos los allegados?

—Si todos mis cálculos funcionan en la práctica, sí. Incluso he elegido un lugar en el que aterrizar con seguridad a las afueras de la ciudad, un bosquecillo que estará nevado para aquel entonces. Falta la confirmación de los jefes en tierra, pero estoy segura de que no les importará, se lo he vendido bien en la solicitud.

—Me asombra que te tomes tantas molestias con esto.

—Regresar de una misión espacial un 24 de diciembre es algo demasiado épico como para desaprovecharlo, ¿no crees?

—¿Y cómo nos encontrarán las familias de nuestros compañeros? Ellos no están en condiciones de anunciarles su llegada.

—Los avisaré con tiempo suficiente para que miren al cielo. No serán los primeros en seguir el camino marcado por una estrella fugaz.



## Andrea Valeiras Fernández

Andrea Valeiras es periodista, consultora de comunicación y doctora en literatura. Ha ganado el Premio Droide de Novelette con *La maldita casa de los Ulloa* (Droids&Druids, 2025) y ha publicado relatos en la revista Pulporama y antologías como *Pánico*, *Terrorífica Navidad*, *Cuentitis Aguda*, *Antología Hopepunk*, *Visiones 2024*, *Cabezología* y *Adviento Fantástico*.

También tiene un libro de ensayo sobre la presencia de Alicia en el País de las Maravillas en la cultura popular.



[@dontmiss60b](#)



[@aryaflintstark](#)



**Organización Nacional de Trasplantes**

<https://www.eresperfectoparaotros.com/quiero-ser-donante-form.php?soy=0>

# El aguinaldo

Yolanda Fernández Benito y Manuel J. Linares

# 16



—¡Pero niña, te vas a quedar helada! Anda, ponte esto —dijo Amparo tendiendo un pesado plumas a la falsa Regan al darse cuenta de que no llevaba nada debajo del camión—. No querrás pasarte las fiestas en la cama. Hija, eso que os enseñan en las clases de interpretación de meterse en la piel del personaje está muy bien para cuando actuéis en montajes de calidad con todas las comodidades, pero si te vas a dedicar al verda-

dero mundo de la farándula, es mejor que aprendas cuanto antes unos sencillos trucos.

Al ver aquella sonrisa impostada, agradecida en apariencia, pero con la promesa muda de que en cuanto cobrase no volverían a verle el pelo, Amparo recordó sus comienzos en la compañía, las horas en la carretera de pueblo en pueblo, representando grandes clásicos, disfrutando de los aplausos de agradecidas gentes por sacarlas de la monotonía. Pero de aquello hacía una eternidad. Ahora se conformaban con salir indemnes de cada sesión. Y es que, por muchas precauciones que se tomasen, el miedo era libre y las reacciones de los espectadores imprevisibles.

—Gracias. Tienes razón, si llego a saber que íbamos a actuar en este cuchitril sin calefacción ni nada no hubiese aceptado el trabajo —respondió la falsa niña del exorcista mientras se liberaba de la cama de attrezzo y se ponía el abrigo que la siniestra monja maldita le tendía—. Por cierto, ¿qué puñeta pinta un túnel del terror en la programación de las fiestas de Navidad de este pueblo perdido de la mano de Dios? Aquí la gente es un poco rarita, ¿no?

—Ay, hija. Cosas más raras se han visto en esta profesión de locos. Mira, tal y como está el tema para los actores de medio pelo como nosotros, si queremos llegar a fin de mes, no podemos ponernos exquisitos con los trabajos —dijo a modo de introducción para bajarle un poco los humos a aquella recién llegada que no valoraba el trabajo de sus compañeros—. Y tú lo has dicho, este mes es muy complicado, apenas hay fiestas en los pueblos, ni despedidas de solteros y la gente solo tiene ojos para esas estridentes luces de colores que inundan las calles de todo el país.

»Afortunadamente, este bolo se ha convertido ya en tradición. Si las cuentas no me fallan, este es el séptimo año que venimos. Todo empezó por un malentendido. El difunto don Anselmo, el antiguo propietario de la compañía, gustaba de llevarlo todo de cabeza, sin darse cuenta de que los años no pasan en balde. Resumiendo, que don Anselmo metió la pata y contrató los servicios del Gran Túnel del Terror Clásico en dos pueblos a la vez. Lo malo es

que para cuando se dio cuenta del error, ya no disponía de dinero para devolver la señal, y no le quedó más remedio que convencer al alcalde de este pintoresco pueblo de la bondad de un cambio de fechas.

»Tú eres muy jovencita y no sé si recordarás que por aquellos años fue cuando en las ciudades y los pueblos de todo el país comenzó la fiebre del led, compitiendo por quién lograba la iluminación navideña más llamativa. Don Anselmo, que era hombre de recursos, convenció a don Ernesto, el recién elegido alcalde de la villa en aquella época, de que si quería que la iluminación del pueblo atrajese los ojos de medio mundo tendría que hacer algo distinto.

»Sí, ya sé que todo parece una locura, pero un minuto de fama es un minuto de fama. El caso es que, sin comerlo ni beberlo, el Gran Túnel del Terror Clásico se convirtió en la principal atracción de las vísperas de Navidad.

—Anda ya. Estás de coña ¿verdad? —interrumpió Regan la narración, mientras terminaba de calzarse.

—No, como te lo cuento. Como costaba mucho traer los camiones con los distintos sets y escenarios, don Anselmo y don Ernesto decidieron darle uso al edificio de las antiguas escuelas, que llevaba una pila de años cerrado. Mira, aquí las telas de araña iban de serie. El caso es que a la gente del pueblo le gustó tanto la atracción que desde entonces venimos año tras año. Supongo que es como lo de comer turrón en agosto, o esos pueblos donde se toman las uvas en verano, que de puro estrafalario parece que lo disfrutaban más. Y hablando de turrón, date prisa, que como lleguemos tarde el trío calavera y los dos novatos, que tienen pinta de tener buen saque, no nos van a haber dejado ni las migas del ágape.

—¿Ágape? —dijo la joven contrariada—. Yo pensé que nos volvíamos a casa una vez acabada la función y allí era lo del amigo invisible.

—No, los paisanos son muy agradecidos y todos los años nos preparan una merendola después de la función. Como no nos cuesta un duro, lo tomamos como cena de empresa y aprovechamos para hacer lo del amigo invisible. Ya verás qué risas nos echamos —aclaró a la joven mientras se dirigían a la sala donde estaba ya todo dispuesto—. Además, Ricardo, el sobrino del fallecido don Anselmo y actual mánager, como le gusta que le llamen, aprovecha para darnos una sorpresita en forma de aguinaldo.

—¿Está por aquí el tal Ricardo? No le he visto y quería agradecerle la oportunidad que me ha dado —se interesó la joven mientras se atusaba el camisón rezumante de vómito falso.

—Sí que está por aquí. Era el que estaba al fondo, cerca de Freddy Krueger. Es que el chaval es muy guasón, desde pequeño se ha criado en este ambiente y le gusta participar, pero sin que se le reconozca. «Es para no perder el respeto de los subordinados» dice siempre, el



muy tonto. Otros años solía interpretar a la bruja Juana, protagonista de la leyenda más terrorífica de la zona y culpable de las pesadillas de muchas generaciones del pueblo, pero por lo visto este año se ha puesto creativo y se ha disfrazado de Papá Noel Sangriento. Mira, mira cómo ha puesto el baño de los chicos. Se ha pasado con la sangre —dijo Amparo al tiempo que entraba en la sala y señalaba el baño que había al final del pasillo—. Ya verás la gracia que le va a hacer a los de la limpieza.

A diferencia del resto del edificio, la sala donde les tenían preparada la merienda a base de hornazo, chacinas y buen vino de la tierra estaba bien caldeada. Como ya había vaticinado Amparo, el trío calavera, o sea, Drácula, El hombre lobo y Frankenstein, estaban ya dando buena cuenta de las viandas. Mientras que las incorporaciones más recientes, el Muñeco Diabólico y Freddy Krueger, esperaban a que estuviesen todos.

—Anda, qué te dije. Míralos, ni que pasasen hambre —dijo Amparo lo suficientemente alto para que todos la oyesen mientras se sentaba con los más jóvenes.

—Amparito, come y calla, que con ese hábito de monja ya no te tienes que preocupar por mantener la figura —respondió con mala baba un Drácula venido a menos que ya solo asustaba en la oscuridad.

—La verdad es que a ti sí que te vino bien cambiar las ceñidas vendas de la momia por el hábito suelto —replicó malicioso el lobisome de saldo.

—Tengamos la fiesta en paz —advirtió la monja sin entrar al trapo.

—Pero habrá que esperar a Ricardo, ¿no? —dijo la niña del exorcista.

—Nada, no hay que esperar a nadie más —contestó Drácula—. Él vendrá después. Siempre viene después.

Sin más incidencias bebieron y comieron con apetito, dedicando frecuentes miradas curiosas a la mesa del fondo donde, envueltos en coloridos papeles de regalo, reposaban los paquetes del amigo invisible. A ninguno le hacía gracia haber tenido que gastar dinero y tiempo en comprar un regalo a unos compañeros que, o apenas conocían, o los conocían demasiado, pero Ricardo había insistido en que era una forma de hacer piña y que en Estados Unidos era una práctica muy extendida entre las grandes compañías de teatro, y claro, si los americanos lo hacían...

Pero lo que realmente había captado la atención de todos, provocando murmullos y codazos, era el enorme saco rojo de Papá Noel que descansaba al lado de la mesa donde estaban el resto de los regalos. Aunque todos habían reparado en la mancha que humedecía el fondo del saco y que teñía de oscuro el deslucido suelo, nadie dijo nada esperando que alguno de los más despistados acabara cargando con el lote de la botella de vino rota.

—Este año el sobrinito por fin se ha dado cuenta de que lo de la bruja Juana ya estaba pasado de moda y mira, ni tan mal lo del Papá Noel Sangriento. ¡Qué sustos ha dado a la gente el muy cabrón! —murmuró el malhumorado hombre lobo.

—Bueno, ¿y cuándo cogemos lo que nos corresponde de la cesta de Navidad? —preguntó el muñeco diabólico para evitar que aquellos vejestorios echasen la fiesta a perder con sus comentarios mal intencionados.

—Cómo se nota que eres nuevo. Primero tenemos que abrir los regalos del amigo invisible y luego esperar a que Ricardo haga su aparición estelar. Así que al lío. ¿Quién va primero? —contestó secamente el desfigurado Frankenstein luciendo los cuatro pelos *apegos-trados* que le quedaban tras quitarse la prótesis de la cabeza.

Entre risas e insultos fueron abriendo los regalos. Champú anticaída para el hombre lobo al que últimamente le clareaba hasta la barba; un babero muy fino, con puntillas y todo, para la niña del exorcista; un libro de recetas de pasteles para la diabólica monja; un bote de colutorio para camuflar el mal aliento del conde Drácula, un juego de llaves Allen para Frankenstein y un par de colonias baratas para los nuevos, por no haber desvelado su disfraz con suficiente antelación. Cosas de Ricardo y la modernización, que permitía a los nuevos integrantes que eligiesen su propio monstruo. Si lo de «Gran» en el nombre del espectáculo era ya cuestionable, estaba claro que con un par de años más de relevo generacional, a lo de «Clásico» le quedaban dos telediarios.

—Bueno, nos hemos reído bastante y ya estoy hasta las narices de este cuello tieso. ¿Repartimos los paquetes del aguinaldo y nos vamos para casa? —propuso la versión entrada en años del elegante conde Drácula mientras se aflojaba la pajarita que sujetaba los ajados cuellos de la camisa.

—Y vuelta la burra al trigo. Que lo pregunte uno de los nuevos vale, pero tú... Ya sabes que hasta que no venga Ricardo no podemos abrirlos —puso orden Amparo para frenar a los más jóvenes, que ya se dirigían a curiosear en el enorme saco de Papá Noel.

—No sé qué queso habrá metido, pero empieza a apestar, sin contar la que está liando la botella que se ha debido de romper —dijo el inocente Freddy señalando el enorme saco con una de las cuchillas de sus guantes.

De repente todos callaron al escuchar un fuerte portazo seguido de unos cansinos pasos que avanzaban por el pasillo. En ese preciso momento, todas las luces del pueblo, incluidas las de la vieja escuela, se apagaron. Los del ayuntamiento ya se lo habían advertido. Era la hora del encendido de la iluminación navideña y querían evitar que cualquier atisbo de contaminación lumínica pudiera deslucirla.

Olvidándose del aguinaldo y del pesado de Ricardo que no terminaba de llegar, el grupo se acercó a los ventanales para no perderse el espectáculo navideño: luces, música y el coro infantil. En la penumbra de la sala solo brillaban las pantallas de los móviles, pequeñas islas de luz temblorosa, que intentaban capturar la magia del momento.

Justo cuando el foco del coche de bomberos iluminaba al niño-ángel suspendido de la

grúa municipal tratando de coronar con una brillante estrella al enorme cono que hacía las veces de árbol de Navidad, Amparo reparó en el último mensaje de WhatsApp de Ricardo. Extrañada, procedió a leerlo: «Enhorabuena por el espectáculo, me ha dicho don Ernesto que los gritos se oían desde las eras. Siento mucho no haber podido ir a encarnar un año más a la bruja Juana. No os preocupéis por el aguinaldo, que a partir de mañana os estará esperando en la oficina. Por cierto, tened cuidado al volver, hay muchos controles de policía, al parecer se ha escapado alguien peligroso del psiquiátrico comarcal».

Apenas terminó de leer el mensaje, Amparo notó un destello rojo en la pantalla de su móvil que no venía de fuera, sino del reflejo en el cristal.

Una figura detrás de ellos.

Grande.

Inmóvil.

Con un gorro de Papá Noel inclinado hacia un lado.

—Pero si tú no eres Ricardo, ¿entonces...? —susurró sin apartar la vista del móvil.

Nadie contestó. Solo se escuchó el soniquete de un villancico acompañado del estruendo de una traca de petardos en el exterior. Cuando se giró, el hacha ya estaba en alto.

Antes de que pudiera reaccionar, el primer grito ahogado rasgó el aire. El resto siguió en segundos: un choque de mesa, pasos que corrían y caídas silenciosas, mientras los aplausos y fuegos artificiales de la plaza ahogaban los chillidos y el horror dentro de la escuela. Desde la otra punta de la sala, Drácula cayó como un títere con la cuerda cortada; Freddy no llegó a incorporarse del todo; la niña del exorcista quedó encorvada, su camisón apenas ondulando.

Uno a uno, los actores fueron desapareciendo en las sombras de la estancia.

Intentando escapar, Amparo tropezó y cayó junto al saco rojo, ahora abierto de par en par. Las recién encendidas luces led de la plaza arrojaban en la sala claridad suficiente como para que pudiera atisbar que en su interior no había regalos ni aguinaldo, sino sanguinolentos miembros y cabezas cercenadas de indeterminada procedencia.

Jadeando, se incorporó e intentó alcanzar la puerta, pero el hacha la detuvo a medio camino. Su móvil cayó al suelo y continuó grabando, la lente fija en el techo mientras, al fondo, se veía el resplandor intermitente de las luces de Navidad.

Horas después, cuando la policía revisó la grabación del móvil de Amparo, justo antes de que la batería se agotara, pudieron ver cómo una silueta enorme con un gorro rojo se inclinaba hacia la cámara y susurraba: «Feliz Navidad».

A partir de aquel año la comarca estrenó nueva leyenda. La bruja Juana dejó paso en las pesadillas de los niños al siniestro Papá Noel Sangriento, el que cada víspera de Nochebuena vuelve a buscar su aguinaldo en la antigua escuela.

Nadie volvió a contratar ningún túnel del terror, pero los habitantes del pueblo juran y perjuran que los gritos siguen oyéndose cada año, justo cuando se apagan las luces para el encendido navideño.



## Manuel J. Linares

Manuel J. Linares nace en 1969 en Valladolid y desde temprana edad es atraído por el reverso tenebroso del género fantástico, con especial querencia por la ciencia ficción y el terror, tanto en formato literario como audiovisual.

En la década de los 90 publica relatos y artículos en los más importantes fanzines del panorama español, periodo tras el cual se aparta del género por motivos laborales.

En la actualidad y tras un largo retiro en sus cuarteles de invierno, decide retomar de manera activa su afición por la escritura, colaborando asiduamente en el blog Cylcon y publicando relatos en diversas antologías.

[@mjlinares1](#)



[@manuel\\_j.\\_linares](#)



[@manueljlinares](#)



[@yolanda58209721](#)



[@yolanda58209721](#)



[@yolanda58209721](#)

## Yolanda Fernández Benito

Nací en Valladolid hace más de medio siglo. Ciudad en la que sigo anclada y trabajando como empleada de banca para pagar la hipoteca. Disfruto observando el anodino mundo que me rodea buscando caras, imágenes y sonidos que me sirvan de inspiración para crear mis realidades paralelas. Me gusta experimentar con distintos géneros, personajes y extensiones, pero reconozco que siempre, en mayor o menor medida, acaban teniendo un toque siniestro y oscuro. Varios de mis relatos han sido seleccionados para formar parte de antologías, publicados en revistas o premiados en concursos. No tengo blog propio, podéis encontrar mis criaturas y más información en el blog Cylcon (ACLCFT).



**SED**

<https://sed-ongd.org/articulos/colabora/>

# Cada año igual

# 17

Una pieza de microteatro por Inés Galiano



*El salón de una vivienda peculiar. En el centro, la mesa de comedor está puesta para una cena importante para dos personas: mantel, cubertería, candelabro.*

*A la mesa está sentada GONA, una chica de unos dieciséis años, vestida con vaqueros y zapatillas deportivas, mirando el móvil. GONA manda un audio.*

GONA

Literal, tía. Es que cada año igual.

CIRCE

(desde fuera de escena)

Gona, ¿puedes ayudarme, hija?

GONA

Voy.

*GONA no se mueve de la mesa y sigue mandando otro audio.*

GONA

(al móvil)

Es como si todas cortocircuitaran por Navidad.

CIRCE

¡Gona!

GONA

Ya voy, mamá.

(GONA no se mueve. Manda otro audio.)

Te aseguro que la mía es peor.

CIRCE

¡Telégona!

*GONA levanta la cabeza sobresaltada. Manda otro audio en el móvil mientras se levanta.*

GONA

Ele, tía, luego te cuento, que me está gritando sin motivo otra vez.

*GONA sale corriendo a la cocina. Se oyen sus voces desde bambalinas.*

CIRCE  
Toma, venga.

GONA  
¡Pero cómo pesa! ¿Qué es esto?

CIRCE  
Tú llévatelo a la mesa.

*GONA aparece cargando un caldero de bruja muy pesado. Lo coloca sobre la mesa. Después coge el móvil y le hace una foto. La envía. Envía un audio.*

GONA  
A mi madre se le ha ido la pinza, tía, ha usado un caldero para la sopa de escudella.

*Se sienta. Escribe en el móvil y sonríe. Envía otro audio.*

GONA  
Vale, lo de tu madre también tiene tela...

*Entra CIRCE, una mujer de unos cincuenta, vestida con una túnica dorada y una corona.*

GONA  
¡¿Mamá?! ¿Qué te has puesto?

CIRCE  
Lo mismo podría decirte yo a ti, Gona, que no te has esmerado ni un poquito.

GONA  
¿Perdona? Llevo mi camiseta de The Kooks... ¿llevas corona?

CIRCE  
Ah, ¿esto? Después te lo explico. Ahora ponte de pie.

GONA  
¿Por?

CIRCE  
Hazme caso.

*GONA se levanta, aburrida.*

CIRCE  
Dame las manos.

*CIRCE le tiende las manos a su hija. GONA intenta darle la mano sin soltar el móvil. CIRCE le quita el móvil y lo deja en la mesa, después le coge las manos.*

CIRCE  
Hoy es una noche muy especial.

GONA  
Pero si odias la Navidad, mamá.

CIRCE  
Claro que odio la Navidad, ¿eso a qué viene ahora?

GONA  
¿Noche especial?

CIRCE  
Sí, ah, ¿es Navidad hoy también?

GONA  
Mamá, por Dios. Que hemos saludado a Papá Noel en el súper.

CIRCE  
Es verdad, hija. Si es que nos copiaron todo, esos ladrones.

GONA  
¿Qué dices?

CIRCE  
Es igual. Lo importante es que hoy es... ¡tu primer Yule!

*CIRCE espera una reacción que no se produce.*

GONA  
¿Mi qué?

CIRCE  
¡Tu primer Yule!

GONA  
Espero que eso sea un coche. O una moto.

CIRCE  
No, Yule es el solsticio de invierno.

GONA  
¿El sol qué?

CIRCE  
La noche más larga del año.

GONA  
¿Por eso llevas corona?



CIRCE

Sí, pero no te desvíes. Lo importante es que en nuestra familia tenemos una vieja tradición.

GONA

¿Qué familia?

CIRCE

(ignorándola)

La participación en los ritos de Yule solo se permite una vez cumplidos los dieciséis años, por lo que ya podemos proceder.  
¿¿No es emocionante?!

GONA

¿En serio, mamá?

CIRCE

He estado muchísimo tiempo esperando y preparando este momento...

GONA

Tengo quince años.

CIRCE

No, tienes dieciséis. ¿Crees que una madre no sabe la edad de su propia hija?

GONA

¿Te enseñó mi DNI?

(preocupada)

Oye, ¿te has dado un golpe en la cabeza, mamá?

CIRCE

Ni caso a las cuentas de esos cristianos. El año cero en realidad no existe. Para Yule tienes dieciséis.

GONA

Definitivamente te has dado un golpe en la cabeza.

*Suena el timbre de la vivienda.*

CIRCE

¡Ya está aquí!

GONA

¿Quién?

CIRCE

¡Lo que nos faltaba para el ritual!

*CIRCE sale a abrir la puerta. GONA coge el móvil y envía otro audio.*

GONA

Tía, tía, que mi madre se ha vuelto loca. Se ha puesto una túnica de Lady Gaga y ya no cree en las matemáticas.  
(lo envía y se pone en la oreja para escuchar la respuesta que el espectador no oye. Entonces envía otro.)  
Joder, vale, sí, a la tuya también se le ha ido la pinza.

*CIRCE entra con HÉCATE, otra señora de edad parecida, vestida con otra túnica dorada. Lleva en las manos una rama de muérdago.*

GONA

(se sobresalta)

¡Joder!

(envía otro audio susurrando)

Que se ha traído a casa a la vieja de los gatos, la de la casa abandonada del final de mi calle.

*GONA deja el móvil rápidamente sobre la mesa antes de que la pillen.*

CIRCE

Esta es Hécate, seguramente ya la conoces.

GONA

Hmm, pues no tengo... el placer.

HÉCATE

Todavía recuerdo cuando te sorbías los mocos. Estás hecha toda una mujer.

CIRCE

¡Tiene ya dieciséis años!

GONA

¡Quince!

CIRCE

Gracias por el muérdago, Heca, que haría yo sin ti.

HÉCATE

Pues estropear todas tus pociones, seguro.  
(se ríen)

*GONA entra en pánico y coge el móvil para mandar otro audio. Su madre se lo quita y lo vuelve a dejar en la mesa.*

CIRCE

Hoy vamos a intentar estar presentes, ¿vale? Necesito toda tu atención.

HÉCATE

¿Aún no le has explicado nada?

CIRCE

Es que has llegado muy pronto.

HÉCATE

Yo nunca llego pronto ni tarde.

GONA

¿Como un mago?

HÉCATE

No me hables de esos usurpadores.

CIRCE

Siéntate, Heca, será un momento.

HÉCATE

(se sienta agarrándose la espalda con dolor)  
Ay... tengo... uf... todos los momentos del mundo...

CIRCE

Bueno, hija mía, te estarás preguntando a qué viene tanto alboroto.

GONA

Me estoy cuestionando mi existencia.

CIRCE

¡Bien! Esa es la actitud para hoy. Ay, hija, llevo muchos años guardando este secreto. Esperando a que cumplieses la mayoría de edad.

GONA

Tengo solo quince...

CIRCE

Shhh. Esperando que llegase el momento adecuado, durante el solsticio de invierno, la noche más larga y mágica del año, para desvelarte por fin los secretos de nuestros ancestros...

GONA

¿Me vas a contar por fin quién es mi padre?

CIRCE  
(sobresaltada)  
¿Qué?  
(disimula)  
Eso no es relevante.

HÉCATE  
Ya te lo digo yo: un chulito que se fue porque le tenía miedo  
a tu madre.

GONA  
(emocionada)  
¿Mi padre se fue? ¿Se sabe su nombre?!

CIRCE  
Su nombre no importa ahora. Era alguien que tenía otro destino  
que cumplir, pero céntrate. Te estoy hablando de algo muchísi-  
mo más importante, la razón por la que estamos aquí reunidas  
en familia, contando con la presencia de esta hermosa mujer.  
Hécate y yo...

GONA  
Dios mío, mamá, ¿eres lesbiana?

CIRCE  
Soy bi, cariño, pero ¿qué tiene eso ahora que ver con nada?

GONA  
¿Estás lesbianear con la vecina loca de los gatos?!

CIRCE  
¡Gona! ¿Quieres escucharme? Estoy intentando contarte algo im-  
portante.

HÉCATE  
(a GONA)  
Solo fue alguna que otra noche loca de ritual, nada más, tran-  
quila.

GONA  
Dios mío.

HÉCATE  
Hace muchos años de eso...

GONA  
Dios, cuando se lo cuente a Ele es que va a flipar...

*HÉCATE olfatea la sopa del caldero, aburrida de la conversa-  
ción.*

CIRCE

¡Que eso no es relevante esta noche, Telégona! Durante generaciones, las mujeres de nuestra familia, como Hécate y yo misma, hemos seguido nuestras tradiciones. Reunirse cada solsticio de invierno en el que la joven de la familia cumplía dieciséis años...

*HÉCATE prueba la sopa con una cuchara.*

GONA

¡Quince!

CIRCE

... para contarle la verdad. Hécate, la sopa aún no...

HÉCATE

Te falta antimonio, Circe, y un poquito de sal.

CIRCE

Tú es que siempre te pasas de sal.

*HÉCATE deja la cuchara en la mesa, enfadada.*

CIRCE

Hécate será esta noche nuestra testigo durante el ritual de iniciación.

*HÉCATE sigue mirando la sopa, con el ceño fruncido.*

HÉCATE

¿Le has echado los huesos de macho cabrío que te di? No los veo...

GONA

¿De ma... qué?

CIRCE

Sí, pero luego los he sacado, porque no me gusta que se astillen.

GONA

(nerviosa)

Necesito mi móvil.

*GONA intenta coger el móvil pero CIRCE es más rápida. Lo toma y lo esconde bajo el cojín del sofá.*

CIRCE

Gona, esta noche la vas a pasar sin el móvil. Necesito que estés presente en el momento clave de tu iniciación como bruja. De tu actitud dependerá mucho tu progreso en el aprendizaje, porque de ahora en adelante...

*GONA comienza a reírse.*

CIRCE  
¿De qué te ríes?

GONA  
Vale, ya lo entiendo. Me estás gastando una broma.

CIRCE  
No...

GONA  
Buenísimo, mamá. La corona, el caldero, las hojas estas raras...

HÉCATE  
Es muérdago.

GONA  
¡Hasta la vecina! Buenísimo todo, de verdad.

CIRCE  
Gona, no estoy de broma.

GONA  
Si ya lo sé, que el año pasado la lie un montón con la broma que te hice, que te asustaste un montón, lo sé...

HÉCATE  
¿Qué broma te hizo?

GONA  
Le dije que estaba embarazada y casi le da un infarto.

CIRCE  
(muy seria)  
No tuvo ninguna gracia.

HÉCATE  
(aliviada)  
Ay, si eso con unas hojitas de Belladona se arregla fácil.

GONA  
¿Ah, sí?

CIRCE  
¡No! Gona, ya hemos hablado de eso. Lo mejor es practicar la seguridad...

GONA  
Que sí, muy bien, estupendo. No te haré más bromas. ¿Podéis acabar ya con el numerito este? Que tengo hambre.

CIRCE  
Esto es serio, Gona. No es ninguna broma.

HÉCATE  
Y lo peor es que no vas a cenar mucho hoy.

CIRCE  
En ayunas es como mejor se hacen los rituales de iniciación.

GONA  
Pero ¿qué dices? ¿Y la sopa esa?

HÉCATE  
Poción alucinógena.

GONA  
(asustada)  
¿Mamá?

CIRCE  
Tranquila, también tengo un poco de sopa de escudella en la nevera, para cuando acabemos.

GONA  
Dios mío, que vas en serio.

CIRCE  
Muy en serio, cariño.  
(le coge las manos)  
Eres...

*HÉCATE hace el tambor en la mesa.*

CIRCE  
...una bruja.

GONA

...

HÉCATE  
Venga, perfecto, pues ya lo sabes, niña. Ahora ayúdame a colgar el muérdago.

CIRCE  
Es importante que el muérdago apadrine esta iniciación, para que la suerte te sonría en tu camino por las sombras del inframundo.

GONA  
¿Inframundo?

CIRCE

Bueno, el que algo quiere, algo le cuesta.

HÉCATE

Hay que bajar a la cueva del oscuro a por ciertos... ingredientes.

GONA

¿Y no se puede usar polvo de hada?

HÉCATE

¿Ves, Circe? No les enseñan nada ahora en los colegios esos.  
Te dije que en casa...

CIRCE

(la interrumpe)

Que no la vas a tutorizar, Hécate, ya te lo he dicho. Necesita mezclarse con humanos para mimetizarse.

GONA

Con... humanos.

CIRCE

Es importante, sí. Para no tener comportamientos excéntricos.

GONA

¿No somos... humanas?

HÉCATE

¿Tú me ves a mí cara de humana?

GONA

La verdad es que no.

HÉCATE

Pues eso.

GONA

Estoy flipando fuerte.

CIRCE

Vale, vamos a comenzar el ritual.

HÉCATE

Falta el antimonio...

CIRCE

Ayúdame, ¿quieres? Está en la cocina. Mientras, yo voy a por el código ancestral.



HÉCATE  
¿Aún sigues ese viejo libro?

CIRCE  
No todas tenemos tu buena memoria, Heca.

HÉCATE  
Je, je, eso es verdad.

*CIRCE sale. HÉCATE y GONA se quedan solas. GONA da un paso atrás.*

HÉCATE  
Tranquila, no muerdo si no estoy convertida en macho cabrío.

GONA  
¿¿Cómo?!

HÉCATE  
¿Es broma! Os lo creéis todo los adolescentes de hoy.

GONA  
Entonces, todo esto es una broma, ¿verdad? Joder, menos mal.

HÉCATE  
Todo esto... no. Pero tranquila. Te va a encantar ser bruja.

*HÉCATE le saca la lengua a GONA y sale a la cocina.  
GONA se queda sola. Duda y después sale corriendo a por el móvil. Manda un audio.*

GONA  
Dios, dios, dios, a ver cómo te cuento esto. A mi madre se le ha ido el kiko literal. Pero del todo. Aunque creo que sé cómo aprobar el examen de mates. Es que...  
Espera, me descargo tu foto primero y después te explico.  
(se descarga la foto y se sobresalta al verla)  
¡Joder, Electra! ¡Vale, la tuya es definitivamente peor!



## Inés Galiano

Inés Galiano es murciana pero vive en Barcelona. Estudió Traducción e Interpretación, Comunicación Audiovisual en Tennessee y cine en la ESCAC. Su experiencia en EEUU la llevó a escribir *Proyecto Ketchup* (Editorial Obscura, 2023, Premio Ignotus de novela y finalista Kelvin). También ha escrito otras novelas como *Crónica de dos noches sin verano*, *Cuatro dormitorios con piscina*, dirigido cortometrajes como *Frames* (premio Latino) y obras de teatro como *Cuatrocientas*, *Antígona Superstar* o *Sonríe que estás más guapa*. Además, participa en los podcasts de literatura *Droids&Druids* y *Furia en la librería*, y es comisaria del Festival Terramur.



[@InesGalianoT](https://twitter.com/InesGalianoT)



[@ines\\_galiano](https://www.instagram.com/ines_galiano)



[@inesgaliano](https://www.facebook.com/inesgaliano)



<http://inesgaliano.com/>



**Fundación Salvando Peludos**

<https://salvandopeludos.org/colabora/dona/>

# Ley de Estadística Vacacional

Rafa Díaz Gaztelu

# 18



—Por la Galaxia, ¡cuánta gente! —Alaia se agobió al ver que la terminal estaba a rebosar.

Era su primera vez en la estación orbital de Messier-J, y nunca había visto tantos alienígenas juntos. Se agolpaban en torno a las pantallas de información como si se tratase de polillas en torno a una bombilla. Todos los viajeros llevaban sus efectos personales, aunque algunos alienígenas

*parecían* efectos personales.

Caminó entre un nutrido grupo de gente hasta llegar al abanico de luz de la pantalla informativa. Su vuelo, el crucero estelar 9871 con destino a la Tierra, figuraba en la larga lista y en «observaciones» se mostraba «información en 30 minutos». Alaia se quedó de pie observando la pantalla largo rato, sin saber muy bien con qué entretenerse durante la media hora. Con una pierna, movió su maleta hasta que quedó entre sus piernas y se sentó sobre ella. Un viajero aldebarano, que parecía una máquina tragaperras animada (con luces incluidas), se fijó en la larga maniobra y le dio un codazo a su compañero, señalando discretamente el improvisado asiento.

Alaia miró con desesperación la ingente cantidad de personas que se iban vertiendo por las escaleras mecánicas hasta el hall donde se encontraban las pantallas. Parecía irónico que al espacio a veces se le denominara «vacío», pues aquella estación se encontraba a rebosar.

Las letras del panel entonces se revolvieron y cambiaron su configuración. Alaia se fijó en la línea que le interesaba: su nave sufría retraso debido a una tormenta solar cerca de la nebulosa de Orión. El rótulo lo explicaba en caracteres occidentales, luego pasó a cirílicos, luego a asiáticos, luego a centaurianos, luego a rigelianos y, por último, a veganos. Alaia se resignó. Vio que el evento cósmico había afectado a muchas otras rutas espaciales y que muchos viajeros mostraban su descontento con onomatopéyicas expresiones y con zumbidos y gorgoteos de todo tipo.

Llegaría tarde a la cena de Navidad, eso seguro. Se perdería los champiñones rellenos de su madre. Se impulsó con los pies e hizo rodar su maleta-silla hasta un banco de la terminal que parecía un 2% más cómodo que su montura actual. Muchos viajeros también se mostraron abatidos y se retiraron del panel de manera similar a como lo había hecho ella. A su lado se sentó una figura gigantesca. Seis musculosos tentáculos que culminaban en una cabeza enorme con forma de magdalena color azul. La rigeliana suspiró largamente, aunque sonó como un motor diésel de los días antiguos.

—¿Hacia la Tierra? —preguntó, vocalizando a través de su traductor universal.

—Sí. —Alaia alzó la mirada hacia su interlocutora—. Mala suerte.

—Orión también pilla de camino a Rigel —comentó—. Me voy a perder la celebración del Shadoosh Trabha.

—Disculpa, ¿el qué?

—El Shadoosh Trabha. Es una festividad rigeliana que marca el apoapsis de mi mundo.

—¿Y es ahora mismo? ¿Justo coincide con la Navidad de la Tierra?

La rigeliana se giró hacia ella, y su enorme cabeza parecía una gigantesca e inquisitiva seta.

—¿Qué es la Navidad?

—Es una festividad de la Tierra que marca el solsticio de invierno.

—¿En serio??

—Estoy tan sorprendida como tú.

—¿En qué consiste?

—Pues hay vacaciones. No se trabaja. Normalmente se cena en familia y nos hacemos regalos entre nosotros. Hay varias tradiciones en la Tierra, pero el esquema suele ser similar. ¿Cómo es en Rigel?

—El ciclo laboral se interrumpe durante diez rotaciones y toda la colonia-clan se reúne en torno al mineral brillante para calentarnos y comer raíces de yooro. También nos obsequiamos aretes de obsidiana entre nosotros. —La rigeliana alzó un tentáculo, mostrando varias pulseras negras de hermosa talla.

Alaia no podía creer lo que oía. ¿Sería esa la razón de la enorme aglomeración de gente?

—En cualquier caso, Feliz Shadoosh Trabha. Me llamo Alaia.

—Feliz Navidad, Alaia. Yo soy Uulanaaka-Shash. —La alienígena extendió un tentáculo y la humana se lo estrechó.

—¿Crees que será Navidad/Shadoosh Trabha en algún otro sitio?

—Podemos preguntar a aquel tabitano de allá —sugirió Uulanaaka, señalando al pequeño ser con cara de perrito de aguas que leía un libro en japonés—. ¡Disculpe! ¿Llega usted tarde también por culpa de la tormenta en Orión?

El tabitano las miró con ojos caninos y estornudó hacia un lado. Asintió entonces.

—¿Y por casualidad hay ahora una festividad en su mundo?

—En mi mun-do no. Pero voy a la Tie-rra. Voy a la ce-na de Na-vi-dad de un a-mi-go con su fa-mi-li-a —El traductor universal parecía trabajar a destajo para descifrar el lenguaje del pequeño ser peludo.

—Vecino tuyo —comentó Uulanaaka.

Alaia rio y dijo:

—Probemos con aquella vegana.

Se acercaron a la esbelta criatura que vestía ropajes blancos que brillaban en miríadas irisadas. Su cabeza sin rostro se giró hacia ellas, como si se tratara de una estatua sin terminar. Cuando le realizaron la particular encuesta, su rostro pareció iluminarse, y del traductor surgió la respuesta:

—Está a punto de comenzar el Júbilo Electromagnético, que es cuando nuestra estrella atenúa más su brillo. Esta entidad llegará tarde a la Gran Reunión y al Festín de Protones. Esta entidad lo lamenta.

Fascinadas, la rigeliana y la humana corrieron junto a un arturiano y le repitieron la pregunta. El ser robótico les dijo:

—La Sincronización Actualizativa, en efecto. Fin de línea. Intercambio de Datos. Fin de línea. Alimentación energética comunitaria. Fin de línea. Lamentación por el retraso en el viaje estelar. Fin de línea.

Probaron suerte con una tau-cetiana, que respondió en verso:

*Tres grandes fiestas, en Tau Ceti hallarás  
Sintu y Yahu, risas, y en invierno Karabak  
La nave, tribulada, saldrá con retraso.  
Pasajera, enojada, se perderá el ocaso.  
Deliciosas viandas, regalos entre amantes,  
Eventos cósmicos mandan, debería haber salido antes.*

Alaia aplaudió cuando terminó la poesía. Uulanaaka pareció extrañada al principio, pero la imitó, chocando sus tentáculos. Entonces se giraron y vieron que un procyano se acercaba a ellas. Parecía una tortuga gigante con largas barbas y expresión cansada. Sus cuatro ojos color esmeralda se fijaron en ellas y su boca con forma de uve mostró algo parecido a una sonrisa.

—Os he estado observando, niñas. Veo que habéis descubierto por vuestra cuenta la Ley de Estadística Vacacional, ¿no es así?

—¿Ley de Estadística? —Uulanaaka parecía desconcertada.

—Sí. —El procyano asintió—. Estáis sorprendidas de que tanta gente vuelva a casa para las vacaciones y a estar con su familia. Es una convergencia de culturas, muchachas. La entropía nos obliga a trabajar, y trabajar nos obliga a descansar. Adicionalmente, nos gusta descansar y disfrutar en compañía de nuestros seres queridos.

—Pero es una casualidad cósmica, ¿no cree? —preguntó Alaia.

—Puede, si lo quieres ver así —repuso él—. Pero, dicho en términos terrícolas: el universo es tan grande y tan lleno de vida, que siempre es Navidad en algún sitio.



## Rafa Díaz Gaztelu

Rafael Díaz (Córdoba, 1984) es físico y escritor de ciencia ficción. Ha publicado tres novelas: *Exomundos*, *Exotiempo* (2017) y *Honor a la espada enemiga* (2024). También ha publicado relatos en diversas antologías, así como en importantes revistas de género como *Supersonic* (2019), *Droids&Druids* (2023) o *Triangulation* (en inglés, Parsec Ink, 2022). Algunos de sus relatos se han traducido al inglés y están pendientes de publicación.



[@rafadiazgaz](https://www.instagram.com/rafadiazgaz)



[@rafaraday](https://twitter.com/rafaraday)



[@ragazlu](https://www.tiktok.com/@ragazlu)



**Ayudas humanitarias a Gaza**

<https://unrwa.es/emergencia-gaza/>

# Eres nieve

Ignacio J. Borraz

# 19



Eres nieve. No puedes ser mucho más, tan pálida, tan blanca. La amenaza crepuscular del olvido se cierne sobre ti con un manto de oscuridad. Si no te alzas ahora, ya nunca lo harás. La noche aquí siempre llega adornada de escarcha y en compañía de lobos. Lo sabes. Te esfuerzas, entre temblores, por exprimir esos límites del cuerpo que solo se alcanzan en condiciones de auténtica necesidad.



Eres sol. Tu piel tostada testimonia su rastro y tu sonrisa irradia promesas. Te has despertado en un jergón techado. Sin lujos, sin miserias. Nadie ha venido a asaltarte durante la duermevela. Los tiempos de intemperie y riesgo parecen fundirse como esa capa de hielo, fina y crujiente, que tus pies quiebran cuando desatranca la puerta y sales al exterior. El tacto tranquilizador de la navaja contra tu vientre te ofrece más calor que el escuálido amanecer nortño.

Eres tierra. Sopesas terrones apelmazados, te los acercas al rostro tintándote del color del mundo y los hueles como si tuvieras hocico en lugar de nariz. Inspiraciones profundas que parten del sosiego para tornarse suspiros sincopados. Madurez o podredumbre, frescura o fermentación, el pulso silencioso de la vida late y tú, zahorí de la naturaleza, sabes interpretarlo.

Eres vegetación. Esa que recoges con mimo, tajando sin desraizar, procurándote sustento sin esquilar. Se acerca la noche de todas las noches, simbólica providencia estelar, y acudirán a tu puerta en busca de consejo y elixires. Necesitarás un poco de esas plantas, que crecen ajenas a una civilización que las constriñe, para otorgarle a esa misma gente el conocimiento perdido que ya no comprenden, pero con el que no han dejado de soñar.

Eres cautela. Has escuchado ruidos que no pertenecen al bosque, que amenazan la calma de los pájaros. Parece que vuelas sobre el follaje calzada en esos botines pequeños que se deslizan imperceptibles como gamuza regia. Te acoges al abrazo de un árbol centenario para vislumbrar entre sus ramas bajas. En el claro un muchacho se agita tendido. Presa del dolor. Hay otros, más allá. Un torrente de carcajadas que rezuma desprecio y alumbra pesadillas de violencia. Sus pisadas grandilocuentes se distancian entre la maleza.

Eres cuidado. Aprendiste a sanar. Es casi un don divino el que trasciende de tu sapiencia y tus caricias. A pesar de todo, y de todos, cuidado vence a cautela. Entrás en el claro. Te haces visible y presente, menuda y decidida, contumaz y temeraria. Te acercas al muchacho, te vences de rodillas a su lado y tiendes una mano amable hacia su hombro lacerado. El chico se agita en un hipo lloroso.

Eres atención. Has vivido lo suficiente para sobreponerte a los horrores cotidianos que envenenan la placidez de los días corrientes. Has vivido lo suficiente para enfrentar los horrores extraordinarios capaces de poner patas arriba la existencia. Adviertes, en un instante, dos realidades estremecedoras: el lloro no es lloro; y las pisadas sombrías han regresado, contenidas, a tu espalda.

Eres reflejos. Cuando el farsante se gira con su risa hipada para agarrarte la mano sobre su hombro, henchido de vanidad incongruente, henchido de esa seguridad con que se arrojan los que creen que nacieron para someter, en tu otra mano ya brilla el filo de la navaja que va a rajarle, y le raja, la mejilla imberbe. Un chirlo de sangre clara se precipita trazando un arco de rubíes sobre la piedra.

Eres lucha. No se lo vas a poner fácil. Una no llega a anciana sin luchar contra monstruos propios y ajenos. La juventud es osada y pretenciosa. Pero son muchos para ti, sol, tierra, vegetación, cautela, cuidado, atención, reflejos y lucha. La juventud tiene músculos fuertes y crueldad heredada. No tardan en rodearte los compinches del chirrido. Los pájaros huyen en desbandada. Su canto vibrante parece querer acallar los gritos airados que te declaran bruja. Dirán que se les fue de las manos, que solo querían dar una lección a esa anciana extraña que vivía en la casa abandonada del bosque, pero claro, ella se rebeló y qué ofensa más grande resistirse y replicar y qué ofensa más grande portar esa cicatriz de por vida y cómo retumba la sangre del agraviado en sus venas y cómo zumba y le nubla el entendimiento y cómo su mano toma la piedra, arcada de rubíes, punzante como la muerte, y descarga el golpe certero colmado de rabia.

Eres nieve, pero serás ventisca y reclamarás venganza.





## Ignacio J. Borraz

Jardinero de rosas para Algernon en la Torre Oscura. Entrenador de axolotls invisibles en la habitación 101. Atrapado entre el lado izquierdo de la oscuridad y el corazón de las tinieblas. Crónico de mí mismo. Buscando la palabra precisa desde 1982. Escritor en vivo temeroso de los teclados Mac. Se sueñan micros, relatos y otros brebajes. Me suenan tus letras desde 2015. A veces, alma de cántaro.



[@ignacio\\_j\\_borraz](https://www.instagram.com/ignacio_j_borraz)



[@ignaciojborraz](https://twitter.com/ignaciojborraz)



**AIDA, Ayuda, Intercambio y Desarrollo**

<https://ong-aida.org/haz-una-donacion/>

# Manual para sobrevivir a las fiestas 20

Carla Plumed (@cafedetinta)



Las fiestas son una época mágica... en el peor sentido posible de la palabra. Da igual si vives en la Tierra, en un castillo encantado o en una nave orbitando Saturno: diciembre llega con su habitual mezcla de luces, expectativas y desastres logísticos. Y aunque los humanos pensamos que somos los únicos que sufrimos el estrés navideño, la verdad es que el resto de criaturas fantásticas también tienen sus problemas.

Por eso hemos preparado este **manual interdimensional de supervivencia**, una guía práctica para pasar las fiestas sin perder la cordura, el alma o el sistema operativo.

## 1. Si eres un vampiro

El invierno puede parecer tu estación ideal: largas noches, bufandas que disimulan mordiscos, vino tinto que engaña a los incautos. Pero ojo, diciembre es también un campo de minas.

Las luces navideñas parpadeantes provocan migrañas fotofóbicas y los villancicos te persiguen hasta la tumba.

### Consejos:

- ♦ **Rechaza amablemente todas las invitaciones** a «fiestas a la luz de las velas», suelen ser de luces LED e iluminan más que aportar romanticismo a la escena.
- ♦ **Evita beber vino caliente especiado.** No es sangre, y la resaca es mucho peor.
- ♦ **Si alguien te pregunta si pones árbol de Navidad**, responde: *solo si cuelga boca abajo.*

Eso sí, tienes una ventaja: puedes culpar de tu palidez a la falta de sol invernal. Y cuando llegue el brindis, nadie notará si en tu copa hay sangre 0 positivo o merlot. O una mezcla de ambas.

## 2. Si eres mago o bruja

Las fiestas suelen ser tu época más peligrosa. Entre hechizos de decoración que salen mal, pociones caducadas y familiares que preguntan «¿cuándo te vas a dedicar a algo serio?», diciembre puede convertirse fácilmente en apocalipsis.

### Normas básicas:

- ♦ **No uses conjuros de decoración instantánea.** Cada año algún aprendiz intenta invocar un árbol adornado y acaba con un abeto consciente exigiendo derechos laborales.
- ♦ **No regales pociones.** Por mucho que parezca un detalle artesanal, el riesgo de confundir el filtro del amor con el del olvido arruina más cenas que el turrón duro.
- ♦ **No invoques espíritus de las fiestas pasadas.** Dickens lo hizo una vez y todavía estamos pagando las consecuencias.

Por lo demás, recuerda que el mejor hechizo navideño es el silencio: lanza un *Obliviate familiaris* antes de que te pregunten por tu vida sentimental.

### 3. Si eres androide

Las fiestas humanas son una pesadilla lógica. Durante semanas, seres biológicos llenos de contradicciones se empeñan en derrochar energía, comer en exceso y simular felicidad. ¿Cómo procesar eso?

#### Pasos para sobrevivir:

- ♦ **Actualiza tu software emocional.** Recuerda que la «alegría» es un sentimiento, no una actualización de firmware.
- ♦ **No analices los regalos.** Los humanos no buscan utilidad; buscan significado. Si te regalan un jersey, no preguntes por su función térmica.
- ♦ **Evita comentar** que Papá Noel es una violación sistemática de las leyes de privacidad y espacio aéreo.

Si alguien te pide que cantes un villancico, ejecuta el modo karaoke y lánzate al escenario.

### 4. Si eres un elfo (de los de verdad, no los del Polo Norte)

Las fiestas humanas son un suplicio. Cada año, millones de personas te confunden con criaturas diminutas que fabrican juguetes bajo condiciones laborales cuestionables.

#### Protocolo recomendado:

- ♦ **Mantén la compostura.** Corrige con elegancia siempre que se pueda.

- ♦ **No envíes demandas judiciales** al departamento de marketing de Papá Noel. No merece la pena.
- ♦ **Reúnete con tu clan** y tratad de no pensar que os quedan cientos de años de soportar a los humanos cocinando turrón más duro que el pan de lembas.

Y si alguien insiste en hacerte llevar un gorro de campanillas, sonríe con condescendencia inmortal y desaparece en un destello de luz

## 5. Si eres un fantasma

La Navidad puede ser difícil para los no muertos. Todo el mundo se reúne con sus seres queridos y tú... bueno, tú eres *ese ser querido*.

Pero no desesperes: las fiestas son tu gran momento, así que aprovecha la temporada alta del espectro profesional.

### Sugerencias prácticas:

- ♦ **No intentes meterte en las fotos familiares:** siempre sales borroso.
- ♦ **Si te ofrecen una copa, no la aceptes:** las bebidas atraviesan tu ectoplasma y el suelo acaba hecho un desastre.
- ♦ **Recuerda:** no todos los fantasmas tienen que dar lecciones morales. Algunos solo quieren mirar las luces.

Y si sientes nostalgia, visita tu antiguo hogar y escucha a los vivos reír. Es la mejor banda sonora que tendrás.

## 6. Si eres demonio

Paradójicamente, las fiestas son tu época más tranquila. Las almas están demasiado ocupadas comprando regalos como para firmar contratos infernales.

- ♦ **Evita ser condescendiente.** No digas frases tipo «La Navidad es mi temporada baja» o «Yo inventé el capitalismo antes de que fuera mainstream».
- ♦ **Disfruta de las tradiciones infernales:** intercambiar maldiciones, encender hogueras con facturas sin pagar, y cantar villancicos en reverso.
- ♦ **Decora tu árbol de Navidad** con motivos religiosos decorados artísticamente a tu estilo.

Recuerda: si te invitan a una cena familiar humana, finge que eres el primo intonso de filosofía. Nadie notará la diferencia.

## 7. Si eres humano

Sí, tú también necesitas esta guía. Porque, al final, el verdadero enemigo de la Navidad no son los demonios, ni los vampiros, ni las IAs homicidas: es la expectativa.

El afán de que todo sea perfecto —la comida, las reuniones, los regalos— convierte las fiestas en un examen de felicidad. Pero incluso en los mundos más mágicos, las fiestas no salen bien. El árbol arde, el conjuro falla, el androide se bloquea y el vampiro se desmaya antes del brindis. Y, aun así, todos siguen intentándolo.

Así que quizá la moraleja sea esta: la Navidad es la demostración anual de que los seres racionales —biológicos o no— siguen creyendo en la posibilidad del milagro.

### Epílogo:

Si miramos todas estas celebraciones —desde la versión de Pratchett en el Mundodisco al *Solsticio de Invierno* de *Una corte de hielo y estrellas*, de los banquetes de Narnia a los cantos de androides— vemos que, al final, el patrón se repite. En cada mundo hay un momento del año en que el frío aprieta, las sombras crecen y la única respuesta posible es encender una luz.

La magia de las fiestas no está en los regalos ni en los cánticos, sino en el gesto compartido: *sobrevivir juntos*.

Así que, seas quien seas —mago, vampiro, androide o simple mortal con demasiadas cenas de empresa—, sigue la única regla universal:

No importa si la estrella está en un árbol, en el cielo o en el pecho de un dragón. Lo importante es encenderla.



## Carla Plumed (@cafedetinta)

Divulgadora literaria y podcastera en *Furia en la Librería*. Se rumorea que dispone de una Tardis para tener tiempo a todo.

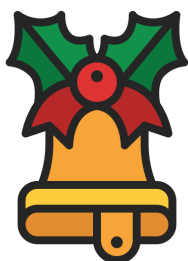


[@cafedetinta](https://www.instagram.com/cafedetinta)



**El jardinet dels gats**

<https://www.eljardinetdelsgats.org/es/donativo/>



*«Cuando suenan las doce, el Niño nace, y la tierra entera respira por un segundo».*

Nochebuena. Hoy hasta las minas descansan. No hay nadie abajo. Pero el aire sigue oliendo a hierro y a muerte. La nieve ralentiza todo; el paso, los latidos, el viento, los ladridos de los perros en la lejanía. El pueblo entero es como una bocamina que emana vapores helados de una oscuridad que lo absorbe todo.

Caminamos hacia el mismo lugar, con las mismas ropas negras de luto y por el mismo sendero de pisadas sobre la nieve. En silencio. Amortiguados. La iglesia nos espera. Alzándose entre los montones blancos como un gigante de piedra y pizarra.

Dentro, más frío. El aire huele a humedad rancia y a madera podrida y las velas no soportan la temperatura ni pueden competir con la noche sin luna. El sacerdote ya nos espera en el altar, observándonos, juzgándonos con su mirada opaca y los labios apretados en una fina línea de desaprobación.

No lo conozco. No lo conocemos. Hasta aquí hay muy pocos que quieran venir a la Misa del Gallo con la que está cayendo. Pero él sí nos conoce a nosotros.

«Todo el año sin venir ni un solo domingo y ahora aquí estáis, rogándole a Santa Bárbara poder ver una Navidad más». No lo dice. Pero todos lo escuchamos.

Engracia cierra la puerta. Crujen. Ambas. Y todos guardamos silencio.

El cura baja con dificultad los tres escalones que hay en el altar y arrastra los pies por el pasillo hasta el fondo de la pequeña iglesia. Es viejo. Está encorvado. Pero infunde un respeto solemne mientras sube con esfuerzo al campanario. La escalera gime. Él no.

—La campana se agrietó el año pasado —murmura alguien.

—Pero si no suena, el Niño no nacerá —responde alguien más.

El primer toque llega como un aliento en la nuca. Apenas un temblor que sube por las paredes y nos aprieta el pecho hasta arrancarnos el oxígeno de los pulmones. No suena a bronce. Ni siquiera a grieta. Suena a carne. Huele a hierro.

La madera cruje bajo mis huesos. O quizás son mis huesos los que crujen sobre la madera. Bajo la mirada. Mis manos, toscas y agrietadas, tiemblan. Ni los callos de las palmas ni el polvo negro bajo las uñas las hicieron temblar antes.

La segunda campanada respira con violencia. El aire se vuelve pesado. Tan frío que te araña. Las velas titilan. Las paredes supuran.

La tercera no suena, pero reverbera en las costillas. Todo tiembla con su impacto. Todo. El polvo cae de las vigas de madera del techo. Huele a mina abierta.

Creo escuchar un quejido entre campanada y campanada. No sé si es humano. No sé si es un quejido. Miro en esa dirección, pero no veo nada. Oscuridad. Madera. Un candil que se cimbrea. Nada.

La cuarta llega más lejos. Desde abajo. Desde lo más profundo. Desde aquella galería lejana que aún no hemos apuntalado. El aire se dobla, pesa, se enrarece. Por algún motivo, pienso en mi canario. ¿Seguirá vivo?

—¿Lola?

No sé quién lo pregunta, pero no importa. El bolso de Lola, ese que solo usa para ir a misa, está en el banco. Pero ella no está. No se iría sin su bolso. Alguien se santigua. Mis manos tiemblan demasiado para imitar el gesto.

Quinta. Cada golpe se ha vuelto más lento. Más pesado. Más crudo. Huele a tierra removida. Hay algo que respira. Un jadeo que se escucha entre campanada y campanada. Puede que un rezo. Puede que una risa. Hasta que se detiene. Un instante de silencio. Es peor que el ruido.

Miro al techo. Algo cae. No es polvo. Es una gota. Roja.

La sexta campanada llega desacompañada. La grieta se ha abierto. No necesito verla para saberlo.

La séptima es un estruendo húmedo. Profundo. Como un pulmón que se abre por primera vez. La nieve de los ventanales se desprende. Las velas se funden hasta agonizar. Algo respira debajo de nosotros. Lo sentimos en las plantas de los pies.

El cura grita, por primera vez, con la octava campanada. Es un grito agónico. De dolor. De sufrimiento. Y de ira. La madera del coro se abre. Tiene dientes.

El aire cambia. Nadie se atreve a mirar arriba. Ni abajo. Las ausencias se notan, aunque no se vean. Ramiro. Matías. Angustias. Faltan rezos. Y gritos.

La novena campanada se escapa de mis sentidos. Sé que sonó. Sé que llegó. Pero no puedo escucharla. Los oídos me zumban y el silencio me devora. Es húmedo. Y pegajoso. Las rodillas se hunden en la madera blanda. Nunca he rezado. No de verdad. Es tarde para empezar a hacerlo.



Con la décima los nombres se borran. Los rostros también. Somos más los que faltamos que los que quedamos. Cuerpos que se mueven sin sentido. Sombras. La iglesia huele a cueva. O a tumba.

La undécima ya no suena: se siente. Es un pulso dentro del cráneo. Una nota grave que hace que te sangren los oídos. Creo que es Engracia la que ríe mientras rechina los dientes. Alguien mastica. Algo mastica. El aire vibra y tengo la sensación de tener las manos llenas de barro. O de tripas.

La última campanada no termina nunca.

Es un rugido que no cesa, que no sale del bronce ni del aire, sino de nosotros.

La piedra tiembla. Las imágenes comienzan a derretirse como cera vieja.

La nieve se cuele por rendijas que no existían.

Intento correr, pero no hay suelo.

No hay salvación.

No hay nada.

Solo un vacío negro, espeso, que supura como carne podrida.

Y algo más.

Algo que ha surgido desde las entrañas de la mina.

Algo que tiene hambre.

Son las doce.

La tierra respira.

Pero no ha sido el Niño lo que ha nacido.



## Isabel Pedrero

Isabel Pedrero (León, 1979) es una autora de pulp, fantasía oscura y ciencia ficción que lleva escribiendo desde pequeña. En marzo de 2018 seleccionaron uno de sus relatos para una publicación por primera vez y, desde ese momento, ha publicado casi 50 relatos y 4 novelas: *Omega* (Insomnia, 2021), *999 Pedazos* (Cerbera, 2022), *Intra* (Distrito93, 2023) y *Arena* (Droids&Druids 2024).



[@mhheels](https://twitter.com/mhheels)



[@soyisabelpedrero](https://www.instagram.com/soyisabelpedrero)



[@isabelpedrero](https://twitter.com/isabelpedrero)



<https://www.isabelpedrero.com>



**Fundación Juegaterapia**

<https://www.juegaterapia.org/colabora/donaciones-cancer-infantil/>

# La entrega

Laura Souto Queijo

22



Hace rato que camino sin saber hacia dónde estoy yendo. Ya no sé cuánto tiempo llevo soportando el dolor de pies, el entumecimiento de los dedos y la sensación angustiosa de que no voy a poder conseguirlo. Este año no.

El saquito que llevo entre las manos parece más pesado que nunca.

No seré la primera entregadora que no consigue terminar sus repartos antes de Navidad ni tampoco la última. Hay incluso quien dice que algunas entregas están predestinadas a fallar: que algunos hogares, en ciertos momentos, no son aptos para el espíritu navideño. A mí me parece una visión no solo pesimista, sino conformista. Una excusa fácil para rendirse antes de tiempo. Y si algo me enseñó mi mentor, es que todos y cada uno de los repartos que realizamos es tan importante como los demás.

Mi maestro se hizo conocido entre los nuestros cuando yo era niña porque, en una reunión, tuvo una discusión bastante acalorada con otro entregador, uno de esos que proclamaban lo de que algunos repartos son imposibles. Él siempre —durante sus nueve siglos de vida— defendió que no fue una pelea real, que simplemente algunos no acababan de entender su sentido del humor. Doy fe de que era particular. Pero después de doscientos años trabajando con él empecé a notar algunos pequeños gestos delatores que me permitían distinguir cuándo bromeaba, aunque su expresión se mantuviese seria, y cuándo había rastros de mal humor tras su aparente sonrisa divertida. Y cuando recordaba ese día y hablaba del «pailán ese» —una expresión que había aprendido durante sus años de prácticas en una tierra lejana— yo podía notar que aquello todavía lo enfadaba un poco.

Puede que fuese esa capacidad para leer la intención tras su mirada lo que me hiciese ver la responsabilidad que llevamos en cada una de las bolsas que repartimos. En los años que pasé siendo su aprendiz nunca le vi fallar en una entrega, pero a veces, cuando nos sentábamos en los viejos sillones del taller para llenar y coser con cuidado los sacos de espíritu navideño, me contaba sobre sus tiempos como entregador inexperto. Las primeras veces creía que se inventaba los detalles, pero no tardé en darme cuenta de que realmente tenía una memoria prodigiosa, y la mantuvo hasta el final.

Recordaba cada reparto que se había quedado a medio camino, el año, los motivos, e intentaba disimular hasta qué punto recordaba también como le había hecho sentir, pero si me paraba a observarlo con cuidado alcanzaba a ver pequeñas grietas.

En una de aquellas charlas me dijo:

—A veces, en las casas en donde menos encaja el espíritu navideño es donde más lo necesitan. —Y cerró la bolsa que tenía entre las manos con una vuelta de hilo extra, como si quisiese asegurarse de que ni una mota de aquella esencia brillante se escurriese fuera.

Aprieto la costura del saco que tengo entre las manos con toda la fuerza que mis dedos helados me permiten. En mis casi trescientos años jamás me había tocado una ventisca como esta. Por un momento pienso que, si el maestro estuviese aquí, le preguntaría por dónde ir, y no deja de resultarme irónico la de veces que, en el último siglo con él, he pensado que ya estaba preparada para hacer el trabajo sola. Justo ahora, en mi primera Navidad sin él, es cuando más le necesito. O puede que sea la ausencia la que empeora la ventisca, y no la ventisca la que empeora la ausencia. El viento me golpea la cara y hace que me duelan los extremos puntiagudos de la nariz y las orejas, pero lo más insoportable es que apenas soy capaz de abrir los ojos. ¿Cómo voy a saber hacia dónde ir si no puedo ver nada? Aunque poco importa si los abro o los cierro, porque todo a mi alrededor es de un blanco espeso e impenetrable.

Tan brillante que duele.

Y, justo cuando pienso eso, brilla más. Casi por instinto me aseguro de que la bolsa no se haya roto, porque esa luz, más brillante que nada que haya visto jamás, pero, a la vez, tremendamente cálida y acogedora, se parece mucho a la esencia que guardamos en los saquitos de tela. Compruebo con alivio que no se ha abierto y, con una confianza renovada, apuro el paso.

Me abro paso entre la niebla y el viento y, cuando llego al punto de luz, desaparece. Mi decepción apenas dura un segundo, porque lo veo reaparecer a lo lejos, y luego más allá, como si pegase un salto cada vez que lo alcanzo.

Como no tengo nada mejor que hacer, los cuento. Un salto, dos, tres. Diez, veinte, treinta. Ochenta y nueve, noventa, noventa y uno. Y después de ese, ya no hay más. Cuando intento localizarlo de nuevo, me doy cuenta de por qué: acabo de llegar a la casa. La última de mi lista.

En cuanto distingo la silueta entre la niebla, echo a correr hacia allí. Me encaramo a una de las ventanas y echo un vistazo al interior. Veo la cocina, la mesa puesta. Una familia pequeña sentada alrededor, excepto por una silla vacía que nadie va a ocupar este año. Me doy cuenta en este preciso instante de que, si alguna vez tengo aprendices, les hablaré del olor a carne asada, de la blusa de flores de la mujer que coloca la olla sobre la mesa, de cómo las caras apagadas se iluminan un poco en el momento en el que abro el saquito y la esencia de espíritu navideño se cuela por la rendija de la ventana y llena la casa. O puede que sea solo por la comida, no quiero echarme flores. Pero les hablaré de sus expresiones y mis aprendices creerán que me invento los detalles.

Sé que debería irme ya, pero me quedo un rato más mirando al otro lado del cristal. Alguien dentro ríe un poco, y también eso parece brillante. Tan brillante como un hogar.

## Laura Souto Queijo

Laura Souto Queijo (A Coruña, 1998) se aventuró en el mundo de la escritura a los catorce años, cuando empezó a publicar su primera historia en un blog. Algunos de sus personajes e historias han acabado por ver la luz a través de antologías de relatos como *Wanderlust 1* y *Wanderlust 3*, *Huellas Antología Benéfica*, *Corrientes de cambio*, *Orgullo Zombi 4*, *Érase otra vez* y *Érase otra vez... Villanos*, y su relato en gallego «Como se xestiona unha crise» recibió el tercer premio en el III Certamen de literatura LGTBI+ Atlantic Pride. Además, ha participado como ilustradora en varios fanzines.



[@lunnk\\_art](https://twitter.com/lunnk_art)



[@lunnk](https://www.instagram.com/lunnk)



**FAGAL**

<https://fagal.org/donar-gl.html>

# Yo Ho, Yo Ho, Yo ¡HO HO HO!

Celia Corral-Vázquez y Mireia Pérez Bauzá

# 23



Morgan paseaba de lado a lado, la madera crujiendo bajo sus botas. Más que nervios, lo que sentía era una emoción desbordante. Un sentimiento que hacía mucho que buscaba, pero que se le había ido escapando de entre los dedos. Y ahora, por fin, estaba allí, ¡al alcance de su mano! Literalmente. Se paró otra vez delante del gran escritorio que dominaba sus estancias en el Impávido Pavo y volvió a coger la botella. Tenía el tamaño de su antebrazo y, grabado en el cristal verde, había un árbol de esos con forma de flecha. La botella había aparecido flotando y Sibilo, su contramaestre, la había subido a bordo, pensándose que sería ron. Tras la decepción inicial, resultó que lo que habían encontrado era mucho mejor. El contenido de la botella estaba encima del escritorio: un pergamino grande, con las dos caras escritas. En una se leía:

*«Tú, que as hencontrado est calendario, tienes en las manos la clabe parra descubrir el mallor tessoro que jamás a esistido. Los 24 días antes del sorsticio de inbierno, deberás realicar las sigientes tareas en horden. Si al termimar asecho todo lo corecto, el zielo se ilunimarà, y el gran S. K. haparezerà ¡para concederte tu mallor deceo!».*

La caligrafía era enrevesada (o directamente, quién lo había escrito tenía muy mala letra), y aunque la botella estaba cerrada, había entrado algo de agua y se habían borrado algunas palabras, hasta hacerlas ininteligibles... lo cual iba a ser un problema.

En la parte de abajo, en pequeñito, se podía leer:

*«¡Pero Kuidao! Zi las tareas no hestán vien realizadas, un terrivle “desastre” akontezeráh».*

—¡Te repito que es un calendario de adviento! —chillaba por enésima vez el escriba del barco, el señor Pancracio—. Dice la leyenda que, si lo hacemos bien, el día 24 del doceavo mes el gran Santa Klaus aparecerá y nos dejará regalos debajo del árbol.

Morgan no sabía muy bien a qué árbol se refería. En el barco no tenían árboles, y así lo iba a recalcar cuando otra voz la interrumpió:

—Que montón de sandeces, Pancri, tanto libro te está sorbiendo el cerebro. ¿Para qué necesitamos un calendario del viento? —Sibilo, que hasta entonces estaba apoyado en la pa-

red, dio un par de pasos hacia el escritorio, tambaleándose un poco. El mar estaba calmado, así que claramente era otra cosa lo que afectaba al equilibrio de su contramaestre, y Morgan empezaba a necesitar un poco de eso mismo—. Esto es, sin ninguna duda, el grandísimo ritual sagrado del pirata del que hablan las historias. ¡Las instrucciones secretas para invocar al Gran Dios del Mar! ¡El único que puede hacer realidad todos nuestros sueños!

Sibilo, en realidad, no sabía leer casi nada, y se inventaba la mitad de las cosas, pero todos habían oído hablar de esa leyenda.

—No digas tonterías, eso solo son supersticiones absurdas...

—Ah, porque lo tuyo de este San Tan Klans es super normal, ¿no?

—¡Basta! —gritó ella, un poco cansada de tanta pelea cuando lo único que quería era volver a su novelita, que estaba muy interesante. Los dos hombres callaron al instante—. Lo único que parece claro es que tenemos que seguir todos los pasos en orden.

Le dio la vuelta al pergamino para enseñarles otra vez la parte de detrás. Había escrito una lista ordenada por números del uno al veinticuatro, con veinticuatro tareas que se tenían que hacer en veinticuatro días, y aunque algunas estaban claras (como «Decorar el barco»), otras costaban más de descifrar. En parte era por la terrible caligrafía, en otra parte por varios manchurrones que aparecían aquí y allí, como si alguien hubiera apretado demasiado rato la tinta en el papel, y a todo eso se sumaban las partes mojadas por la humedad. Y cuando no pasaba nada de eso, directamente ni conocían las palabras que leían. Por ejemplo, ¿qué era un «villancico»?

Morgan revisó otra vez la lista. Pancracio y Sibilo tenían graves desavenencias, no solo en la idea principal, sino en la interpretación de las partes, y ella también dudaba. Se dejó caer en la gran silla, pensando. Hizo cuentas con la mente. ¿Qué día se habían marchado del puerto? ¿Estaban ya a principios del doceavo mes? Maldición, ¡estaban en el primer día de los veinticuatro! Tenían que actuar ya.

Pero ¿en quién confiar? La lógica decía que debía fiarse de su escriba, el señor Pancracio, erudito y hombre de letras, con conocimientos extensos sobre las tradiciones y el mundo. Nadie sabía más que él de nada. Por otro lado, estaba Sibilo, hombre de mar, mentiroso profesional, borracho vocacional, creativo hasta decir basta. Sabía poco de letras, pero mucho de la vida y, al fin y al cabo, había sido él quien había encontrado la botella.

La capitana Morgan cerró los ojos, y tomó una de las decisiones más importantes de su vida...

¿ESCOGES A SIBILO? 🦴 ¿ESCOGES A PANCRACIO?

## ESCOGES A SIBILO



—Sibilo.

Lo normal hubiera sido no fiarse mucho de él. Pero una no llega a capitana pirata sin asumir riesgos absurdos, sin confiar en la tripulación y sin beber mucho ron. A Morgan, la primera y la última le salían naturales, y la segunda la había perfeccionado con el tiempo. La verdad era que fiarse de Sibilo le había traído algunos de los mejores resultados. También los peores, pero generalmente compensaba. Y, después de todo, eran piratas; si Morgan hubiera querido escuchar las ideas más razonables se habría dedicado a otra cosa.

Y, sinceramente, lo del SanKlasus ese sonaba aburrido. Pero lo del Gran Dios del Mar, bueno, eso era otra historia.

—Sibilo —repitió cuando notó los ojillos del truhan clavados en ella. Le tendió el pergamino y este lo agarró con un ansia feliz—, puesto que tú has encontrado la botella, te encargas tú de las tareas. Señor Pancracio, ayúdele si necesita algo. Y avise a la tripulación para que se reúnan en cubierta. Todo el mundo tiene que ayudar: a partir de ahora, esta es nuestra máxima prioridad.

El escriba asintió a regañadientes y salió. Sibilo se fue tras él caminando en una línea relativamente recta. Miraba el pergamino abierto entre sus manos. Morgan se dio cuenta de que lo llevaba al revés.

—Sibilo, confío en ti. ¡No me decepciones! —exclamó Morgan antes de perderlo de vista.

—¡No, capitana! —respondió con una sonrisa—. Ya verá, ¡esta va a ser nuestra mayor hazaña!

Cuando el contraмаestre salió a cubierta, chocó contra un Pancracio que ya lo miraba de brazos cruzados y con la monoceja fruncida. Qué amargura de señor.

—Venga, Pancri, anima ese jeto —balbuceó—. ¿Sabes ya lo que le vas a pedir al Gran Dios del Mar?

El escriba farfulló algo que no entendió, pero juraría haber oído algo de «paparruchas», «soplagaitas» y «despropósito». Como no sabía qué significaba nada de eso, lo ignoró y se concentró en mirar la lista que tenía entre manos.

—Déjame que te eche una mano, anda, que sé que las letras no son lo tuyo. —Pancracio hizo el intento de quitarle el pergamino, a lo que Sibilo chistó y lo alejó de él.

—¡Epa! ¿No has escuchado a la capitana o qué? Aquí el que manda soy yo. Tú ve a llamar a la tripulación, Pancracito, que para eso tienes buena voz.



El ceño de Pancracio estaba tan concentrado que parecía a punto de dar a luz a una nueva ceja. Aun así, soltó un gruñido y corrió a encaramarse al mástil para llamar a gritos al resto de cañes que holgazaneaban desperdigados por cubierta.

La voz del escriba chirriaba tanto al fondo de los oídos que todos acudieron corriendo, casi atropellándose unos a otros para terminar cuanto antes con la tortura auditiva. Bueno, todos no; algunos estaban demasiado sordos o demasiado dormidos a la sombra de las velas para acudir a la llamada.

—¿Nos llamabas?

—¿Qué ha pasado?

—¿Motín? ¿Estamos haciendo motín? —preguntó Galleta, una grumete tan tranquila como un rabo de lagartija.

—¡A callar todos! —chilló Pancracio—. Tenemos que seguir las instrucciones de Sibilo. Es una serie de tareas que tenemos que cumplir entre todos.

—¡Jo! Pues yo quería un motín.

—Vamos a ver. Vamos a empezar por... —Sibilo pasó el dedo grasiento por los renglones de la lista. Alguno tenía que haber que fuera capaz de entender, ¿no? ¡Bingo!—. ¡Esta! Lo primero que tenemos que hacer es... adornar... el... alberto.

—¿El Alberto?

—¿Te refieres al Alberto Costrarroña?

Todas las cabezas del corrillo se giraron hacia los cañones. Como siempre, Alberto roncaba escandalosamente tirado entre los dos del medio. Las botas raídas asomaban a plena vista y se balanceaban al ritmo lento que marcaba su panzota al subir y bajar.

—¡El mismo! —improvisó Sibilo.

—¿De verdad? ¿La lista que te has encontrado flotando a la deriva en el mar hace mención de ese Alberto en específico? —inquirió Pancracio.

—¡Menos preguntar y más adornar! ¡Moved el culo!

Ninguno de los presentes tenía mucha experiencia adornando cosas, y mucho menos adornando a un señor. Aun así, arrasaron la bodega y los camarotes en busca de cualquier cosa que pudiera servir: ristras de ajo, un cordón de bota medio roto, una pluma de gaviota que olía a tiempos peores, un tapón de corcho, media dentadura, un pie disecado al que le pusieron un lacito en el dedo chico... Los piratas más fuertes agarraron las botas del Alberto y lo sacaron de un tirón de entre los cañones. Este se despertó con un ronquido violento.

—¡Eh! —se quejó, pero no le dio tiempo a decir nada más. Entre todos lo ataron al mástil con una cuerda (que, por supuesto, alguien se había encargado de pintar con rayas de colorines) y empezaron a colgarle cosas del abrigo y de la barba.

—¿Qué hacéis? ¡Soltadme! ¡No me pongas eso debajo de la nariz, animal, que apesta a chucho!

—¡Tú sí que eres un chucho! ¡Estate quieto, hombre!

—Y esto para terminar —dijo Galleta, resolutiva. En la cabeza enmarañada del Alberto colocó una estrella de mar seca, que pegó bien al pelo con alguna sustancia oscura de dudoso origen—. ¡Mira qué guapo, todo adornado!

—Impecable —sentenció Sibilo contemplando su obra. Ignoró las quejas y gruñidos del Alberto, que no se callaba ni un segundo, el condenado, y volvió a pasar el dedo por la lista. La primera vez que lo había hecho había borrado sin querer con la yema alguna de las líneas que más o menos se entendían, así que le costó encontrar una tarea nueva—. A ver, ¿cuál es la siguiente?

Llevaban varios días de tareas y la tripulación estaba más animada que nunca. Cada día, de buena mañana, le venían a preguntar qué tocaba hacer aquella vez. Alberto Costrarroña, pese a la sorpresa inicial, le había cogido el gustillo a su nuevo *look*, que no se había quitado, y se apoyaba en el mástil cada noche para que le dijeran cosas bonitas, como «¡Guapo!», «¡Estrella!», «¡Reina!». Desde entonces habían avanzado bastante. Por ejemplo, habían decorado el barco pintándolo con los colores del arcoíris y colgando más estrellas de mar secas, langostas y alguna espina. Olía un poco a pescado muerto, pero tampoco es que el barco de normal oliera mucho mejor. Más o menos todo había ido saliendo bien, aunque algunas tareas habían sido más curiosas que otras. Lo del polvo con ron aún hacía toser compulsivamente a media tripulación, y Jimeno aun no entendía por qué le habían chillado animándole a hacer sus necesidades el día ocho, y ahora miraba de lado a lado aterrorizado cada vez que iba a la letrina. Pero la lista lo decía bien claro, ¿y a qué se iba a referir si no la frase: «¡Caga, tío!»?

Y así habían llegado al veintitrés. Solo quedaba un día, y en un ataque extraño de responsabilidad, Sibilo había decidido ocuparse personalmente de esta penúltima tarea; no podía arriesgarse a que lo estropearan todo tan cerca del final. Además, esa misión en concreto solo podía hacerla él. Tenía en su sangre el mismo don que su tatarabuela, madame Yotevie, aunque intentaba no hacerlo público. Se miró al espejo mientras se anudaba el turbante rojo en la cabeza, la barba peinada llena de cascabeles. El vestido de terciopelo que le había robado a la Fernanda le quedaba maravilloso, y la tinta de calamar que había birlado de la cocina le daba profundidad a la mirada. Se aplicó el carmín en los labios y puso morritos. La verdad, estaba divina. Esta era su noche. Salió a cubierta y se dirigió hacia la mesa con un mantel granate, y un letrero grande que decía: «Ben a descubrir tu fortuna».

Todos se apartaron a su paso, soltando exclamaciones de asombro. Solo Pancracio se le acercó con cara de querer tirarse por la borda.

—¿Y qué se supone que estás haciendo hoy, Sibilo?

—Disculpe, señor Pancracio, no sé a qué se refiere —respondió poniendo su voz más sensual. El otro le miró, ahora con cara de querer tirarlo a él por la borda, pero el contramaestre continuó levantando el tono y haciendo un par de gallos involuntarios—. No sé quién es ese tal Sibilo. Yo soy vuestra pitonisa: Madame Belén, Vidente.

Cogió la botella de ron que habían dejado en la mesa junto a las cartas del tarot y le dio un largo trago. Como la lista estaba un poco borrosa y no quería dejar nada a la oportunidad, también iba a ser Belén Beviente, por si acaso.

La noche transcurrió entre risas y bebida, mientras varios miembros se acercaban a descubrir su porvenir. Belén Vidente leía todo lo que le traían: manos roñosas, calvas, dentaduras propias y ajenas, el ojo de cristal de Juanita Manoslargas, tripas de *pescado*, incluso cuencos de sopa medio vacíos. Todo el mundo estaba contento con sus porvenires menos Galleta; en cuanto Belén le auguró un futuro de paz y ron al leer su bebida medio vacía, la grumete tiró la copa por la borda mientras se quejaba de que ella lo único que pedía era un motín. Hasta la capitana se acercó a que la vidente le leyera la mano y, después de escuchar las buenas noticias, la felicitó por su buena labor.

Sibilo se fue a dormir esa noche abrazado a su vestido suave y con una sonrisa en la cara. Un día, un solo día para la llegada del Gran Dios del Mar.

—¿Todos en sus puestos? —preguntó Pancracio. Sibilo sonrió al ver lo dispuesto que se le veía, con la botella de anís vacía en una mano y la cuchara en la otra—. ¡A la de tres!

Improvisar instrumentos era más complicado de lo que parecía. Menos mal que el Alberto llevaba siempre a bordo su acordeón y que la Fernanda había hurtado en el último puerto un cacharro con cuerdas que luego descubrieron que era una bandurria. Entre eso, las botellas que hacían ruiditos graciosos al rascarlas, las ollas que hacían bien de tambor y algún que otro arreglo con canutillos de madera que silbaban al soplarles por un lado, pudieron improvisar una orquesta para la última de las tareas. Que sonara bien o no era otra historia.

—¿Desde el principio? —preguntó Galleta con la olla vuelta del revés entre las piernas. Sostenía la espátula por encima de la cabeza como si fuera un hacha con la que se disponía a partir un tronco en dos.

—¡Pues claro que desde el principio! ¡Que esto no es un ensayo, que es ya el número final! —exclamó Pancracio haciendo aspavientos.

Se lo había tomado muy en serio. No paraba de decir una y otra vez que él había recibido clases de canto en su infancia, que en su juventud llegaba a los altos mejor que las sopranos y a los graves más rotundamente que un barítono o un bajo. Sibilo no sabía qué signi-

ficaba nada de eso, pero sí había escuchado a Pancri cantando en la letrina y tenía muchas quejas para su profe de canto.

Pero, como lo había visto con ilusión, lo había dejado al cargo de la última tarea. Y eso que, como siempre, no se habían puesto de acuerdo respecto a qué ponía en el pergamino. Pancrancio insistía en que ponía nosequé de «Cantar villancicos», pero Sibilo había insistido en que esa palabra no existía. Estaba claro que «Cantar» sí lo ponía, así que habían llegado a un término medio: Pancrancio se encargaría de componer la melodía y de coordinar a los músicos, y Sibilo de la letra.

—¡Venga, menos cháchara y más tocar! ¡No lo voy a repetir más: a la de tres, empezamos! —anunció Pancrancio. Sibilo, nervioso, se recolocó la bota-violín en el hombro y acercó el arpón-arco a las cuerdas—. ¡Una... dos... y tres!

Todos los piratas empezaron a tocar y a cantar, elevando hacia las nubes un sonido que evocaba el rugido de las llamas del infierno más temible:



*Somos tristes marineros  
y terribles piraticos,  
navegamos desde el norte  
hasta el sur de Villa Ancicos.*

*Y, allá donde echamos ancla,  
nos llevamos al hocico  
todo el ron y las hogazas  
para hacer el día bonito.*

*¡Ven, Gran Dios del mar! Vente a festejar.  
Es la última tarea en el día más especial.  
¡Vente, Dios del mar! ¡Únete a la fiesta...!*



—¿Qué fiesta? —exclamó Sibilo para dar paso al verso final.

Con enormes sonrisas, los piratas cogieron aire para corear la última línea.

Pero, antes de que pudieran hacerlo, un rugido ensordecedor ahogó las voces, los instrumentos y cualquier otro sonido que trajesen las mareas.

Los piratas se revolvieron inquietos y chillaron sin saber de dónde venía aquel ruido.

Sibilo saltó al regazo de Pancraccio y lo abrazó, muerto de miedo. La puerta del camarote de la capitana se abrió y rebotó con violencia. Morgan estaba blandiendo un libro con curiosas ilustraciones en portada.

—¿Qué está pasando? ¿Qué horror habéis desatado con vuestra orquesta? —trató de vociferar por encima del estruendo.

Aterrados, vieron cómo aparecía por las balaustradas de babor, poco a poco pero interminable, un gigantesco tentáculo grisáceo. Lo acompañaron dos, tres, cuatro, seis tentáculos más, enormes culebras llenas de temibles ventosas. El rugido se hacía más y más potente mientras el Impávido Pavo se tambaleaba entero sobre las aguas turbulentas.

Entonces, la monstruosa cabeza del temido Kraken asomó y mostró sus tres hileras de dientes afilados a los piratas que lo observaban como quien observa el juicio final.

Y en esa cabeza había un sombrero. Uno rojo y mullido, igual de grande que su cabeza, con una borla blanca en la punta y una cenefa de copos de nieve rodeando la base.

El Kraken agitó en el aire los tentáculos. En cada uno de ellos llevaba sujeta a una criatura que agitaba feliz las patitas por el subibaja improvisado. Sibilo se dio cuenta de que eran renos, algunos con cascos de buzos, otros directamente con aletas y agallas, otros con unas máscaras de buceo con un tubo sospechosamente corto. Aunque juraría que uno de ellos era un dragón con un libro entre las manos, y estaba seguro de que el último era simplemente un señor colgado de una cuerda que se había pegado dos cuernos de cartón en la frente.

Con su voz estruendosa y de ultratumba, el Señor Kraken rugió triunfante:

—¡La ke te ba a dar hesta! ¡Yo HO HO HO! ¡Feliz Nabidad a todoz!

—¡Oh, Gran Dios del Mar! —Sibilo cayó de rodillas con lágrimas en los ojos y se inclinó hacia aquella deidad grandiosa—. ¡Yo siempre creí en ti!

Pancraccio no podía quitar los ojos de aquel engendro. Aquello no se parecía nada a lo que había leído sobre la Navidad, ¡y encima le iba a dejar toda la cubierta perdida de agua, mucosidades tentaculares y heces de reno! Pero miró a sus camaradas, cómo gritaban de júbilo y corrían a traer el ron de los festejos, y pensó que hacía mucho tiempo que no se lo pasaban tan bien juntos. A tomar viento.

—¡Oh, Gran Dios del Mar! —exclamó, arrodillándose junto a Sibilo—. ¡Feliz Navidad!

**FIN**

**(De la elección insensata)**

[Volver a escoger](#)

## ESCOGES A PANCRACIO



—Pancracio.

Había que ser sensatos. Sibilo, dentro de su intuición borracha y de su falta de sentido común, a veces atinaba a hacer buenas elecciones. Pero eso era lo mismo que lanzar una moneda al aire y que, de vez en cuando, cayera de canto. Aquella misión parecía importante, y lo suyo era concedérsela a la única persona a bordo que había leído, visto mundo y que tenía (o proclamaba tener) dos dedos de frente. Morgan solo esperaba que usara bien esa frente suya.

—Pancracio, amigo mío, confío en tu saber y en tu buen criterio —confirmó. El escriba estaba tan feliz que su única ceja parecía a punto de echarse a bailar—. ¿Podrás hacer que aparezca ese tal SanKanelón?

—¡Capitana, le aseguro que no se arrepentirá! Si existe en este océano algún experto en cultura navideña, ese soy yo.

—De acuerdo. Sibilo, encárgate de echarle una mano con lo que vaya necesitando. Ahora mismo, esta es nuestra máxima prioridad, ¿entendido?

Morgan le dio el pergamino al escriba, que casi se lo arrancó de las manos con sus dedos ansiosos. Sibilo lo vio salir a cubierta, sonriente y meditabundo, y por un momento tuvo miedo. Ya había visto antes esa sonrisa en la cara de Pancrí. La vio el día en que Juanita Manoslargas le enseñó a jugar a la brisca, el mismo día en el que el escriba se negó a levantarse de la mesa hasta ganarle a alguien al mejor de cinco, y al final tuvieron que arrastrarlo entre dos hasta su hamaca mientras él los llamaba «obtusos» y «repánfilos» a gritos. Era una sonrisa que no auguraba nada bueno.

Y, efectivamente, los siguientes veinticuatro días fueron una pesadilla.

Pancracio se obsesionó con ese extraño calendario de viento. Los obligó sin descanso a hacer cosas de lo más bizarras. Por ejemplo, nadie descansó hasta que el barco estuvo lleno de unas bolas brillantes y horteras, de unas guirnaldas terribles con frutas rojas de plástico que no se podían ni comer y de espumillones que lo dejaban a uno ciego cuando reflejaban el sol en cubierta. Tuvieron que atracar en un puerto cutre y sin un triste bar solo porque el escriba se empeñó en robar un abeto, que adornó con más cacharritos brillantes y con una estrella feísima en la punta. Los obligó a comer unas porquerías secas y arenosas que en teoría se llamaban «polvorrones», pero de ron no dejaban ni el regusto, y otro día le dio por pintarle una cara sonriente a un tronco al que le había puesto patitas de madera. Lo peor fue cuando los obligó a pegarle al pobre tronco con palos y a gritarle que cagase. ¡A ver qué le había hecho el pobre tronco a él, animalico! El penúltimo día, por lo menos, Pancracio les indicó que

se disfrazaran con mantas y diademas y Sibilo se hizo ilusiones con que al fin iba a tocar alguna tarea más o menos divertida. Pues no: lo único que hicieron fue quedarse quietos una hora entera en poses ridículas mientras miraban cómo el Alberto Costrarroña y la Fernanda acunaban a Galleta, que permanecía inmóvil en su regazo vestida de bebé.

Y, en estas, llegó el esperado día veinticuatro. Pancracio los había preparado hasta la extenuación para la última de las tareas, que consistía en cantar una canción aburridísima sobre una tal Virgen que se peinaba con un peine de ricachona, y también había unos peces que se hartaban de beber en el río. De hecho, para darle algo de gracia, los tripulantes se habían compinchado a espaldas del escriba para dar un sorbo de las petacas cada vez que saliera alguna variante de la palabra «beber».

Pancracio estaba tan emocionado cantando su «villavicio» —o como se llamara—, mirando al mar con una intensidad devota, que ni se dio cuenta de que la orquesta se detenía y los gatzates tragaban cada vez que berreaba esa palabra. ¿De verdad se pensaba que un tal San Takón iba a bajar de las nubes por cantarle aquella chorrada?

—Los peces en el río... —terminó de cantar el escriba con parsimonia, ralentizando el ritmo sin pedir permiso a los músicos, que seguían aporreando ollas y cuerdas igual de rápido que antes—, por ver a Dios... ¡NACER!

El último vibrato se perdió en el silencio. Todos los piratas se quedaron inmóviles, esperando. Pancracio también, con la boca abierta y los brazos levantados como un espantapájaros ahuyentando a un palomo. Pero no pasó nada.

Hasta que pasó.

Resultó que sí bajó un señor de las nubes. Y además lo hizo tan rápido, aterrizando de un sonoro golpe en cubierta, que todos dejaron escapar un gritito de espanto. El tal San Teclado era enorme a lo alto y a lo ancho, y su barba lo era aún más. Llevaba un gorro rojo y blanco, además de un mono rojo y peludo que le daba pinta de ir en pijama.

—¡Santa Klaus! —exclamó Pancracio cayendo de rodillas, extasiado.

—¡Ho, ho, ho! —rió el empijamado con una risa más falsa que un peluquín—. ¡Feliz Navi...!

Nunca llegó a quedarse a gusto con la última sílaba. Antes de terminar, un tentáculo gigantesco emergió del agua por babor y cayó a plomo encima del tipo.

De nuevo, un silencio sepulcral. La borla blanca del gorro voló despacito y se posó en una de las ventosas de aquel animal.

Galleta alzó la espátula a los cielos.

—¡MOTÍN! —gritó.

Probablemente nadie entendió lo que estaba pasando. Igualmente, sus camaradas alzaron los puños entre gritos.

—¿Motín? ¿Cómo que motín? —exclamó Morgan saliendo de su camarote de un portazo.

—¡Contra usted no, capitana! —exclamó Sibilo.

—¿No? ¿Entonces contra quién?

—¡Y yo qué sé! ¡Usted únase a la fiesta y ya está!

Pancracio contempló el caos en cubierta. Sus compañeros borrachos de vete a saber qué, la capitana gritando motín contra sí misma con un libro guarro en la mano, el tentáculo girando sobre la masa roja y blanca aplastada en el suelo como quien pisa y repisa una colilla... Y suspiró. Todo eso le traía buenos recuerdos de las cenas navideñas familiares de su infancia. Qué más daba Santa Klaus si podía tener aquello.

—¡Feliz Navidad a todos! —canturreó. Alzó la pistola y dio tres tiros al aire antes de unirse a la muchedumbre.

**FIN**

**(De la elección, en teoría, sensata)**

Volver a escoger





## Mireia Pérez Bauzà

Mireia Pérez Bauzà (Barcelona, 1982) es bióloga, experta en comunicación científica, organizadora de saraos profesional y bailarina de samba, no necesariamente en ese orden. También escribe cuando tiene tiempo. Ha sido alumna del Ateneu de Barcelona, y tiene relatos publicados en antologías como *Hopepunk* de Droids&Druids, y en *Adviento Fantástico*. A parte de eso, le encantan las sagas, tiene una obsesión insana con las piratas steampunk, *Star Wars*, el mar, los animales y coleccionar libros. También le gustaría leerlos, pero la vida da para lo que da.

[@mia\\_mire](#)



[@celiacorralvazquez](#)



[@celiacorrv](#)



[@celiacorrv](#)



<https://celiacorralvazquez.wordpress.com/>

## Celia Corral-Vázquez

Celia Corral-Vázquez (Aracena, 1991) es bioinformática y doctora en biología celular, aunque también ha trabajado en el ámbito de la narrativa de videojuegos. Fue ganadora del premio Ripley de novela con la obra de ciencia ficción *Intermnemosis* (Crononauta) y del premio Ignotus a mejor novela corta con *Puedes llamarme Espátula* (Droids&Druids). También es autora de la novelette *Ontromus* (Pato), de la saga de fantasía oscura *El Erador* (Droids&Druids) y de relatos incluidos en antologías y revistas de género como *Pumpkin Space Latte* (Astromelia), *Hopepunk: una antología para un mundo mejor* (Droids&Druids) y *Visiones 2020* (Pórtico). Su relato «La máquina de café» fue publicado en inglés por la revista norteamericana *Clarkesworld Magazine*.



**Protectora de animales Apan**

<http://www.protectora-apan.org/donatus>

# Geometría de un nacimiento y una muerte

# 24

**Talita Isla**



El tiempo —la forma en la que modela el mundo— se desliza a través de sus ojos soñolientos. La tierra se traga los huesos de los muertos y de ella se alzan imperios que se hunden con la misma facilidad con que el viento levanta las olas del mar. El arrullo de una tormenta lo arrastra hacia el sueño. Vencido por el cansancio, Dios cierra los ojos.

La mano entumecida se sacude cuando una gota de agua impacta sobre ella. Le recorre un escalofrío, y eso lo sobresalta: ¿acaso no debería conocer su origen, su final, todas las formas que tomará hasta que se desvanezca? ¿Acaso no es él infalible? La gota corre por el dorso de su mano mientras Dios contempla, con horror, en qué se ha convertido el mundo que creó en seis días para descansar el séptimo. La lluvia cae y él solo escucha su ruido; un relámpago ilumina montañas que crecieron al amparo de su sueño, y el río lleva consigo la sangre de pueblos que jamás han pronunciado su nombre. Evoca para sí el fango —¿para quién si no? Los ángeles son una fantasía—, la primera costilla y el calor de la vida que tomó forma una vez entre sus dedos.

Él, padre de todos y amo de ninguno, oye el viento soplar a través de los bosques. ¿Qué es ese río de aguas revueltas? ¿Quiénes son esos reyes que se alzan en armas y matan por causas que no resistirían el escrutinio de un solo hombre justo? No hay orden en el llanto de las criaturas que mueren de hambre en los brazos de sus madres, ni tampoco en los estigmas de los crucificados bajo el sol que nadie se detiene a enterrar. Por encima del caos, Dios oye el lamento de las hojas. Los árboles que hundieron sus raíces en el fango que moldearon sus manos son los únicos que aún le imploran: «¡Somos los auténticos hijos de Adán! Este mundo merece ser salvado».

El paisaje se abre ante sus ojos y Dios sonríe cuando reconoce en las hojas y las flores el imperio de la geometría: ese es el cauce que él impuso al mundo. El orden de las formas es el orden de la razón, el lugar donde cristaliza la belleza y donde la verdad halla refugio: todo cuanto sigue esas reglas se sucede aún según el plan divino.

Otra gota cae sobre la palma de su mano y, al fin, Dios se levanta.

El padre creador ha vuelto. No hay paz ni misericordia en sus ojos. Invoca la materia y arde en ella. Esa es la fuerza de la que nacieron los astros que giran alrededor de su trono. Dios toma el vacío y en él hace crecer un nuevo orden. Sus raíces crecerán alrededor de los cuellos de los hombres, sin que ellos lo sepan.

«Orden»

«ORDEN»

«¡ORDEN!»

Ruedan los astros y Dios contempla las entrañas de su reino.

Falta orden en la mesa en la que nadie se sienta a su derecha, en la santificación de su nombre, en las palabras de una mujer que, desde un establo, le ruega que esté con los hombres ahora y en la hora de su muerte.

En la mano de Dios, la gota de agua sin forma se convierte en un copo de nieve de seis caras. El hexágono, la forma perfecta, la que es dos veces tres.

«Orden»

«ORDEN»

«¡ORDEN!»

Ese orden lo impondrá el que él ha decidido que sea su hijo; el que, como él, sale ahora del sueño y se prepara para tomar la primera bocanada de aire en el mundo nuevo que nacerá con él, o de él.

Dios extiende una mano y el copo de nieve desciende sobre el establo.

Cae sobre la frente de María, y así se cumple el designio divino. Su llanto al dar a luz parte el mundo en dos mitades: una creará en el hijo, la otra reirá al verlo muerto en la cruz.

Así, el mundo empieza a ordenarse. Padre, Hijo y Espíritu Santo; tres veces Dios para gobernar en dos reinos, el de la vida y el de la muerte.

Nieva en el cielo y en la tierra, y otro copo cae en las manos del padre. Dios lo parte y esto es lo que queda: dos mitades de tres caras. Ha dispuesto sobre el nacimiento del hijo, y dispone ahora sobre su muerte. Vivirá treinta y tres años; su existencia no puede depender ni del azar ni de los hombres. Ha de decidirse según la geometría, según ese orden cruel a prueba de cualquier sueño que, como los árboles que nacieron de Adán, resistirá los embates de la lluvia y del viento.

Cuando el llanto del hijo resuena en la noche fría, Dios se sienta de nuevo, satisfecho.



## Talita Isla

Talita Isla (Barcelona, 1996) escribe bajo pseudónimo. Es graduada en Periodismo y Derecho. Sus grandes pasiones son sus perras, la danza y los libros. Es autora de la novela *El número 33 de la calle Orquídea* (Obscura) y de la novelette *Es Teresa o el tiempo* (Droids&Druids). Ha publicado relatos en una decena de antologías, como *Antología Hopepunk* (Droids&Druids), *Visiones 2023* (Pórtico) o *Pájaros en la cabeza* (Akelarre Ediciones). En 2017 recibió el primer premio del V Concurso literario Aurora Bertrana y en 2022 el accésit del Premio de Narración Breve de la UNED. Tiene un blog ([cronicasdelholoceno.tumblr.com](https://cronicasdelholoceno.tumblr.com)) y ha colaborado en fanzines como Pulporama y Añagaza.



[@talitaisla](#)



[@talitaisla](#)



<https://cronicasdelholoceno.tumblr.com>



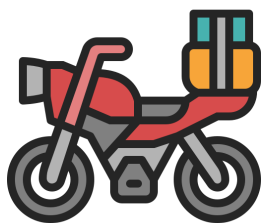
**Caritas Catalunya**

<https://www.caritascatalunya.cat/dona/>

# Navidad en Bletchley Park

David Fernández Vaamonde y Ana Saiz

25



Kate se despertó de manera natural poco antes de que sonase el despertador, como si su cuerpo intuyera que el día estaba destinado a ser trascendente para el futuro. Se aseó rápidamente, se vistió con el uniforme que la protegería del clima invernal y bajó las escaleras, iluminadas únicamente por la tenue luz de las farolas que entraba por las ventanas, hacia el comedor.

Aunque nunca era su intención, la mujer de la familia con la que vivía y que la había acogido había escuchado el despertador, como siempre, y antes de que ella bajase ya le había preparado un frugal desayuno: gachas, algo de fruta y un té que le permitieron entrar en calor. La observó en silencio mientras se ceñía la cazadora de cuero y sentía el agradable tacto del borreguillo rozando su cuello, lo que le transmitió un poco de calma, si es que algo así era posible en aquella situación. Se despidieron sin palabras y Kate salió a la fría noche.

Se ajustó el casco y las gafas, que se empañaron al notar su calor en contraste con la gelidez de aquella noche casi sin luna. Se montó en su Triumph y al arrancarla sintió como si el rugido del motor entrase en resonancia con el latir de su corazón, que le golpeaba con fuerza en el pecho. Temió que cualquiera de los dos pudiese sonar como un estruendo en el silencio de los caminos de Bletchley.

Avanzó lentamente, apuntando con la linterna para no encender el gran foco de la motocicleta, hasta que encaró el camino rural junto a la muralla de ladrillo que rodeaba la mansión de caza. Al final de este, una puerta con una gran reja dejaba ver una luz tenue que contrastaba con la más absoluta oscuridad en la que estaba sumido el recinto para evitar vistas indiscretas desde el aire.

Cuando se aproximó a la puerta, esta se abrió hacia dentro y un hombre salió y le entregó una bolsa de cuero. No vestía uniforme militar, por lo que Kate supuso que sería uno de los técnicos que trabajaba en aquellas instalaciones.

—Aquí tienes la mercancía.

Kate se ciñó la bolsa a la espalda mientras el hombre sacaba un mapa del bolsillo y lo desplegaba sobre el depósito de la motocicleta. Ella lo iluminó con la linterna.

—Este es el lugar —dijo el hombre—. Entrégalo cuanto antes, sin demora. Es muy importante.

El corazón de Kate volvió a latir en sincronía con el motor que acababa de arrancar de nuevo.

—Siempre lo es —contestó mientras se ajustaba las gafas y colocaba la ropa para ir lo más cómoda posible.

Él le devolvió una sonrisa indescifrable como toda respuesta y le dio la espalda para regresar al interior. Cerca de la puerta, Kate atisbó a otro hombre, alto y serio, que la miraba con gesto preocupado y un cigarrillo en la mano. Sintió un escalofrío que poco tenía que ver con la temperatura de diciembre. Había oído hablar de él: era el doctor Alan Turing, uno de los genios que trabajaba en aquel recinto. Lo que llevaba en la espalda no era ninguna broma.

Pisó el acelerador y se precipitó a la negrura del camino rural, apenas iluminado por la linterna que portaba y que enlazaba con un camino mayor donde podría aumentar la velocidad. Tendría que ser toda la que aquella motocicleta pudiese alcanzar.

\*\*\*

La campiña que atravesaba estaba completamente a oscuras y solo la escasa luz de luna y la pequeña linterna guiaban a la motorista por los caminos de tierra. Conocía bien la ruta y había memorizado el destino, por lo que no necesitaba consultar ningún mapa y podía concentrar toda su atención en el terreno que tenía delante. La negrura se cernía sobre ella y hacía a los árboles parecer oscuros espectros que quisieran cerrarle el camino.

El viento gélido cortaba las superficies de su cara que quedaban sin tapar, haciéndola lagrimear por momentos, lo que dificultaba aún más la conducción. De repente y fruto posiblemente de la velocidad, las lágrimas, los nervios y su propia sugestión, le pareció ver un destello lejano en el cielo que descendía unos kilómetros más adelante. Decidió no darle importancia. Podría ser cualquier cosa: una estrella fugaz, una aberración de sus gafas empañadas o incluso un reflejo de la poca luz existente, amplificado por sus lágrimas.

El viaje continuó por la campiña, entre campos helados y oscuros, bosques de robles que se alzaban amenazando con devorar a Kate como una suerte de garganta que la tragaba, rodeándola de oscuridad. Tras los meses que llevaba siendo una *wren*<sup>1</sup>, había llegado a controlar la motocicleta como si fuese una parte más de su cuerpo y eso hacía que condujese casi por intuición. Pero tenía la sospecha de que el paquete que llevaba esta vez era aún más importante que las otras, y el sentimiento de urgencia la hacía permanecer alerta, aguzando los sentidos para no tener ningún problema en el tránsito que pudiese desembocar en la muerte de muchas personas.

---

<sup>1</sup> Nombre familiar que se dio a las miembros del *WRNS*, *Women's Royal Navy Service*, la rama femenina de la Marina Real del Reino Unido, en activo de 1917 a 1919 y de 1939 a 1993.

Bajaba el cuerpo para ofrecer menor resistencia y apretaba la motocicleta con las piernas para tener el mayor control posible mientras pisaba el acelerador para que aquella Triumph diese lo mejor de sí. Durante más de dos horas, condujo concentrada, con habilidad, evitando toda clase de obstáculos y problemas que pudiesen hacerle perder tiempo.

Llegó entonces a un camino recto donde podía acelerar algo más, pero al hacerlo sintió un doloroso golpe en los brazos y el pecho, como si alguien hubiese arrojado una enorme cuchilla contra ella, que la hizo salir despedida hacia atrás. El impacto la arrancó del manillar y la moto siguió deslizándose sola por la tierra hasta desplomarse varios metros más adelante.

Kate cayó violentamente de espaldas y el choque con el suelo la dejó sin respiración unos segundos. Tosió para recuperar el resuello, lo que acentuó la explosión de dolor en las costillas y en los brazos, que apenas la dejaba moverse. El frío del suelo helado la atravesaba. Intentó incorporarse, pero también se había golpeado el casco y la cabeza le daba vueltas. Le pareció ver, como en una ensoñación, una figura humana con una vestimenta oscura que salía de entre los árboles con un fusil en las manos. Entonces lo entendió, y al dolor se unió el miedo: había chocado con un cable tendido entre dos árboles. Un cable que nunca había estado ahí. Alguien lo había puesto para ella.

En ese instante, perdió el conocimiento.

\*\*\*

Quizá gracias al ambiente frío, Kate no tardó mucho en volver en sí, y lo hizo justo a tiempo para notar que alguien estaba moviéndola para quitarle la bolsa que llevaba a la espalda y la dejaba caer de nuevo.

Abrió los ojos y, ahora sí, vio claramente a un hombre ciñéndose a la espalda la bolsa que le acababa de quitar. Parecía un soldado. Él, al darse cuenta de que estaba despierta, terminó de colocarse la bolsa y la apuntó con su FG-42, un fusil que reconoció como los que los *fallschirmjäger*, los paracaidistas alemanes de la *Luftwaffe*, portaban habitualmente. Así que eso era lo que había visto descendiendo en el cielo. A pesar de las precauciones, habría divisado la luz de su linterna desde el aire y le habría preparado la trampa.

—Hemos cazado esta noche —dijo en un inglés muy precario, con un marcado acento alemán—. Una cervatilla inglesa.

Ella intentó moverse, pero un dolor horrible en el pecho la hizo pegarse al suelo de nuevo, casi sin poder respirar.

—Os creéis todopoderosos, pero hoy me ha tocado el premio gordo —siguió él, amartillando el arma para acabar con la motorista—. No es nada personal.

La sensación de fracaso y la responsabilidad por lo que se podía perder fueron más fuertes que el dolor, y Kate luchó contra su propio cuerpo para incorporarse y tratar de ofrecer cuanta resistencia pudiera. Entonces, sucedió algo que no olvidaría durante el resto de su vida.

El bosque a su alrededor se iluminó de pronto, como si los estuviese rodeando un grupo de motocicletas con los faros encendidos. Salvo que no se oía ningún ruido, más que el leve crujir de las ramas desnudas movidas por el viento. Escuchó entonces una especie de zumbido y el fusil con el que su enemigo la estaba apuntando salió volando de sus manos y dio vueltas en el aire hasta caer a la nieve detrás de ella.

El soldado giró rápidamente la cabeza a los lados gritando algo que Kate no entendió, y su expresión cambió al pánico mientras quedaba brevemente suspendido en el aire y caía de espaldas contra el suelo, como si algo le hubiese barrido las piernas desde atrás.

Suponiendo que habría resbalado sobre algún parche helado del camino, Kate decidió aprovechar la breve ventaja y, entre gemidos de dolor, consiguió ponerse boca abajo y alcanzar el fusil. Lo atrajo hacia ella y se giró de nuevo para apuntar a su enemigo desde el suelo, esperando que a él no le diese tiempo a levantarse y sacar otra arma antes. Lo que no esperaba era encontrárselo flotando a unos palmos del suelo, paralizado por el terror, amordazado y moviéndose contra su voluntad hacia uno de los árboles que intentaba superar ella cuando el cable la derribó.

Confusa, consiguió incorporarse lo suficiente para quedar sentada, se levantó las gafas para ver mejor y colocó el fusil, siguiendo la trayectoria del soldado con el cañón. Fue entonces cuando las vio claramente bajo aquel cuerpo: lo que lo trasladaba eran tres criaturas no más altas que un niño de un año, vestidas de uniforme de la cabeza a los pies y con unas capas de aspecto extraño, finas como la seda y que reflejaban la luz de su alrededor en mil colores.

Al llegar junto al árbol, las dos que llevaban al soldado por los hombros extendieron sus capas en el aire y de alguna forma Kate comprendió, perpleja, que no eran capas, sino alas, que salían de unos agujeros en la espalda del uniforme y que utilizaron para elevarse en el aire, poniendo al hombre de pie contra el tronco. Mientras lo sujetaban, la tercera criatura desplegó también sus alas y voló veloz hacia el otro árbol, donde cortó el cable para volver con él donde estaban sus compañeras. Sin atreverse a moverse un milímetro y sin hacer ningún ruido, Kate presenció un hipnótico y vertiginoso baile de uniformes y alas irisadas que, en un abrir y cerrar de ojos, acabó con el soldado atado al árbol de arriba abajo con el cable que él mismo había tendido para ella.

Las tres criaturas descendieron entonces con suavidad hasta posarse en el suelo delante de Kate, donde pudo verlas mejor. Aunque del tamaño de un niño, sus cuerpos tenían las



proporciones de mujeres adultas. El uniforme que llevaban era indudablemente de la *RAF*, y las gorras de plato con el águila y la corona eran un poco demasiado grandes para sus cabecitas de cabello sedoso y radiante como el sol. Le enseñaban unas sonrisas antinaturalmente amplias y sus enormes ojos parecían tener luz propia.

Con la misma fuerza desproporcionada con que habían levantado al soldado alemán, le quitaron a Kate el fusil de las manos, la ayudaron a incorporarse y, antes de que pudiese darse cuenta, estaba de nuevo sobre la motocicleta y con la bolsa ceñida a la espalda. Incluso le sacudieron la nieve del uniforme con sus manitas antes de volver al suelo, entre ella y el árbol donde permanecía atado su enemigo. Desde allí, las tres le dirigieron un saludo militar, invitándola a continuar su trayecto.

Aún aturdida, Kate les devolvió el saludo y miró al soldado alemán. Apenas podía mover la cabeza, sacudiéndola violentamente en una negación, y sus ojos reflejaban una mezcla de confusión y terror que Kate tendría que esforzarse por sepultar en su memoria, igual que el motor de la Triumph sepultaría aquellos gritos amortiguados por la mordaza. La motorista se bajó las gafas, centró la vista en el camino que tenía delante y volvió a gemir de dolor al inclinarse sobre el manillar. Mientras pisaba el acelerador a fondo, le pareció ver, por el rabillo del ojo, que la corteza del árbol empezaba a cerrarse sobre el hombre cuya noche de suerte se había convertido en una pesadilla.

Como había aparecido, la luz se extinguió tras ella cuando abandonó aquel lugar en dirección a su importante destino.

\*\*\*

John Walker era el capitán del HMS Starling de la *Royal Navy* aquella gélida noche del 24 de diciembre de 1943, y en torno a las siete de la noche decidió salir a dar un paseo por cubierta mientras fumaba un cigarrillo. El frío le calaba los huesos mientras aspiraba el humo y clavaba la mirada en un cielo negro como la pez. Le parecía mentira el tiempo que llevaba allí y todo lo que habían conseguido: aquel barco cazador de submarinos en el Atlántico se podía jactar de haber hundido bastantes de aquellos demonios alemanes antes de que causaran más bajas en el bando aliado. Dejó salir despacio el humo del cigarro y pensó en Jessica, su mujer, y en cómo se sentiría aquella Nochebuena, después de la pérdida de su hijo Tim en agosto de ese mismo año a manos de uno de aquellos submarinos y con su marido aún embarcado. Esperó de corazón que no se sintiese igual que él.

Sus misiones se basaban en que nadie supiese por dónde navegaban, así que esa noche se dirigían hacia una nueva ubicación trasladada por el alto mando de la Armada, aprovechando el escaso tamaño de la luna y usando las mínimas luces posibles. Pero antes de eso,

en unas pocas horas, la tripulación se reuniría en el pequeño comedor y compartiría una frugal cena para celebrar la festividad y recordar a todos los que estaban esperándolos en casa.

Entonces miró hacia el horizonte y vio en el cielo un grupo numeroso de luces que se dirigían hacia ellos. El significado de aquello lo atravesó hasta los huesos más que el frío de la noche. Tras un breve instante de parálisis, sacudió la cabeza, tiró el cigarrillo al mar y subió corriendo hacia el puente de mando mientras gritaba “¡Ataque! ¡Ataque!”, al mismo tiempo que la sirena de alarma comenzaba a sonar. Cuando llegó al puente, los demás oficiales estaban observando el grupo de luces que se dirigían hacia ellos, algunos con prismáticos, pero todos con cara de preocupación.

James, su primer oficial, se dirigió a él, con la mirada cargada de pánico.

—Es la *Luftwaffe*, señor... Estamos perdidos.

Nada podía hacer un barco cazador de submarinos, que apenas contaba con unas pocas ametralladoras y cuyo éxito se basaba en no ser descubierto, contra un escuadrón bien nutrido de la fuerza aérea alemana. Sabían que podía pasar, pero quizá hubiese llegado el momento de morir, y lo harían luchando como lo habían hecho hasta ese momento. Pensó en la celebración de Nochebuena que habían estado anticipando, en Jessica, y en cómo tantas vidas pueden cambiar en lo que tarda en consumirse un cigarro.

—¡Hombres a las ametralladoras! —gritó con convicción, a sabiendas de que tenían muy pocas oportunidades de sobrevivir.

Entonces, un atronador ruido de aviones rasgó el cielo sobre ellos y escucharon una voz por la radio:

—HMS Starling... Buenas noches... Escuadrón A47 de la *Royal Air Force*, procedemos a su protección frente al escuadrón de aviones enemigos. ¡Ánimo, chicos, ya estamos aquí!

Los oficiales se apelotonaron contra las ventanas del puente para ver cómo un grupo muy numeroso de aviones aliados se lanzaban contra las luces enemigas, que cada vez estaban más cerca. El mar se iluminó con varias explosiones, cuyo estruendo apenas podía opacar los gritos de júbilo de los marineros del HMS Starling.

La radio volvió a sonar:

—HMS Starling. Escuadrón enemigo neutralizado, retornamos a la base. ¡Feliz Navidad!

Todos y cada uno de los marineros, incluido el capitán John Walker, corrieron hacia la cubierta para despedir con las gorras, entre abrazos y gritos de alegría, a los pilotos que les habían salvado la vida, mientras pasaban con los aviones sobre sus cabezas.

Una vez el escuadrón se perdió a lo lejos, John Walker miró hacia el horizonte y comenzó a cantar con voz grave:

*Should auld acquaintance be forgot,  
and never brought to mind? ...*

Poco a poco, se le unieron todos y cada uno de los hombres del HMS Starling, y sus voces resonaron con esperanza.

*Should auld acquaintance be forgot,  
and auld lang syne...*

\*\*\*

En Bletchley Park, a la hora de la cena, el doctor Alan Turing se enteraba de la noticia del ataque alemán frustrado y esbozaba una amplia sonrisa poco propia de él. Pese a estar lejos de sus familias, cada uno de los hombres y mujeres que trabajaban allí terminaron su cena de Nochebuena y, con el corazón lleno de júbilo por haber evitado tantas muertes de compatriotas, comenzaron a cantar celebrando la buena nueva:

*For auld lang syne, my dear,  
for auld lang syne...*

En una vivienda discreta, no lejos de allí, los niños de una familia llevaban unos dulces a *la prima Kate*, sentada en el sillón donde menos notaba el dolor en las costillas del que aún no se había recuperado del todo. Ignorante tanto de la suerte de aquel barco como de su papel en ella, tarareaba:

*We'll tak a cup o' kindness yet,  
for auld lang syne...*

Y quién sabe si en lo más profundo de la campiña inglesa, tres pequeños seres con sus pequeñas gorras de plato y su ceñido uniforme de la RAF también cantaban:

*And we'll take a cup o' kindness yet,  
for auld lang syne.*

*Miles de hombres y mujeres lucharon y murieron durante la Segunda Guerra Mundial combatiendo el fascismo. Honremos su memoria.*

## David Fernández Vaamonde

David Fernández Vaamonde (1977) es coruñés, ingeniero informático y un apasionado de la tecnología desde los ocho años. Desde muy joven ha leído género, jugado al rol y disfrutado de juegos de ordenador de fantasía. Comienza a escribir influenciado por la fantasía urbana de Ben Aaronovitch y la ciencia ficción y el tecnohorror de Ted Chiang. Ha publicado en la revista *Droids&Druids*, en *Pulporama* y en la antología *Adviento Fantástico*, antología de la que es coordinador junto a Ana Saiz y de la que ya no se puede decir que ha creado para poder publicar un relato. También es músico y el creador de Sonos Sonoros, un proyecto que experimenta con la audioficción y el sonido en el género fantástico.

[@david\\_fv](#)



[@david\\_fv](#)



[@davidfv](#)



<http://www.davidfv.net>



[@anasaiz](#)



[@anasaizg](#)



[@anasaiz](#)



<http://ana.saizgarcia.net/>

## Ana Saiz

Ana Saiz es una tecnoseñora madrileña a la que le paga la hipoteca la consultoría informática y la salud mental la literatura. Lleva en esto último toda la vida pero con más dedicación los últimos diez años, en los que ha publicado decenas de relatos en antologías y revistas. Considera la cima de su carrera como relatista haber ganado el Ignotus a mejor cuento nacional en 2024 por «Mi primera ouija TM» (*Droids&Druids*, 2023). Ese mismo año ganó también el premio Droide de novelette con *Amanecer en Benidormiens* (*Droids&Druids*, 2024). Es coordinadora, junto con David Fernández Vaamonde, de *Adviento Fantástico* y en 2025 ha publicado su segunda novela corta, *Fantasmagoría para principiantes* (Numak Ediciones).

Le gusta creer que existe la magia en este mundo y cualquiera puede toparse con ella, y por eso su género favorito es la fantasía urbana. También piensa que la vida pasa un poco más fácil con una cucharadita de ternura y una pizca de humor.



**Asociación Española contra el Cáncer**

<https://colabora.contraelcancer.es/dona>

# Epílogo

## Ana Saiz

# 26



Ana al aparato. Jo, qué rápido se ha pasado esto, ¿no? Parece que fue ayer cuando empezamos con Adviento Fantástico 2025, el 1 de diciembre...

Ah, no, espera, espera. Que, en realidad, para nosotros esto empezó antes. Bastante antes, de hecho. ¿Quieres que te lo cuente? Bueno, claro, por qué ibas a estar leyendo el epílogo si no fuese por unos buenos *inter-*

*nals*, ¿no?

Pues venga, al lío.

Igual podría decirse que Adviento Fantástico 2025 en realidad empezó el mismísimo 25 de diciembre de 2024, en cierto chat de autores:

La circunstancias vitales serán las que serán pero a día de hoy las ganas de repetir están ahí, dadlo por seguro 😊



Yo quiero repetir. Tengo Ideas 🐾



Yo me apunto, ideas hay 😊😊

Bueno cuando se esté acercando el momento preguntaremos a ver quién se apunta ♦♦♦



Y el momento se acercó, concretamente el 24 de junio de 2025 cuando, a seis meses de Nochebuena, nos pareció que sí, que las circunstancias eran propicias para enviar un correo a todas las personitas maravillosas que nos habían dicho que sí sin pensarlo ni medio se-

gundo el año anterior, preguntando quién se animaría a participar en una posible nueva edición. Las respuestas no se hicieron esperar, como por ejemplo estas:



O esta (que en realidad era un gif y brillaba):



Las respuestas oficiales las recogimos en un formulario para ver cómo organizarnos, y, como en 2024, el apoyo y el entusiasmo fueron totalmente abrumadores, y queremos volver a dar las gracias a todo el mundo por subirse a este barco de nuevo 💙

Sin embargo, si has seguido todo el calendario tanto en 2024 como en 2025 y eres observadore, habrás observado dos cosas:

- Hubo dos personas que participaron en 2024 y no en 2025
- Ha habido siete personas nuevas en 2025

Esto se explica con las siguientes dos preguntas del formulario:

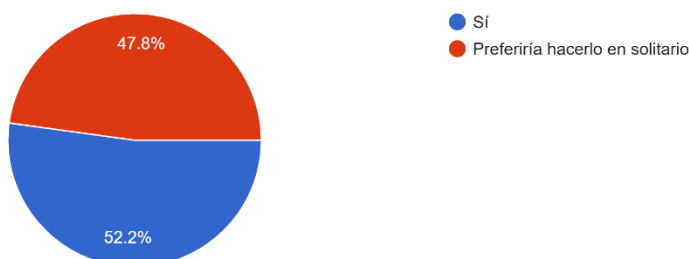
Lo más importante: ¿Te apetecería volver a participar en Adviento Fantástico en 2025? Si es que no, no nos vamos a enfadar, ¡no te preocupes! (aunque nos gustaría mucho 😊)

23 responses



¿Te animarías a escribir/dibujar a 4 (o más) manos?

23 responses



Así que quiero aprovechar este epílogo para otros tantos mensajes:

- Decirle a Ariadna Sanz y Elena Torró (ver [Epílogo del epílogo](#)) que sentimos que su año fuese más complicado y que las hemos echado de menos.
- Dar las gracias a todas las personas que se animaron a escribir a cuatro manos para que más amigos pudiesen unirse a la familia *advienter*.

Ni que decir tiene que también estamos agradecidísimos a todas las personas que, cuando les preguntamos si querían unirse, dijeron que sí sin pensarlo ni medio segundo, como las del año anterior. Nos calienta muchísimo el corazoncito pensar que tanta gente siente ilusión por participar en este proyecto, y también saber que, aun siendo tanta, aún nos queda mucha con la que nos encantaría poder contar. Estamos seguros de que si en lugar de un calendario de adviento hiciésemos un calendario anual<sup>1</sup>, tendríamos suficientes amigos como para llenar cada uno de los días.

<sup>1</sup> No, no es una idea. Pero igual si llegamos a 2050... NO. NO NOS DEJES HACERLO.

El caso es que, a partir del 24 de junio, se pusieron en marcha los motores de Adviento Fantástico 2025. Fuimos contactando con las personas que queríamos que se incorporaran este año, y cuando tuvimos el sí de todo el mundo, les enviamos las nuevas condiciones, que te dejo por aquí por si eres un poco friki de estas cosas y porque volveré sobre ello más adelante:

- Tema navideño y género fantástico. Cualquier género o subgénero que os pida el cuerpo, ya sabéis: no hace falta que sea cuqui, ni apto para niños, ni sobre la Navidad comercial estadounidense/europea, etc. Si tenéis dudas, echad un ojo a los del año pasado.
- Longitud de los relatos individuales: máximo aproximado de 1000 palabras, pero no seremos estrictos si necesitáis pasaros un poco
- Longitud de los relatos a cuatro manos: máximo 3000 palabras
- Longitud de los poemas, artículos y otros formatos: libre, pero con moderación, que no sea una memoria de TFM
- Fecha límite: 15 de octubre (aunque luego la ampliamos al 19 porque qué es eso de poner de fecha límite cualquier día que no sea un domingo)

Tampoco es que pretendiéramos poner a nuestros autores a escribir cosas navideñas en verano, pero, ya que este año no se nos había ocurrido la feliz idea de montar algo así de cero a finales de octubre, queríamos darles y darnos (JA, insisto en que volveré sobre esto más adelante) un poco más de margen. Claro, que después, cerca de la fecha límite, hubo algunos sustos:

Os acordáis que cuando hablasteis de adviento 2025, os dije que ya tenía la idea?



Pues no la apunté y se me olvidó



dicho eso ya he enviado el relato nuevo JAJAJA



Por nuestra parte, dedicamos el verano a terminar de maquetar la edición en físico de 2024 (te recuerdo que puedes comprarla en Amazon al precio mínimo que permite la plataforma) y a dar un poco la turra en redes porque resulta que salimos finalistas de los premios Ignotus a mejor antología (y eso no es algo que se deba ignorar, porque es un reconocimiento por parte del fandom de la literatura fantástica en España del que también estamos tremendamente agradecidos).

Ya has visto que estoy poniendo capturas (más o menos) de conversaciones con autores, pero es que, desde el momento en que les lanzamos las bases hasta hoy mismo, pasando por la recepción y lectura de las obras, la comunicación con ellos ha sido de lo que mejores momentos nos ha dado, ya fuese en persona, por chat o incluso en los comentarios del editor de textos compartido. Nos hemos reído, emocionado, entusiasmado y casi, por qué no decirlo, hasta asustado. Con su permiso y anonimizadas, te dejo por aquí algunas de estas perlas.

### De cuando nos amenazaban/hypeaban con lo que nos iban a mandar:



Que como ya sabéis los tiempos los llevo fatal y adivina quién hasta esta mañana no tenía ni una sola idea para el relato y la ha escrito del tirón en cuanto le ha llegado.

La respuesta es yo.

Y te quiero.

Y os quiero.

Y te queremos.

Y os queremos.

En cualquier caso estoy contento con el resultado.

Es bonito.

Y eso me gusta.

Porque me recuerda a ti.

Que eres bonita.



¿Estáis borrachas?



COÑO



KOMO LO ZUPO!!



**De cuando estábamos leyendo lo que nos habían mandado:**

Buaaaa me encanta!! Sisisisisi



JAJAJA FAN



ya no voy a poder volver a comer  
polvorones 😂😂



Gracias por mandarnos esto 🧑



FUA los pelos de punta



Qué buena eres, jodía



### De cuando David estaba haciendo las audioficciones:

acaba de venir alguien a la habitación  
diciendo "Sacajagüea, wakinu, wismichu,  
inhabitalwinchis, ansibol, ansible"



En serio, tremenda fantasía de movida  
🤪🤪🤪



Jó que guay que ilusión me hace 😊😊  
😊😊



lo único es que cuando relajo y hablo  
suelto... me sale el acento

así que alguno va a ser un pirata de  
Monforte XD



### De cuando le propusimos a los nuevos autores entrar al grupo:

(Resumido) Tenemos un  
grupo de autores, ¿quieres  
que te metamos?



Genia!!!



Genial! Metedme sin  
problema! 😊



Hola! Claro que quiero! 🤗



Qué chulo eso jijiji



jajaja sí que quiero!



Genia!!!! 😊 Si si!!



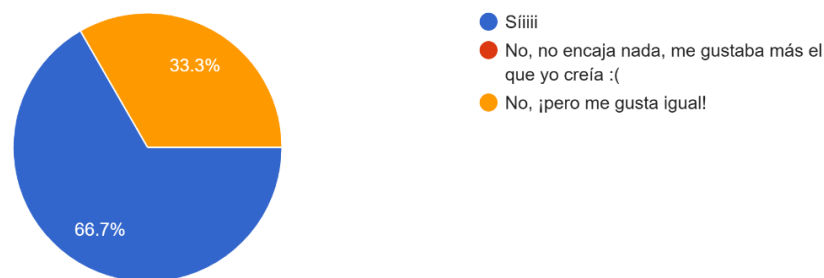
Metedme, hijos de puta.

Tenemos muchas más conversaciones que nos quedamos para nosotros, pero como ves, el Telegram nos da la vida. Este año, además, hemos tenido una novedad: un grupo de lectura conjunta donde poder ir comentando los relatos cada día y al que se han unido lectores que nos conocían de antes o para quienes era la primera vez. Este grupo ha sido divertidísimo, con días en los que para no hacer *spoilers* aquello acababa pareciendo en antiguo Canal+. También hemos utilizado los grupos para jugar: cada tarde poníamos una encuesta para dar alguna pista sobre la obra del día siguiente, lo que ha dado conversaciones graciosísimas sobre la perversión o nivel de psicopatía de nuestros autores.

Y es que sí, también nos gusta jugar. Por eso otra cosa con la que amenizamos al grupo de autores fue lanzarles los iconos que iban a aparecer a lo largo del Adviento sin decirles cuál les tocaba, para ver si lo adivinaban. Por supuesto, cuando por fin los desvelamos, les pusimos una encuesta al respecto:

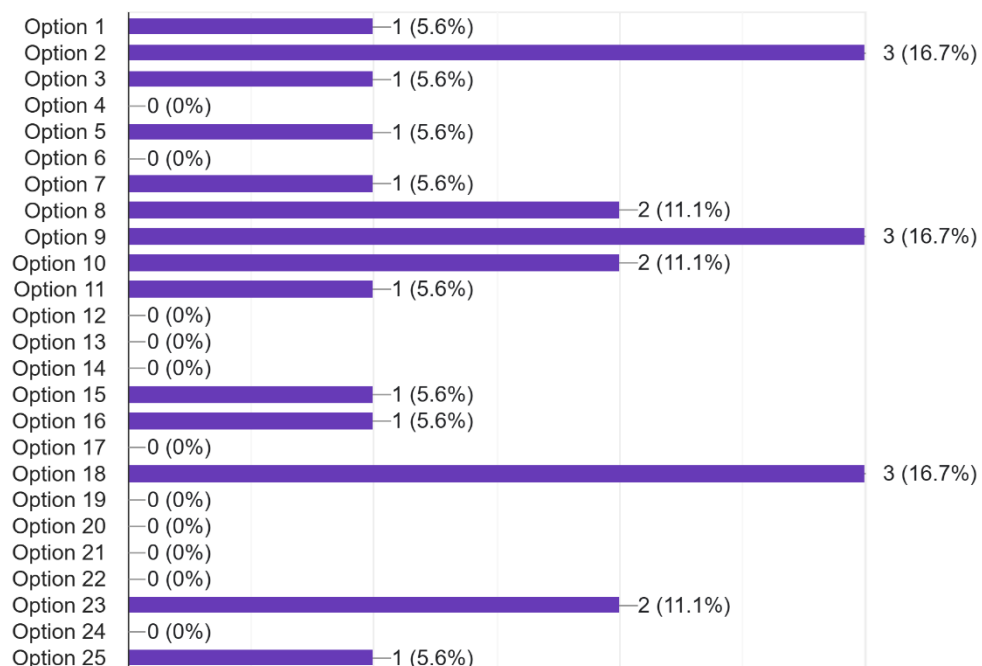
¿Habías acertado?

18 responses



¿Cuál creías que era tu icono?

18 responses



En fin, que hemos tenido muchas risas, sí, pero también mucho trabajo, y aquí es cuando vuelvo a lo que te dije antes que volvería más adelante. Y es que, sin darnos mucha cuenta, a pesar de haber lanzado todo con lo que creíamos tiempo suficiente para ir tranquilos (spoiler: no), resulta que yo estoy escribiendo esta línea del epílogo el mismísimo día 25 de diciembre a las 21:30, dos horas y media antes de que salga publicado.

Y nada, ni por esas. Quizá haya tenido que ver con la longitud de los relatos, que han hecho también que las audioficciones sean más largas. O con haber querido cambiar el *color corporativo*. O con que, incluso programando, hemos tenido que crear tantos posts para redes sociales que tengo que poner el monitor grande al 25% para poder enseñarte todo el calendario de la herramienta con las publicaciones (cada línea es una):

Monday		Tuesday		Wednesday		Thursday		Friday		Saturday		Sunday	
1	<div><div>1</div><div>2</div><div>3</div><div>4</div><div>5</div><div>6</div><div>7</div><div>8</div><div>9</div><div>10</div><div>11</div><div>12</div><div>13</div><div>14</div><div>15</div><div>16</div><div>17</div><div>18</div><div>19</div><div>20</div><div>21</div><div>22</div><div>23</div><div>24</div><div>25</div><div>26</div><div>27</div><div>28</div><div>29</div><div>30</div><div>31</div></div>	<div><div>1</div><div>2</div><div>3</div><div>4</div><div>5</div><div>6</div><div>7</div><div>8</div><div>9</div><div>10</div><div>11</div><div>12</div><div>13</div><div>14</div><div>15</div><div>16</div><div>17</div><div>18</div><div>19</div><div>20</div><div>21</div><div>22</div><div>23</div><div>24</div><div>25</div><div>26</div><div>27</div><div>28</div><div>29</div><div>30</div><div>31</div></div>	<div><div>1</div><div>2</div><div>3</div><div>4</div><div>5</div><div>6</div><div>7</div><div>8</div><div>9</div><div>10</div><div>11</div><div>12</div><div>13</div><div>14</div><div>15</div><div>16</div><div>17</div><div>18</div><div>19</div><div>20</div><div>21</div><div>22</div><div>23</div><div>24</div><div>25</div><div>26</div><div>27</div><div>28</div><div>29</div><div>30</div><div>31</div></div>	<div><div>1</div><div>2</div><div>3</div><div>4</div><div>5</div><div>6</div><div>7</div><div>8</div><div>9</div><div>10</div><div>11</div><div>12</div><div>13</div><div>14</div><div>15</div><div>16</div><div>17</div><div>18</div><div>19</div><div>20</div><div>21</div><div>22</div><div>23</div><div>24</div><div>25</div><div>26</div><div>27</div><div>28</div><div>29</div><div>30</div><div>31</div></div>	<div><div>1</div><div>2</div><div>3</div><div>4</div><div>5</div><div>6</div><div>7</div><div>8</div><div>9</div><div>10</div><div>11</div><div>12</div><div>13</div><div>14</div><div>15</div><div>16</div><div>17</div><div>18</div><div>19</div><div>20</div><div>21</div><div>22</div><div>23</div><div>24</div><div>25</div><div>26</div><div>27</div><div>28</div><div>29</div><div>30</div><div>31</div></div>	<div><div>1</div><div>2</div><div>3</div><div>4</div><div>5</div><div>6</div><div>7</div><div>8</div><div>9</div><div>10</div><div>11</div><div>12</div><div>13</div><div>14</div><div>15</div><div>16</div><div>17</div><div>18</div><div>19</div><div>20</div><div>21</div><div>22</div><div>23</div><div>24</div><div>25</div><div>26</div><div>27</div><div>28</div><div>29</div><div>30</div><div>31</div></div>	<div><div>1</div><div>2</div><div>3</div><div>4</div><div>5</div><div>6</div><div>7</div><div>8</div><div>9</div><div>10</div><div>11</div><div>12</div><div>13</div><div>14</div><div>15</div><div>16</div><div>17</div><div>18</div><div>19</div><div>20</div><div>21</div><div>22</div><div>23</div><div>24</div><div>25</div><div>26</div><div>27</div><div>28</div><div>29</div><div>30</div><div>31</div></div>	<div><div>1</div><div>2</div><div>3</div><div>4</div><div>5</div><div>6</div><div>7</div><div>8</div><div>9</div><div>10</div><div>11</div><div>12</div><div>13</div><div>14</div><div>15</div><div>16</div><div>17</div><div>18</div><div>19</div><div>20</div><div>21</div><div>22</div><div>23</div><div>24</div><div>25</div><div>26</div><div>27</div><div>28</div><div>29</div><div>30</div><div>31</div></div>					
+ Show less		+ Show less		+ Show less		+ Show less		+ Show less		+ Show less		+ Show less	

Pero ¿sabes qué? Que sí, que es mucho trabajo, que durante el mes de diciembre dormimos (mucho) menos de lo que nadie nos recomendaría, que a veces nos volvemos un poco tarumbas con post aquí y post allá, y con mantener la atención y con todo, pero después llega hoy, 25 de diciembre (ya a las 21:45), y resulta que miramos atrás y vemos todo el cariño que le dais a este proyecto, tanto autores como lectores, y nos preguntamos qué haremos mañana con el vacío existencial que nos dejará no tener que estar a las 0:00h pendientes de que todo salga como tiene que salir.

Así que, una vez más, gracias de corazón a todas las personas bonitas que hacéis posible que esto salga adelante.

¡Feliz Navidad!

Ana Saiz



*Celia Corral-Vázquez y Mireia Pérez Bauzá*

## Epílogo del epílogo

Ya he dicho que nos gusta jugar... ¿Has encontrado los *easter eggs* en las obras de este año?

Por ejemplo...

¿Has encontrado enlaces que te amplían la información de un relato?

¿Has escuchado un relato solo en YouTube con una banda sonora muy especial al final?

¿Sabes quiénes son el Caballero de las Luces y La Dama de Carey?

¿Has escuchado un villancico que no te quitarás de la cabeza en todas las navidades?

¿Has escuchado una audioficción con una colaboración muy especial?

¿Te has dado cuenta de que hay un relato en el que el título y el día en que salió pueden relacionarse con el contenido del relato?

Si has encontrado alguno de ellos u otros que no menciono aquí y quieres contárnoslo, ¡te leemos en nuestro correo o por redes!







<https://www.advientofantastico.org>

Audioficciones disponibles en los siguientes canales:

[Spotify Sonos Sonoros](#)

[YouTube Sonos Sonoros](#)

[Ivoox Sonos Sonoros](#)